

Hemos preferido no limitarnos a la pregunta “¿qué dijo Fidel sobre la revolución?”. Nos interesa indagar cómo evolucionó su idea entre 1953 y 2006, y comprender ese proceso en relación con las principales teorías contemporáneas y las experiencias históricas concretas de la revolución. Todo lo anterior resultaría incompleto si no trascendemos el registro de lo dicho para hacer posible la historia intelectual de un concepto. Ello implica articular la historia conceptual, la historia del pensamiento político y ético, y el análisis del discurso; ese camino dotará a este esfuerzo de mayor rigor y solidez.

Hoy, a cien años del natalicio de Fidel, tal pareciera que todo se derrumba, que se vive un irracional sentido, que desaparecerán los registros del pasado, pues todo lo destruimos y no hay esfuerzo por conservar las huellas de un pasado reciente. Hay desánimo para recuperar y también para distinguir, entre los árboles, el bosque. Pareciera que “todo lo sólido (y lo no tan sólido), se desvanece en el aire”, como dijera Marx en su apurada redacción del Manifiesto comunista. Pero, sin dudas, se volverá al estudio moderado y grave, ese que animamos en estas páginas.

ISBN: 978-959-7197-84-3



ROSA
LUXEMBURG
STIFTUNG

filosofí@.cu
EDITORIAL

La idea de “Revolución” en Fidel Castro (1953-2006). Historia intelectual de un concepto

La idea de “Revolución” en Fidel Castro (1953-2006)

Historia intelectual de un concepto

Ensayo introductorio y selección de textos de Felix Valdés García



**La idea de "Revolución"
en Fidel Castro (1953-2006).
Historia intelectual
de un concepto**

Ensayo introductorio y selección
de textos de Felix Valdés García

La idea de "Revolución" en Fidel Castro (1953-2006). Historia intelectual de un concepto

Ensayo introductorio y selección
de textos de Felix Valdés García



**ROSA
LUXEMBURG
STIFTUNG**

Esta publicación es financiada con recursos de la RLS con fondos del BMZ.
Esta edición es de distribución gratuita, queda prohibida su venta.



Esta obra se encuentra bajo Licencia Internacional de Creative Commons 4.0:
Atribución-Licenciamiento Recíproco.

Los contenidos de este libro se pueden reproducir y compartir por cualquier
medio, siempre y cuando se respete su autoría, se den los créditos
correspondientes y se cite esta licencia.

Las opiniones vertidas en esta obra reflejan el punto de vista e
interpretación del autor y no representan una posición oficial de la RLS.

EDICIÓN Camila Valdés León
DISEÑO DE CUBIERTA Roberto Chávez Miranda
DISEÑO INTERIOR Pilar Fernández Melo
DIAGRAMACIÓN Cecilia Sosa Díaz

SOBRE LA PRESENTE EDICIÓN © Felix Valdés García, 2026
© Editorial filosofi@.cu, 2026

ISBN 987-959-7197-83-6
ISBN-e 987-959-7197-84-3

EDITORIAL FILOSOFI@.CU Instituto de Filosofía
Calzada n.º 251 esquina J,
El Vedado, Plaza de la Revolución,
CP: 10400, La Habana, Cuba
(53) 7 8320301
www.filosofia.cu
editorial@filosofia.cu

Índice

La idea de la revolución en el pensamiento de Fidel Castro	11
Selección de textos de Fidel Castro Ruz	63
Galería de fotos	181

*A mi nieto Andrés, quien nació por estos días.
A Santiago, testigo de esta compilación.*

Agradecimientos

Un libro nace del esfuerzo prolijo y colectivo de muchas personas: del empeño de quienes lo impulsan, lo realizan, lo editan, preparan sus artes finales y lo ponen en manos del impresor. A todos los que nos acompañaron en este camino, vaya nuestro agradecimiento certero. Agradecemos especialmente el impulso brindado por la Oficina en México de la Fundación Rosa Luxemburg (RLS) y por la dirección del Instituto de Filosofía; así como la inestimable compañía de la familia y los amigos, pues a pesar de vivir tiempos difíciles, nos acompañaron a sumergirnos en la historia cubana, en la herencia y en la memoria de un suceso y de un pensador que serán siempre imperecederos. Expresamos también nuestra gratitud a las compañeras de la Biblioteca Sierra Maestra y a la dirección del Centro Fidel Castro Ruz.

Los textos e imágenes aquí reunidos fueron tomados, con la autorización del Centro, del sitio web *Fidel, soldado de las ideas* (<<https://www.fidelcastro.cu/>>).



En la Sierra Maestra junto a su fusil (1958).

» La idea de la revolución en el pensamiento de Fidel Castro

FELIX VALDÉS GARCÍA

Corría el segundo año de la Revolución cubana y el ambiente en la isla se volvía cada día más tenso. Se confiscaban empresas, se nacionalizaba la banca estadounidense, se promulgaba la Ley de Reforma Urbana; al mismo tiempo se multiplicaba el fervor y la participación popular. Los cambios más radicales prometían soberanía y superación de las condiciones de pobreza, fin de la sujeción a los dictámenes dados en el norte. Las relaciones con Estados Unidos se encrespaban cada día; Eisenhower aprobó un programa de acción encubierta contra el gobierno revolucionario y todo conduciría a la ruptura de las relaciones, al establecimiento creciente de sanciones y al bloqueo total a la isla. No obstante, la energía que brotaba atraía a numerosos intelectuales, escritores y científicos de Europa y Estados Unidos. La lista se hizo extensa: era la luna de miel de la Revolución. Ese año llegaron, entre otros, Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir, Paul Sweezy, Eric Hobsbawm, Tennessee Williams, Paul Baran, Richard Wright, Charles Bettelheim, Waldo Frank.

Era verano de 1960 y la intelectual dominicana Camila Henríquez Ureña –hija de Francisco Henríquez y Carvajal,

expresidente de República Dominicana y de la poetisa nacional dominicana Salomé Ureña— empacó sus pertenencias y se vino a Cuba. Empezó viaje a la Revolución, a la isla donde Fidel y los barbudos hablaban de cosas alarmantes y maravillosas sobre la nueva patria que se estaba forjando. Ella, profesora emérita de Vassar College, en Poughkeepsie, Nueva York, ya jubilada y a sus 66 años, decidió marchar y empezar de nuevo. Canceló todo y llegó para participar de la experiencia, más que para vivenciar el suceso. La idea de la revolución había estado siempre presente en su familia.

La novelista Julia Álvarez ficciona la realidad de la familia de los Henríquez Ureña en su novela *En el nombre de Salomé* y asegura que la decisión de la Camila Henríquez fue la respuesta a una pregunta ética fundamental: ¿cómo debe vivirse una vida que aspire a transformar el mundo? Su decisión no fue un acto impulsivo pues ella, albacea de su madre, se había preparado para ese momento. No quiso ser solo observadora, sino buscó convertir su experiencia en acción puesto que en Cuba se daba lo que Salomé imaginó para la República Dominicana. La revolución verdadera no pertenece a un país; es, ante todo, una aspiración humana. Ahora, la magia de la cubana la seducía más que permanecer cómodamente en su retiro, tal vez convencida de que tales procesos le habían marcado siempre en estos espacios insulares.

Pero ¿qué es una revolución?, ¿será una simple revuelta, un cambio de gobernante, o son cambios a rajatabla, procesos radicales que lo hacen girar todo? Jean-Paul Sartre durante su estancia en Cuba, entre febrero y marzo del mismo año 1960, escribió que la revolución es como medicina de caballo. Para él, la revolución a la que asistía le parecía que era como quebrar los huesos a golpe de martillo, demoler las viejas estructuras, revolver sus instituciones, transformar el régimen de la propiedad y redistribuir sus bienes. “Hasta ayer —dijo—,

los especuladores especulaban, los traficantes traficaban, los desempleados descansaban, los turistas se embriagaban, los campesinos, desnutridos, roídos de fiebre y parásitos, trabajaban tierras ajenas un día de cada tres... Esta era una isla que vivía del azúcar hasta que un día se dio cuenta que con ella moría, se hacía diabética”.¹

Por su parte, Frantz Fanon, el revolucionario y teórico martiniqueño vinculado al Ejército de Liberación Nacional de Argelia escribía por esos días que la revolución es un desorden absoluto. La revolución implicaba trastocar por completo el orden existente. Sin embargo, de ellas emana una fuerza ígnea y una magia que envuelve todo y a todos, haciendo nacer —de estas fuerzas—, a hombres y mujeres nuevos, a sujetos que se hacen otros, que resurgen y se liberan. Nace entonces un sujeto activo y desprovisto de los miedos y los vicios.²

Es generalidad en los países del Tercer Mundo —hoy diríamos del Sur global—, que los sucesos transcurran de un modo más inmoderado a cómo se describe su acontecer en Occidente. Son otras las regularidades que rigen. En ellas es el acto y no la idea, la que guía al proceso; son el fervor y las nuevas dinámicas las que dan rigor a la teoría, y no al revés. Van de la mano el músculo y el concepto —como aseveraba Fanon—; contienen una herejía inherente que desarma cualquier concepción o creencia antes fijada como normalidad. En las revoluciones radicales, las “rompe pescuezo”, es la praxis el motor de la idea. Los conceptos se formulan en la acción y la acción se une al pensamiento, a los hechos mismos. La práctica

¹ Estas notas de Jean-Paul Sartre son tomadas de su ensayo “El huracán sobre el azúcar”, *Sartre visita a Cuba*, Ediciones R, La Habana 1960; en lo adelante reeditado en *Sartre-Cuba-Sartre. Huracán, surco, semilla*, Imagen contemporánea, La Habana, 2005.

² Frantz Fanon: *Los condenados de la tierra*, Fondo de Cultura Económica, 1963.

crea la idea, resumiría Sartre de su viaje a Cuba, justamente al ver que no podía seguir dando riendas a su desencanto con el socialismo en la URSS tras los sucesos de 1956.

Otro detalle no menos importante es la espontaneidad como regularidad, aunque esta por sí sola no hace triunfar una revolución. No siempre es de esperar que se den todas las condiciones para la revolución; el foco insurreccional puede crearlas –afirmó Ernesto “Che” Guevara en su texto *La guerra de guerrillas* (1960)–. Si bien la espontaneidad es el comienzo y no el final, sí muestra que merece atención. Por la potencia del tema el Che prometió, en una entrevista, escribir su próximo libro sobre la espontaneidad en los procesos revolucionarios.

Todo lo anterior nos conduce a pensar sobre la idea de la revolución, no como cambio político-económico, como ruptura expresada jurídicamente, sino sobre las revoluciones que constituyen giros estremecedores o cambios radicales en todas las esferas de la vida humana que llegan a hacer chirrear incluso la esfera de las epistemes, de los presupuestos del conocimiento. En el caso específico de las islas del Caribe, donde han sucedido tales procesos, ello ha sido objeto de reflexión, lo cual se ha expresado tanto en el ensayo filosófico, literario, como en la poesía, la novela, las artes. El tema de la revolución es uno de los núcleos problemáticos del pensamiento insular; y es sabido que las situaciones problemáticas generan ideas, conceptos, claves interpretativas. Y en este caso, nos detendremos en el modo como ello se expresa en la obra de pensamiento de Fidel Castro Ruz.

Fidel y revolución devienen uno y se asocian como identidad. Es difícil concebir a lo uno dissociado de lo otro. Son la idea y su concreción en la práctica, una idea que trazó, guio, fue siempre derrotero en su desenvolvimiento efectivo. Ahora bien mi interés es mostrar en este ensayo el hecho de que Fidel no se detuvo a delimitar premeditadamente –con interés como

teórico o académico profesional– la extensión y límites de esta idea. Fidel fue un estudioso vehemente, un apasionado del saber; pero su propia condición como revolucionario –ejecutor y líder– lo llevó a ocupar también las funciones de estadista y político, sin que ello encajara con la ejecutoria establecida del político tradicional, de poses y protocolos, con trajes para cada ocasión. Su uniforme verde le otorgó su altura y su invariable imagen. Así asistió, vestido de guerrillero a las Naciones Unidas en Nueva York, lo mismo que al Kremlin de Moscú.

El acercamiento al modo cómo fue concibiendo y exponiendo la idea de revolución nos da muestras del momento concreto y se expresa acorde a las demandas del diálogo y a las necesidades de la ideología. Sus definiciones vinieron de la mano del tiempo, de las exigencias prácticas y no desde una demanda de la teoría. La idea de revolución se sostuvo siempre en el compromiso ético y en la lectura implícita de José Martí; fue siempre expresión de su concepción dialéctica y de la clarividencia en el logro del propósito final. Como afirmara Marta Harnecker, Fidel siempre mostró seguir una línea consecuentemente revolucionaria: transformar profundamente la sociedad en beneficio de las grandes mayorías.³

No obstante, cuando revisamos la bibliografía disponible, vemos que aún son escasos los trabajos dedicados a reconstruir la evolución histórica de esta noción en Fidel a partir de sus discursos y escritos. En las páginas que siguen, nos proponemos recorrer esa evolución entre 1953 y 2006 y presentar una selección de fragmentos de discursos y documentos ordenados cronológicamente. Desde 2006 y hasta el final de sus días, Fidel continuó reafirmando una idea que había guiado tanto su pensamiento como su acción en sus artículos analíticos

³ Marta Harnecker: *Fidel: La estrategia política de la victoria*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2001, p. 3.

publicados en la prensa periódica cubana que se conocerían como “Reflexiones”.

El Caribe, escenario de grandes revoluciones

Las revoluciones han ocupado un lugar central en la obra intelectual del Caribe. Más que acontecimientos políticos, han sido experiencias históricas capaces de moldear proyectos culturales, sensibilidades y formas de comprender el mundo. La trayectoria de Camila Henríquez Ureña, traída aquí con toda intención, constituye un ejemplo de ello. Desde niña escuchó hablar de la revolución hasta la saciedad, tanto por boca de su padre, intelectual y expresidente, como de su madre, apasionada poeta, y de Eugenio María de Hostos, amigo cercano de la familia. Más tarde, ya como profesora e investigadora, continuó pensando estos procesos a través de lecturas como las novelas de Alejo Carpentier y Wilson Harris, o los ensayos *Los jacobinos negros* de C.L.R. James y *Toussaint Louverture: la Revolución francesa y el problema colonial* de Aimé Césaire, entre tantos otros textos.

Esa cercanía intelectual con la experiencia revolucionaria la llevó a reconocer que, en el espacio insular caribeño, se habían producido dos grandes revoluciones capaces de transformar radicalmente las representaciones tradicionales y de proponer la creación de mundos nuevos, cargados de esperanza. La primera fue la Revolución haitiana, mientras que la cubana constituía su expresión contemporánea. Para Henríquez Ureña, ambas podían entenderse como prototipos de revoluciones totales.

La Revolución haitiana triunfó un primero de enero de 1804. Desde ese día se declaraba como un Estado independiente, una República negra, tras trece años de contienda desplegada por esclavizados africanos vestidos con harapos y mal alimentados, pero convencidos de terminar con la esclavitud

sin posibilidad alguna de negociación. Siglo y medio después, también un primero de enero de 1959, triunfó en Cuba una revolución que resumía casi un siglo de rebeldías contra el poder colonial y la esclavitud, contra las injusticias, las discriminaciones, la dependencia y las desigualdades en la isla. A partir de entonces, la revolución como idea pasó a formar parte del vocabulario político y cultural de los cubanos.

La haitiana y la cubana constituyen prototipos de revoluciones cabales, con dinámicas transgresoras y heréticas, surgidas contra todos los pronósticos y verdades establecidas. Ambas fueron resultado de la violencia revolucionaria, de la lucha armada, de la toma del poder político y de la implementación de notables programas de cambio cultural, de lo simbólico, de comportamiento cotidiano y de todas las relaciones sociales. Ambas fueron conducidas por líderes que trascendieron las fronteras insulares para hacerse universales, cuya coincidencia en comportamientos les otorga parecido. Las dos colocaron en el centro la emancipación humana, la soberanía, la justicia y la recuperación de la dignidad de los pueblos, reivindicando, al mismo tiempo, algunos de los valores más altos del humanismo occidental. Las dos han enfrentado la condena, las amenazas y las distintas formas de presión ejercidas por las potencias imperiales de su tiempo, que buscaron contenerlas a como diera lugar. Aun así, las revoluciones se impusieron. En Haití y en Cuba las llamas llegaron al cielo y trascendieron los límites insulares, para convertirse de tal forma en acontecimientos ejemplares para los pueblos sometidos al colonialismo, la dependencia y la dominación.⁴

⁴ No menor fue la revolución en la isla de Granada, con Maurice Bishop a la cabeza —un líder más grande que su isla—, en el breve período entre el triunfo en marzo de 1979 y el final con la invasión norteamericana de 1983. Este proceso fue también de cambio radical pues hizo valer propósitos como la emancipación femenina, la autogestión popular, la educación, el turismo

Primero en Haití y luego en Cuba, la revolución transformó mucho más que las relaciones entre metrópolis y colonias, o entre neocolonias y potencias dominantes. Además de alterar estructuras geopolíticas, económicas y jurídicas, impulsó cambios más profundos y duraderos en los órdenes ontológicos y epistémicos. Las dos revoluciones hicieron restallar todas las lógicas de la dominación imperial, tanto en lo económico y político como en lo simbólico, lo axiológico, lo estético. Tras ellas –la primera, en la década final del siglo XVIII; la otra, a mediados del siglo XX– cambió la cosmovisión y las formas de relación entre los países: “el cuadro científico del mundo”, como diría un profesor soviético; o toda la episteme tradicional, como dirían autores franceses y alemanes de la *Lebenswelt*.

Gracias al dominio colonial, Europa se autoconstituyó como tal; dejó de ser un espacio “arrinconado” por el mundo musulmán⁵ para convertirse en el “centro” del mundo y erigirse como depositaria de las verdades universales y los ideales de belleza. Más tarde, los apetitos imperialistas de los Estados Unidos encontraron una oportunidad decisiva en la guerra hispano-cubano-norteamericana de 1898, a partir de la cual el hemisferio pasó a convertirse en un espacio privilegiado de su influencia y dominación. Desde entonces pesa la hegemonía yanqui y la Doctrina Monroe con todos sus corolarios, lo cual se actualiza hoy con Donald Trump. Como señalara Frantz Fanon, se nos hizo creer que allí estaban las llaves de la bóveda de la historia y que de allí provenían las ideas, el arte, la filosofía, las ciencias y las instituciones; en definitiva, todo aquello que supuestamente habría de salvarnos.⁶

para negros y hasta la producción de jaleas en pequeñas empresas.

⁵ Cfr. Enrique Dussel: *1492-El encubrimiento del otro: hacia el origen del mito de la modernidad*, La Paz, Bolivia, 1994.

⁶ Frantz Fanon: *Piel negra, máscaras blancas*, Ed. Akal, Madrid, 2009,

El “centro” generó una “periferia” más allá del mar de los sargazos –de esa línea abismal que apuntara Boaventura de Sousa Santos– y devinieron en depositarios y dueños, los administradores de toda la verdad.⁷ Desde la desmesura o la soberbia, desde el ego desmedido, se miró al resto del mundo y, a partir de su práctica particular, se creó “lo universal”. La mirada dominante se situó en la escala superior del desarrollo. “Ellos” se consideraron a sí mismos como “el progreso”, el criterio mismo de la civilización y, al mismo tiempo, el modelo y el canon a seguir.

Sin embargo, la propia representación del mundo les impidió ver la realidad tal cual es. No hubo suficientes herramientas conceptuales para aceptar lo que sucedía en Haití; desde su desmesura no supieron mirar hacia abajo o más allá del océano, navegando al poniente. El pensamiento hegemónico de cada época, impulsado por las potencias dominantes del momento, ‘cojeó’ o más bien dio un definitivo traspiés. Las filosofías y las ciencias sociales y políticas dominantes en las potencias hegemónicas de su tiempo mostraron sus límites ante ambos procesos revolucionarios. Les resultó difícil, cuando no imposible, comprender una revolución de esclavos cuya principal consigna era abolir definitivamente la esclavitud.⁸ Tampoco supieron, o no quisieron, reconocer el alcance de una revolución que, desde la Sierra Maestra cubana, se proponía

pp. 115-120 (cap. 4) y pp. 121-130 (cap. 5).

⁷ Boaventura de Souza Santos: *Una epistemología del sur: la reinención del conocimiento y la emancipación social*, Siglo XXI y CLACSO, México, 2009, pp. 17-58; 160-224.

⁸ Quizá Hegel sea una excepción interesante. A través de la revista *Minerva*, siguió con atención los acontecimientos de Haití y encontró la figura del amo y el esclavo una imagen poderosa para pensar los conflictos de su tiempo. Aquella relación terminó ocupando un lugar central en el célebre pasaje sobre la autoconciencia de su *Fenomenología del espíritu* (1807).

desmontar de forma radical los privilegios de terratenientes, latifundistas, grandes propietarios extranjeros y otros sectores beneficiados por el orden existente. En uno y otro caso, las transformaciones desbordaron los marcos de interpretación disponibles, pues no solo alteraron estructuras económicas y políticas, sino también formas de vida, prácticas culturales y concepciones profundamente arraigadas sobre el poder, la justicia y la emancipación.

¿Pero, por qué estas dos revoluciones del Caribe forzaron a Occidente a reconceptualizar, a remover lo que se daba como lo sabido, lo aceptado, lo invariable? ¿Por qué aseverar que se han dado cambios no solo en los órdenes políticos y económicos, geopolíticos, sino en órdenes de mayor trascendencia como en lo ontológico, lo gnoseológico, en las epistemes, los valores morales y en la estética? Si algo despertaba interés en París a inicios de los años sesenta era la imagen de los barbudos cubanos bajados de la sierra. El boulevard Saint-Germain-des-Prés se conmovía si veía a uno de ellos pasar. Pero ¿cuánto no se ha hecho por silenciar, por minimizar o banalizar estos procesos, por sacarles de la historia y dejarlas en el olvido?

Intelectuales insulares como José Martí, Eugenio María de Hostos, Anténor Firmin, C.L.R. James, George Lamming, Eric Williams, Juan Bosch, Aimé Césaire, Sylvia Wynter, Michel-Rolph Trouillot y muchos otros dedicaron buena parte de su obra a pensar distintas dimensiones del fenómeno: la revolución, su trascendencia, las amenazas que siempre la acechan, así como los problemas de la memoria y el olvido, ocupan un lugar central en sus reflexiones.

C.L.R. James, con la colaboración de Eric Williams, al igual que Aimé Césaire y George Lamming, contribuyó a rescatar la memoria de la Revolución haitiana. Recorrieron archivos, cuestionaron olvidos y devolvieron protagonismo a acontecimientos y figuras que habían sido marginados por

buena parte de la historiografía dominante. En pleno auge de los procesos descolonizadores del siglo xx, ayudaron a dimensionar el alcance histórico de la revolución y la figura de Toussaint Louverture. A esta labor de recuperación y reinterpretación también contribuyó de manera decisiva Michel-Rolph Trouillot.

Las dos revoluciones, la haitiana y la cubana, hicieron girar la noción del sujeto de la historia, permitieron involucrar y hacer recuperar la “esencia” enajenada, la dignidad humana sojuzgada de hombres y mujeres; con ellas el sujeto del cambio se desplazó del norte al sur, como dijera Jean-Paul Sartre en 1961, al prologar *Los condenados de la tierra* de Frantz Fanon: “Europa hace agua por todas partes. ¿Qué ha sucedido? Simplemente, que éramos los sujetos de la historia y que ahora somos sus objetos”.⁹

Cuando los hombres y mujeres se involucran en el acto de la revolución se liberan, el intelectual radicaliza su compromiso, los partidos políticos dejan de ser los habituales partidos mimetizados de la política tradicional de occidente, desaparecen las diferencias por color de la piel y las creencias religiosas juegan su papel unificador y positivo. La revolución “afecta al ser”, lo modifica, decía Fanon, transforma a los espectadores aplastados por la falta de esencia en actores privilegiados, recogidos de manera casi grandiosa por la hoz de la historia. Ellas introducen en el ser un ritmo propio, un nuevo lenguaje, una nueva humanidad, otras conductas.¹⁰

De tal modo que, tanto Fanon como el Che Guevara concluyeron que estos procesos emancipadores crean a seres humanos nuevos, renacidos, recuperados de sus magras

⁹ Jean-Paul Sartre: “Prefacio” en Frantz Fanon, *Los condenados de la tierra*, Fondo de Cultura Económica, 1963, p. 15.

¹⁰ Frantz Fanon: Ob. cit., p. 17.

condiciones de vida anterior, como de sus privilegios de clase. La revolución, en Haití y en Cuba envolvió a todos como torbellino, como huracán, les puso a girar sin saber siempre la exactitud meridiana del a dónde, pero les arrastró.

A finales del siglo XIX José Martí, comprometido con un proceso que resignificaba todas las concepciones sobre la verdad, el bien y el mal, lo justo y lo injusto, lo bello y lo feo, destacó que era precisamente la revolución la madre de una nueva visión que se imponía, de una nueva perspectiva del mundo. La revolución fue “la madre”, “la santa”, ella fue la que arrebató el látigo al amo, ella fue la que echó a vivir al negro de Cuba, ella fue la que levantó al negro de su ignominia y lo abrazó, ella, la revolución cubana”.¹¹

Revoluciones impensables e impensadas: Michel-Rolph Trouillot

El intelectual haitiano Michel-Rolph Trouillot afirma que la Revolución haitiana –y como ella la cubana– fue una revolución impensable e impensada. Cuando a Europa comenzaron a llegar las noticias de las sublevaciones haitianas no fueron aceptadas, había incredulidad y se consideraban falsas. Ni los plantadores mulatos del ala izquierda de la Asamblea Francesa concebían la sublevación masiva como posibilidad. Para el propio mulato Jean Pierre Brissot, “amigo de los negros”, fue increíble aceptar una movilización de más de 50 mil esclavizados, organizada de modo vertiginoso, con todos unidos, frente a los plantadores en la isla. Tampoco se admitía

¹¹ José Martí, en discursos y artículos, menciona la “Revolución” como “madre” y “santa” en sentido simbólico. Discurso “Madre América”, publicado en el periódico *Patria*, 19 de diciembre de 1889. Esta imagen se repite y se refuerza en su *Manifiesto de Montecristi* (25 de marzo de 1895) donde la revolución se concibe como causa santa y madre de la patria.

que pudiera ser un plan de los negros esclavizados porque, de serlo, las tropas francesas los hubiesen derrotado. Se argüía, sin dar suficiente crédito a la novedad: ¿quién desde fuera sería el agitador?; ¿vendrían los ingleses en su ayuda?; ¿quién es el culpable? De manera semejante sucedió en Cuba. Al triunfo de la Revolución, las familias más acaudaladas dejaban en manos de la servidumbre el cuidado de sus propiedades; una vez pasado el torbellino, que se asumía sería breve, avizoraban regresar de su temporal exilio.

Ambos procesos fueron impensables, no porque fueran inauditos, sino porque no cabían dentro de las epistemes del mundo establecido. Pierre Bourdieu, citado por Trouillot, define como impensable aquello para lo que no disponemos de instrumentos adecuados de conceptualización. Ese parece haber sido el caso de las Revoluciones haitiana y de la cubana. Tanto una como la otra pusieron en cuestión las epistemes dominantes de su tiempo, deshicieron marcos de referencia profundamente arraigados y alteraron aquello que se consideraba real, posible y legítimo. Los sistemas –colonial en Haití y neocolonial en Cuba– no podían admitir transformaciones de semejante magnitud porque atentaban contra los pilares mismos sobre los que descansaban.

En el imaginario social de las clases dominantes, tanto en Francia como en España, los negros esclavizados eran concebidos como seres obedientes y serviles. La libertad aparecía como una quimera inalcanzable y, de producirse una sublevación, esta nunca sería total y mucho menos victoriosa. Las sublevaciones de las que se tenía noticia eran consideradas fenómenos aislados y locales, fácilmente controlables mediante los tradicionales métodos de violencia colonial, tantas veces puestos en práctica por el poder esclavista.

C.L.R. James se refiere a ello de manera particularmente ilustrativa cuando afirma que “los esclavos recibían latigazos

con mayor certitud y regularidad que la comida”.¹² A continuación, describe, para asombro de sus lectores, el sadismo de los métodos empleados por los esclavistas:

[Se imponían] hierros en manos y pies, bloques de madera que los esclavos tenían que arrastrar donde quiera que fueran, la máscara de latón diseñada para impedir que comieran caña de azúcar, el collar de hierro. Los latigazos se interrumpían para pasar un pedazo de madera caliente por las nalgas de la víctima; sal, pimienta, lima, brasas, sábila y ceniza caliente eran derramados sobre las heridas sangrantes. Las mutilaciones eran comunes, brazos y piernas, orejas, a veces los genitales, para privarlos de los placeres que podían disfrutar sin costo. Sus amos echaban cera quemante sobre brazos, manos y hombros; vaciaban el guapo hirviendo sobre sus cabezas; los quemaban vivos; los asaban a fuego lento; los llenaban de pólvora y prendían con un fósforo; los enterraban hasta el cuello y untaban azúcar en sus cabezas para que las moscas los devoraran; los ataban cerca de hormigueros o avisperos; los obligaban a comer sus excrementos, beber sus orines, y lamer la saliva de otros esclavos. Un colono era conocido por lanzarse sobre sus esclavos y morderlos.¹³

Todo esto fue así hasta la noche del 14 de agosto de 1791 en Bois Caïman, cerca de Le Cap.

No obstante, esos actos de sublevación considerados “aislados” eran despojados de todo contenido político. Las autoridades coloniales los explicaban como resultado de la in-

¹² C.L.R. James: *Los jacobinos negros*, Fondo Editorial Casa de las Américas, La Habana, 2010, p. 7.

¹³ C.L.R. James: Ob. cit., p. 8.

capacidad de adaptación del esclavo, de alguna enfermedad o de un carácter dislocado. Con frecuencia, incluso, se atribuían a motivaciones puramente individuales o pasionales.

Un ejemplo de ello aparece en *Francisco*, la novela del escritor cubano Anselmo Suárez y Romero. Allí, las razones de la conducta del esclavo quedan reducidas al ámbito sentimental, una interpretación que décadas más tarde el director de cine cubano Sergio Giral cuestionaría al reescribir y filmar una versión más compleja y creíble de la historia entregada por el autor al abolicionista inglés Richard Madden en 1838. Sin duda, debió existir otro Francisco: rebelde, inconforme y temerario. Para la representación colonial, sin embargo, la patología estaba siempre del lado del negro, nunca del sistema que producía la opresión.

De la misma manera, a fines de la década de 1950, en pleno contexto de Guerra Fría y tras los años de histeria macartista en Los Estados Unidos, el comunismo podía percibirse como una amenaza en Europa, o incluso dentro del propio Senado estadounidense. Lo que parecía imposible era que un proceso de esa naturaleza pudiera desarrollarse en una pequeña isla situada al sur de sus fronteras y a escasos centímetros de la base naval de Guantánamo.

Más sorprendente aún fue que, una vez iniciada la Revolución, importantes sectores de la burguesía cubana siguieran negándose a aceptar el alcance de las transformaciones que tenían lugar ante sus propios ojos. Algo parecido había ocurrido en Haití entre 1791 y 1804. En ambos casos, la revolución apareció como una realidad difícil de admitir porque cuestionaba las certezas más profundas del orden existente.

Lo que estaba sucediendo no era una verdad posible dentro de los marcos de referencia dominantes. Las revoluciones seguían siendo impensables incluso cuando estaban en marcha,

porque los sistemas de creencias tienden a privilegiar la estabilidad. Reconocer una revolución significa, en última instancia, reconocer las fallas, las vulnerabilidades y los límites del sistema que la hizo necesaria.

Durante los trece años de la revolución en la próspera colonia de Saint-Domingue, las noticias en Europa fueron distorsionadas. La constitución de un Estado independiente era imposible –impensable–, aun después de enero de 1804. Entonces vino el rechazo, la no aceptación y el castigo. Haití sufrió una condena durante el siglo XIX y Cuba la vive aún hoy, argumentado todo por una lógica similar. Hace más de seis décadas la isla vive bajo el impacto del bloqueo impuesto por los Estados Unidos. Aunque algunos cuestionen su alcance, sus innegables efectos se expresan hoy en diferentes formas de presión económica, financiera y comercial.

Los sistemas dominantes que sostienen la hegemonía de los órdenes políticos, considerados legítimos o racionales, pueden admitir derrotas militares, crisis económicas e incluso catástrofes de gran magnitud, siempre que estas ocurran dentro de los marcos de interpretación que les son familiares. Lo que les resulta más difícil aceptar son aquellos procesos que alteran las reglas del juego y cuestionan los papeles tradicionalmente asignados a dominantes y dominados. Quizás por ello resultó más fácil aceptar la derrota de Napoleón en Rusia que la existencia de un Haití independiente. Del mismo modo, para muchos fue más fácil asumir la derrota estadounidense en Vietnam que aceptar el fracaso de la invasión de Playa Girón y la consolidación de la Revolución cubana.

Todo radica en el fundamento, en los presupuestos básicos sobre los que se sostiene el saber –la episteme que soporta otros saberes–. Las moldeables ideologías pueden readecuarse, pero los presupuestos del saber, no. La revolución se muestra como una imposibilidad histórica. El discurso actual del gobierno

norteamericano continúa basándose en nociones arcaicas de la Guerra Fría que se fijan cada día más en las mentes ordinarias como mantra inexplicable: el comunismo como el mal, o el “fantasma”, la izquierda como lo inadmisible, el espantajo del comportamiento político.

Trouillot al analizar la revolución en Saint-Domingue, señala que ni siquiera las facciones más progresistas dentro de extrema izquierda política, francesa o inglesa, tenía un marco conceptual de referencia que les permitiera entender la radicalidad antiesclavista, antirracista negra, anticolonial, del proceso que se desenvolvía en la colonia francesa.¹⁴ En Cuba, tras 1959, sucedió igual. Doce años después del triunfo, Fidel decía refiriéndose a la incapacidad de los “conocedores” de Cuba para definirnos y estudiarnos: “Todavía, con toda precisión, no tenemos siquiera un nombre, estamos prácticamente sin bautizar”.¹⁵

¹⁴ Anthony Bogues, en continuidad crítica de la obra de Trouillot, ha comentado sobre la radical trascendencia de la Revolución haitiana ubicada precisamente en la disrupción que el sujeto revolucionario de ese proceso significa para el pensamiento político y las narrativas al uso de revolución: “Todas las grandes revoluciones resultan inconcebibles para las élites, pues los embelesos del poder nublan la mirada ante la posibilidad del cambio. En esto, la Revolución haitiana no fue excepción. Sin embargo, lo fue en otro sentido: para las élites de Saint-Domingue y para el poder colonial francés, esas seducciones del poder estaban atadas a una epistemología del conocimiento racial y a un esquema de clasificación humana en el que el africano aparecía como un ser marcado por la carencia. De ahí que la figura del esclavo revolucionario –no del esclavo rebelde, sino del revolucionario– no resultara simplemente inconcebible, sino directamente imposible.” Anthony Bogues: “Two Archives and the Idea of Haiti” en Elizabeth Maddock Dillon y Michael J. Drexler (eds.): *The Haitian Revolution and the Early United States. Histories, Textualities, Geographies*, p. 315.

¹⁵ Fidel Castro Ruz: “Discurso en el acto central conmemorativo del X Aniversario de la Victoria de Playa Girón,” celebrado en el teatro de la Central de Trabajadores de Cuba (CTC) en La Habana, el 19 de abril de 1971. Las citas subsiguientes de Fidel Castro se encuentran disponibles en el sitio web *Fidel*,

En Cuba, la Revolución haitiana llegó bajo la forma del “horror de Haití”, que daría origen a una suerte de trauma cultural, también conocido como miedo al negro, que marcaría de manera profunda la historia sociocultural de la isla durante el siglo XIX. Entre los hacendados cundió el pánico. Se construyó un mito negativo del haitiano y se apelaba a la incapacidad de los negros para manejarse a sí mismos. Se hizo ver aquello como un proyecto negativo, moralmente malo, estéticamente feo. A la revolución iniciada en Cuba en 1868 se le antepusieron, de manera caricaturesca, dos caminos: o ser Haití, que era ser como el África salvaje; o ser española y, entonces, civilizada. No obstante, a poco más de medio siglo de la haitiana, la revolución que se inició en Cuba (de 1868 a 1898) fue integradora, antirracista, anticolonial y abogaba por una república donde la primera ley fuera el culto a la dignidad plena de los hombres y mujeres cubanas, sin importar el color de la piel o la condición étnica –cuestión notoria en los discursos de José Martí.

Asombra que tales convicciones cubanas de finales del siglo XIX fuesen enarboladas en tiempos de auge del racismo científico en Europa, cuando ocurrían linchamientos y guerra civil en el sur de los Estados Unidos.¹⁶ Pero, como dijera Martí, todo esto comenzó a suceder en una isla en la cual “el látigo, lo mismo que el sol, se levantaba allí todos los días. Los hombres, como bestias, eran allí arreados, castigados, puestos a engendrar, despedazados por los perros en los caminos”.¹⁷ Esa gran pena del mundo era vivida por el sujeto negro en Cuba, antes

soldado de las ideas, en <<http://www.fidelcastro.cu/>> de donde, con permiso del Centro Fidel Castro Ruz, hemos compilado los documentos que conforman esta antología.

¹⁶ Ada Ferrer argumenta esta idea en su libro *Cuba insurgente. Raza, nación y revolución. 1868-1898*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2011.

¹⁷ José Martí, “El plato de lentejas”, consultado en <<https://www.josemarti.cu/publicacion/786/>>.

y durante la revolución del 68, hasta que se alzaron en guerra, rompieron desde su primer día de libertad los grillos de sus siervos y tornaron, a costa de su vida, la indignidad española en un pueblo de sujetos libres. Fue ese acto, fue la revolución, la que invirtió el orden, la que hizo girar la verdad.

En el siglo siguiente llegaría de nuevo a Cuba la soez ignominia, los rezagos, los esquemas ajenos; porque, como advirtiera Martí, “la institución de la esclavitud” es muy difícil de “desarraigar de las costumbres y de la ley” y “lo que se borra de la constitución escrita, queda por algún tiempo en las relaciones sociales”.¹⁸ Así fue en los años que siguieron –sobre todo con la progresiva imposición del *american way of life*– en donde tuvieron lugar hechos vergonzosos como la muerte de Quintín Banderas o la Guerra del 1912.

Estas dos revoluciones, aquí referidas, han sido, sobre todas las cosas, de orden ontológico: transformadoras de las epistemes, los valores, la nueva estética y las lógicas de Occidente. He ahí su trascendencia, muy a pesar de los intentos sistemáticos por silenciarlas, subvalorarlas o trivializarlas. La libertad del esclavo completó la idea burguesa de la libertad y la igualdad e hizo temblar el ideal de la fraternidad. La esclavitud tocó su fin y fue demanda consciente de los líderes haitianos. Los esclavos negros mostraron capacidad para desafiar el poder, usurparlo, decidir y encabezar un proyecto alternativo, con todos los vaivenes, modos y contradicciones que tuviera. El esclavo tomó “autoconciencia de sí” y se reveló contra el amo, como figurara Hegel. Era inocultable el artículo 14 de la primera Constitución haitiana, en donde se afirma que: “Todas las distinciones de color necesariamente desaparecerán entre los hijos de una y la misma familia [...]; los haitianos, de aquí

¹⁸ José Martí, Ídem.

en adelante, serán conocidos por la denominación genérica de negros”.¹⁹

La realidad no está siempre *hic et nunc* (“aquí y ahora”), los pueblos diferenciados en abstracto por una supuesta línea de color y acumulación de riquezas no tienen una jerarquía fija, no son unos superiores a los otros, unos civilizados y otros salvajes, unos con historia y otros sin ella. Tras 1804 los negros no serán más colocados en una posición inferior muy a pesar de los esfuerzos del racismo científico de las sociedades antropológicas y médicas europeas del siglo XIX. Toussaint desde antes de la victoria, animó la construcción de hoteles en Le Cap, impulsó la construcción de edificios nuevos en la ciudad devastada por la guerra, construyó carreteras para unir a puntos distantes de Haití y se preocupó por recuperar la agricultura en las haciendas quemadas. Ochenta años después, Anténor Firmin fundamentaba con orgullo, ante los racistas seguidores de Gobineau en París, la capacidad de los haitianos en todas las esferas de la vida social, las artes, las ciencias, las humanidades. En su libro sobre la insostenible afirmación de la desigualdad del negro, dedica páginas a elogiar la sabiduría, la capacidad, las riquezas intelectuales de Haití para 1885.²⁰

La razón y la ciencia europea evidenciaron su incapacidad para explicarlo todo. Fueron inútiles para aprehender la realidad. La religión mostró su papel movilizador y de éxtasis, insuflador de coraje, de estímulo para la sublevación y la toma de conciencia. De las Antillas no llegarían ya más mercancías a Francia como sucedía antes; la trata y la esclavitud no serían

estados eternos ni negocios confiables. Adam Smith, el economista británico lo advertía, pero no por humanismo, sino por haber constatado la necesidad económica de poner fin a un modelo de acumulación de capital basado en el trabajo esclavo, para dar paso a otro fundado en el liberalismo.

Se hizo otro el mundo a la sazón. Después de la Revolución haitiana llegó el final, no de la Ilustración, sino del falso universalismo, abstracto, construido por el mundo occidental moderno. Fue la clausura de un tiempo y la apertura de otro, generado por una revolución que aconteció, no en Francia o los Estados Unidos, sino en una colonia; una revolución liderada por esclavos negros que se sublevaron contra el poder colonial y la esclavitud. La libertad fue la primera ganancia, seguida de la independencia. Ni los norteamericanos, ni tampoco los franceses, fueron capaces de concebir el fin de la esclavitud en Norteamérica en 1777 o en Francia en 1789.

Pero las Revoluciones, haitiana y cubana, fueron procesos impensados. No estuvieron anteceditas suficientemente por un recio plan, un diseño exacto o un trazado preciso. Ellas adelantaron la realidad a la idea. El acto antecedió al concepto, el impulso muscular al razonamiento consciente. No hubo un plan acabado del acontecimiento. Los proyectos se desquician frente a la acción, que es finalmente la que define el plan.

Los ideólogos de la Revolución francesa bosquejaron el cambio. Solo faltaba un líder, que terminó siendo Maximilien Robespierre, decían. En Haití tampoco apareció el “Espartaco negro” que Raynal y Diderot advertían al poder francés como peligro latente en las colonias de ultramar. Toussaint Louverture emergió del propio proceso revolucionario. Y algo parecido sucedió en Cuba con Fidel Castro. Ni uno ni otro fueron resultado de un diseño previo; ambos se hicieron líderes en el propio curso de la revolución, al mismo tiempo que esta iba definiendo su rumbo.

¹⁹ Cfr. *Constitución de Haití*, cap. 14, 1805, en: *El pensamiento constitucional hispanoamericano hasta 1830*, Academia Nacional de la Historia, Caracas, 1961, v. 42, t. III, pp. 159-170.

²⁰ Cfr. Anténor Firmin: *Igualdad de las razas humanas* (1885), Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2013.

De la misma manera que, en ambos casos, los líderes no estaban dados de antemano, sino que fueron generados por el propio proceso revolucionario, tampoco estas revoluciones estuvieron acompañadas por intelectuales o teóricos capaces de urdir planes detallados o advertir atajos. Más bien escaso fue tal oficio. En el caso de Haití, la mayoría de los esclavos eran analfabetos. La palabra escrita no constituía un medio de comunicación eficaz. Y las reivindicaciones eran tan radicales que solo los hechos podían dar fe de ellas.

Los sucesos mismos, en su desenvolvimiento, generaron las demandas, y se ubicaron de tal forma en el límite de lo concebible, incluso para los líderes quienes tampoco preconcebieron el curso radical que las transformaciones adoptarían. Con ello se desecha la capacidad magnánima y sobrenatural como argumentación, pues será realmente el proceso el que definirá el cambio. El discurso quedó tras el acto, o llegó al unísono con él. La práctica política ha desafiado cualquier idea, cualquier filosofía. De hecho, ambas revoluciones han producido escasos textos que anticipen o acompañen. Así lo supo ver Jean-Paul Sartre cuando visitó Cuba entre febrero y marzo de 1960. De cuerpo presente dialogó con Fidel y el Che y vivió la experiencia revolucionaria. Las revoluciones en el Caribe, al menos estas dos paradigmáticas con 155 años de diferencia la una de la otra –a medir por la fecha de victorias–, no tuvieron más preparación ideológica que la impuesta por los excesos de la realidad de dominación; aun cuando la cubana tuvo la ventaja del tiempo, de los desarrollos tecnológicos y de la madurez de los años.

Pero es de señalar que, las revoluciones no son procesos adánicos que surgen de la nada, sin un hilo conductor que los conecte con un antecedente. Todo lo contrario. La insurrección del cimarrón Mackandal en Saint-Domingue, la experiencia mambisa de las tropas decimonónicas o las luchas de todo tipo durante la primera mitad del siglo xx en Cuba

(por solo nombrar algunos hechos) poseen un acumulado que cimenta las raíces de lo que luego acontecerá. Aun cuando la ocurrencia de la revolución misma cayera en el terreno de lo impensable en su contexto histórico-político y en los sucesos de absoluta radicalidad que allí tendrán lugar.

Tanto la propia incapacidad para aceptar la trascendencia de tales revoluciones, más los intereses que detrás de ellas se mueven, ligado a la dominación hegemónica, constituyen un peligro: el silenciamiento. Los dueños de la fórmula, los poseedores de las metodologías, de la ciencia, de las disciplinas académicas y los manejadores de las ideologías, han sabido velar estos sucesos. Como señala Trouillot, en el discurso de la dominación ha habido dos tropos de su retórica que han pretendido garantizar el silencio. En primer lugar, borrar el hecho.²¹ Los divulgadores, los autores de los libros de texto, hacen repetir que “eso realmente no sucedió”, “no fue tan grave ni tan importante”; así como “la esclavitud también afectó a los no negros”, o “Cuba lucía índices de desarrollo superiores a los actuales”. En segundo lugar, vaciar de contenido exacto el suceso, trivializarlo y banalizarlo. Y aquí están prestos los especialistas que pueden afirmar que “Los esclavos estaban mejor alimentados que los obreros ingleses”, “los castigos no fueron tan severos” o, “La educación de antes del 59 era superior a la de hoy”, “La Habana era lujosa y todo era prodigalidad”.

Al final parece operar una misma lógica: las revoluciones pasan de ser impensables a ser negadas, minimizadas o silenciadas, hasta convertirse en lo que Michel-Rolph Trouillot llamó un “no acontecimiento”. La Revolución haitiana es quizás el mejor ejemplo de ello. Durante mucho tiempo quedó fuera

²¹ Cfr. Michel-Rolph Trouillot: “Una historia impensable: la Revolución haitiana como un no-acontecimiento”, en Camila Valdés León y Frantz Voltaire (eds.): *Antología del pensamiento crítico haitiano contemporáneo*, CLACSO, Buenos Aires, 2018, pp. 47-88.

de los textos escolares, de los relatos históricos más difundidos y de buena parte de la enseñanza, tanto en Haití y Cuba como en América Latina, Francia y otros espacios académicos.

El proceso revolucionario fue, además, reducido con frecuencia a una simple revuelta o rebelión, y, de tal forma, se evitaba reconocerlo en su justa dimensión histórica. El silenciamiento resulta sorprendente. Los británicos perdieron más de sesenta mil soldados en la campaña de Saint-Domingue y Francia sufrió allí pérdidas superiores a las de Waterloo, pero estos datos apenas ocupan espacio en la memoria histórica dominante.

Como apunta Trouillot, incluso obras fundamentales como *La era de las revoluciones* de Eric Hobsbawm apenas conceden atención a Haití. Algo parecido ocurre con otros procesos vinculados a la experiencia revolucionaria cubana, cuya participación en África durante la descolonización o en episodios como la invasión por Playa Girón suelen aparecer distorsionados o reinterpretados en determinados contextos educativos.

La trivialización y el vaciamiento de contenido no siempre son el resultado de una operación consciente. También pueden producirse cuando determinadas narrativas, categorías de análisis y metodologías terminan instalándose en los sistemas educativos, los museos y los espacios de producción de conocimiento hasta convertirse en verdades repetidas mecánicamente.

Basta visitar hoy un museo en La Habana, Girón o Santiago de Cuba para advertir cómo ciertos relatos se reproducen una y otra vez. Son narrativas coherentes, pero con frecuencia simplificadoras, descontextualizadas y previsibles, construidas a partir de moldes que reducen la complejidad de los procesos históricos. Poco a poco, lo extraordinario se vuelve rutinario, el pasado pierde matices y la memoria termina empobrecida,

mientras se exige sacarle chispas a la historia, como diría Walter Benjamin.

El problema se vuelve aún más profundo cuando las revoluciones son interpretadas mediante categorías y metodologías elaboradas para explicar realidades muy diferentes. Entonces, los marcos analíticos procedentes de otros contextos históricos terminan ocupando el lugar de las experiencias concretas que pretenden explicar. Incluso en los países donde las revoluciones ocurrieron, el pasado acaba siendo leído a través de lentes ajenos que seleccionan qué recordar, qué olvidar y qué considerar relevante.

Con frecuencia se reclama la necesidad de escribir nuevas historias de la Revolución cubana. Pero hacerlo desde esquemas heredados, dependientes de agendas externas o de narrativas prefabricadas, puede producir el efecto contrario al deseado. El resultado es una historia saturada de interpretaciones repetidas, donde ciertos acontecimientos son amplificados mientras otros desaparecen en la mudez. También se silencia cuando se banaliza. También se olvida cuando se simplifica. Y también se pierde memoria cuando el pasado es vaciado de su complejidad para hacerlo encajar en categorías que le son ajenas.

Por ello la importancia de pensar en la memoria, los modos de mantenerla, de rescatar historias condenadas al mutismo, historias dentro de otras historias, historias que valen no solo como memoria muerta del pasado, sino también para el presente. Somos responsables de la reflexión sobre asunto nada despreciable. La perspectiva crítica y no mimética nos devuelve el juicio sereno, acucioso, más allá de las ceremonias y la mera instrumentalización. Se nos advierte de los olvidos, los silencios, la necesidad de no dar por despejado ni inteligible todo lo que de nuestros procesos hemos aseverado a lo largo de los años. Hagamos de la memoria, de la historia y de las narrativas construidas objeto de profunda reflexión. E incorpóremoslas al presente.

Fidel y su idea de la revolución

Fidel Castro fue no solo un líder revolucionario o un pensador acucioso y sensible; también fue un hombre culto y un muy hábil dirigente en lo que al pulso de la política se refiere. Para él, la revolución no es un dictamen regido por una ley, sino un acto que se concreta y se ensancha cada día, en cada suceso.

Nunca se rigió por dogmas preestablecidos, por normas prescritas. No fue un seguidor ortodoxo de las condiciones objetivas y subjetivas, ni un ejecutor de la ideología decretada. Para Fidel, el concepto va llegando, se va completando a cada paso. Tampoco fue un académico, un profesor que dicta desde una cátedra, sino un activo revolucionario que piensa al calor de lo esencial del suceso y del cambio. Para él, es el acto mismo quien le dicta al pensamiento sin que, con ello, demerite a lo segundo; pues, si algo le caracterizó a lo largo de su vida, fue ser un profundo y acucioso pensador, un convencido de la necesidad y utilidad de la teoría —la herética, la crítica, la que no queda reducida y dictada por manuales—. Le acompañó también un profundo sentido de humor criollo.

A lo largo de su trayectoria política, la revolución aparece en Fidel Castro con una idea polisémica que integra, al menos, varias dimensiones: la revolución como derecho de resistencia, proceso de liberación nacional, transformación social y práctica ética: como formación de una nueva conciencia y como proyecto permanente de emancipación. Su sostén: José Martí y el legado revolucionario cubano. Para Fidel estaba claro que las revoluciones no responden a un mismo patrón. Cada una expresa una realidad particular y se desarrolla de acuerdo con las circunstancias concretas de su tiempo y su lugar.

Al mismo tiempo que en Cuba se cocía una revolución, por los mismos días transcurría un fenómeno parecido en Argelia, y en África se avivaban los ánimos descolonizadores. Pero cada uno de estos acontecimientos sucedía en sus condiciones reales,



El Comandante en Jefe en su despacho (23 de septiembre de 1990).

con su particularidad, en su medio cultural y con el acumulado histórico, etc. No obstante, la reflexión teórica, los resortes ideológicos necesarios, crean paralelos y perspectivas semejantes.

Es así como Fidel, el Che y Frantz Fanon, al igual que varios líderes e ideólogos africanos y asiáticos de los procesos de descolonización, coinciden en diversos aspectos. Entre ellos, se destaca la importancia de la violencia revolucionaria, el recurso a la lucha armada como única salida en determinadas circunstancias, el papel que desempeñan tanto la espontaneidad como el liderazgo, y también la gran importancia de encargarse de la formación, la educación, y la instrucción revolucionaria que evite dejar que los “explotados y vilipendiados de América”, y de África, a las mujeres, los negros, los campesinos pobres, los lumpen proletarios, los “subhombres” de la periferia de las grandes urbes, sean instrumentados por los enemigos de la revolución. Como apuntara Frantz Fanon,

“a pesar de las patadas, de las pedradas” estos pueden seguir “royendo las raíces del árbol”.²² Así sucedió en Kenia con los Mau-Mau o en Katanga contra Patrice Lumumba.

Tanto para el Che como para Fidel, formar políticamente –“concientizar” como dirían luego Amílcar Cabral y Paulo Freire– fue siempre una prioridad. También comparten una preocupación por la dimensión ética que sostiene el acto revolucionario y por las asechanzas y confabulaciones de un mundo marcado por la Guerra Fría, que obligaba a actuar con especial habilidad política. Del mismo modo, reconocen las particularidades de los países del Tercer Mundo, donde el campesinado desempeña un papel central en los procesos de transformación social. Esto los distingue de las experiencias europeas industrializadas, en las que el protagonismo revolucionario solía atribuirse al obrero y al proletariado.

Teniendo como antecedente estas preocupaciones, recuperar textos fundamentales de Fidel Castro Ruz sobre el contenido que encierra su idea sobre la revolución, no es un ejercicio sin sentido. Todo lo contrario, pues implica sistematizar, recuperar, hacer visible para futuros trabajos investigativos y divulgativos la obra de un hombre que entregó su vida, toda su inteligencia y sensibilidad a una obra. ¿Incompleta, no perfecta?; pero siempre una obra humana grande. Como dijera la escritora Katiuska Blanco, conducir un proceso de dinámicas tan transgresoras, con transformaciones tan profundas y vertiginosas, un cambio tan dramático en sentido positivo es la tarea intelectual más compleja que alguien pueda asumir, y más aún cuando se le suma el hecho de hacerse en una isla separada por centímetros del imperio norteamericano.²³

²² Frantz Fanon: Ob. cit., p. 73.

²³ Katiuska Blanco en declaraciones contenidas en material audiovisual publicado en sus redes sociales por la Editorial de la Mujer en el mes de

El acercamiento que aquí proponemos no busca ser exhaustivo. Más bien pretende abrir caminos y estimular nuevas investigaciones. La recopilación completa de todas las referencias sería una tarea difícil; sin embargo, para nuestros fines educativos y para promover el debate entre los jóvenes, esta compilación puede resultar de gran utilidad. Con ella reafirmamos la convicción de que la idea “revolución” y el sujeto Fidel serán uno y la misma cosa, que se irá expresando a lo largo de los años, de manera invariable, porque estables son los presupuestos éticos y humanos desde los cuales pensó y actuó Fidel Castro.

Reiteramos que, a lo largo de la obra reflexiva y crítica del líder revolucionario, no fue propósito definir, sino comunicar en el momento en que era interpelado. Él mismo no se puso frente a ningún contenido como experto o estudioso profesional –aunque lo fuera–, sino como eterno dialogante, revolucionario que indagaba, vehemente lector. Él fue un actor juicioso que sabía del sesgo ideológico de cada momento y del tratamiento de los temas en su funcionalidad. Supo siempre disentir y conversar, cuestionar y esgrimir, con dominio del discurso, cada tema, a partir del profundo conocimiento de la historia, la ciencia y la literatura, y con sobrado manejo de la dialéctica.

Si revisamos los discursos más importantes, desde 1953 hasta 2006, notaremos que, anterior al triunfo en 1959, ya Fidel estaba convencido de que, para superar las condiciones de sujeción al capital norteamericano, las condiciones de vida en la República que consideraba mediatizada, la crítica situación social, solo podría lograrse por medio de la lucha armada. En ello coincidía con otro de los grandes líderes del proceso cubano: el Che Guevara.²⁴

julio de 2026.

²⁴ El joven Ernesto Guevara, durante su recorrido en motocicleta por América del Sur, fue testigo de la pobreza del campesinado, de las duras

En el período de 1953 y hasta 1958, en los discursos y documentos de Fidel, se observan las razones por las cuales se emprende un proceso de cambios radicales. En el “Manifiesto del Moncada” –redactado por el poeta de la generación del Centenario,²⁵ Raúl Gómez García, junto con Fidel, quien lo leyera momentos antes de partir hacia el combate–, se reconocen como guía los ideales de Martí contenidos en sus discursos, en las bases del Partido Revolucionario Cubano y el Manifiesto de Montecristi. Con resuelta claridad se afirma que “el espíritu nacional desde lo más recóndito del alma de los hombres libres” se levanta para “proseguir la revolución inacabada que iniciara Céspedes en 1868, continuó Martí en 1895, y actualizaron Guiterras y Chibás en la época republicana”. Se asevera que se trata de proseguir la revolución cubana, y en este momento, había que reconquistar la Constitución, las libertades esenciales y los derechos inalienables, “pisoteados sin tregua por la usurpación traicionera”, luchar por el bienestar y la prosperidad económica, la soberanía, con apoyo popular y vocación latinoamericanista, visible desde este primer documento. Fidel, considera, y es notorio, que esta fase de la revolución es una “Revolución nueva” que honrará “el sueño irrealizado de Martí”.

La historia me absolverá (1953), constituye un examen en torno a la justicia de la revolución pues, de su denuncia de los problemas del país se desprende la legitimidad de la sublevación.

condiciones de vida de los salitreros chilenos, de los mineros y de las poblaciones indígenas. En Ollantaytambo, Perú, y tras las experiencias acumuladas durante el viaje, le dijo a su amigo Alberto Granado: “Petiso, esto no puede ser resuelto de otro modo que no sea por medio de la lucha armada”. Así me lo contó Alberto Granado, en conversación personal en su casa en 2008, tras hablar de la experiencia de filmación de *Diarios de motocicleta*, dirigida por Walter Salles (2004).

²⁵ Como se llamaron los jóvenes involucrados en la gesta del Moncada que acontecía en el año del centenario del nacimiento de José Martí.

Como algunos coinciden en apuntar, ello está basado tanto en la tesis del derecho de resistencia de John Locke, como en la soberanía popular de J. J. Rousseau e, invariablemente, en el ideario nacional de José Martí, a quien se le reconociera como el autor intelectual de la acción, justo en el año de su centenario. La revolución significa pues la posibilidad legal de saldar una cuenta pendiente de la nación. Más que insurrección, la revolución es el acto que se propone un programa de cambios y la restauración de un derecho violado. Por ende, el acto revolucionario es la respuesta ética, política y nacional a una situación de injusticia.

Sobre el juicio, desarrollado el 16 de octubre de 1953 en una sala de la Escuela de Enfermeras del Hospital Civil de Santiago de Cuba, Marta Rojas, testigo presencial del proceso, dijo que el acusado no hizo ni un alto en su informe: a veces alzó la voz, se contuvo por momentos, en instantes se inclinaba sobre la mesita que tenía de frente, y a medida que hablaba, improvisaba, mientras se hacía silencio en el recinto y no se escuchaba ningún otro sonido más que su voz pausada, como si conversara con todos.²⁶ Para Fidel la importancia de *La historia me absolverá* es decisiva. En carta enviada a Melba Hernández y a Haydee Santamaría en 1954 les dice: “... ahí está contenido el programa y la ideología nuestra”. Les insiste también en la necesidad de imprimir y difundir el texto entre amplios sectores, justamente por “su contenido ideológico”. Les asevera que “...la propaganda es vital; sin propaganda no hay movimiento de masa y sin movimiento de masas no hay revolución posible”. Además, les dice que se debe tener “estilo propio y ajustarse a las circunstancias y lo que fue sedimentado con sangre debe ser edificado con ideas”.

²⁶ Marta Rojas: “La historia me absolverá, un arma de ideas”. Consultado en <<https://web.archive.org/web/20060517103448/http://www.granma.cubaweb.cu/marti-moncada/jm10.html>>.

Fidel salió a México después de la excarcelación y dijo: “como martiano pienso que ha llegado la hora de tomar los derechos y no pedirlos, de arrancarlos en vez de mendigarlos”. La salida le provocaba desgarramiento: “...lo destruyen a uno en mil pedazos cuando lo alejan de la Patria”. Mientras tanto él andaba y mantuvo durante toda su vida recogiendo los pedazos de sus “sentimientos personales que son los de un hombre que, por dignidad, ideal y deber todo lo ha renunciado en esta vida”. Cabría apuntar que esta afirmación fue resolución de vida.

En el período comprendido entre 1953 y 1959, en sus textos, discursos y documentos, Fidel Castro expresaría su idea de revolución y cuya elaboración se extendería a lo largo de los años y hasta sus últimos discursos o reflexiones, marcada por la impronta de cada momento. En este sentido, revolución es alcanzar el mayor nivel posible de justicia, soberanía nacional, independencia; así como devolver al pueblo, a los más humildes, lo que les ha sido arrebatado. Valores como dignidad, independencia, soberanía, honor, valentía, solidaridad, internacionalismo, serían desarrollados, desde entonces, de manera constante en su discurso.

Una noción usada consistentemente fue “pueblo”, cuya definición, desde el juicio del Moncada, y a la cual acudiría siempre, identificaría la revolución como un acto justamente para y por el pueblo. Afirmaba en todo momento hablarle al pueblo, pues es este el soberano y protagonista, el depositario y decisor, el actor fundamental de la revolución, quien la hace y para quien se hace. Es el pueblo, concepto definido en La historia me absolverá, el sujeto de la revolución. Para él, “la Revolución ha traído al país y quiere seguir trayendo al país el mayor número de beneficios, no solo materiales, sino también morales, recordando aquello de que no solo de pan vive el hombre”.²⁷

²⁷ Fidel Castro: “Discurso pronunciado en el banquete de las instituciones

En el “Manifiesto n.º 1 del Movimiento 26 de Julio”, en 1955, Fidel dejó claro que la insurrección armada no es una elección voluntaria, sino una necesidad histórica; por su parte, la violencia revolucionaria se presenta como una respuesta al uso ilegítimo de la violencia por parte del Estado. En este tiempo, la revolución buscaba devolver al pueblo el poder que le fue arrebatado e insiste en restablecer la Constitución de 1940, convocar elecciones libres una vez derrotada la dictadura, garantizar las libertades públicas y reconstruir el Estado de derecho. Todavía no se proponía el socialismo como horizonte visiblemente definido y su lenguaje era principalmente democrático, constitucional y nacionalista. Sí quedaba enunciada la reforma agraria, y se dejaba claro que la insurrección no era obra de algún partido político tradicional. La idea central que se desprende del documento es la necesidad de construir una amplia alianza nacional para luchar contra Batista. La revolución, entonces, aparece como un proceso de recuperación de la soberanía, de justicia social, que cuenta con el protagonismo del campesinado y de la que se destaca la dimensión ética de su acción.

El programa político expuesto en este primer manifiesto se ampliará en el segundo de 1957. Acompañado de la necesidad de consolidación de un frente amplio contra la dictadura de Batista, la revolución, sin embargo, no se presenta solo como una insurrección contra un tirano, sino como un proyecto integral de reconstrucción nacional que pretende modificar, simultáneamente, las estructuras políticas y las sociales.

La revolución deja de ser únicamente un acto de ruptura para convertirse en un proceso fundacional. Es notable que, desde estos primeros documentos, la revolución es siempre

económicas”, celebrado en el hotel Habana Hilton, 27 de agosto de 1959 y “Discurso pronunciado en el acto central por el xv aniversario de la victoria de Girón y la proclamación socialista de nuestra Revolución”, celebrado en el teatro Karl Marx, el 19 de abril de 1976.

entendida como un proceso de cambio profundo, guiado por la justicia social, la participación popular, la ética y la soberanía nacional. Estas mismas cuestiones se presentarán en el discurso de Fidel Castro del 1.º de mayo de 2000, que abordaremos más adelante.

Interesante documento también de este período es la entrevista con Herbert Matthews de 1957. En ella queda claro que la revolución se concibe, ante todo, un proceso de construcción de legitimidad política. No se define únicamente por sus objetivos, sino también por la legitimidad moral que sea capaz de construir y sostener. Esta es una cuestión central en el pensamiento de Fidel, presente desde el juicio del Moncada y que lo acompañará hasta el final de sus días.

En este periodo, la idea del socialismo todavía aparece en proceso de elaboración. No se plantea como un alineamiento automático con el socialismo realmente existente en la Unión Soviética, sino como una de las alternativas posibles para impulsar cambios radicales en un país del Tercer Mundo.

Tras el triunfo del primero de enero 1959, Fidel dejaba claro que el triunfo militar era solo el inicio de una transformación profunda, pues “La Revolución empieza ahora”. La Revolución no significaba únicamente el derrocamiento de Batista, sino un proceso de transformación de las estructuras económicas, sociales y políticas, de manera profunda y radical, que tenía como simiente el humanismo y los más elevados ideales de justicia y la ética. Vemos aquí la inauguración de una idea que recorrerá toda su obra política: la Revolución no consiste únicamente en conquistar el poder, sino en transformar la sociedad. Desde este momento aparece implícita la noción de la revolución como proceso histórico.

A inicios de los años sesenta, Fidel comenzó a hablar de la revolución como un proceso de cambio estructural. Esto puede apreciarse con claridad en la Primera (1960) y la Segunda

Declaración de La Habana (1962). En ambos discursos aparece ya la dimensión continental, latinoamericanista, antiimperialista y socialista de la revolución en marcha. Esta deja de presentarse como un fenómeno excepcional o exclusivamente cubano para convertirse en parte de un proceso más amplio, de alcance latinoamericano. En esa lectura, el imperialismo constituye el principal obstáculo para el desarrollo de la región. De tal forma, Fidel insistía en que los problemas de Cuba eran también los problemas de América Latina.

El 16 de abril de 1961, en un momento particularmente dramático, durante la despedida a las víctimas de los bombardeos contra los aeropuertos cubanos –en vísperas de la invasión norteamericana por Playa Girón– se produjo la proclamación del carácter socialista de la Revolución. En su discurso, Fidel afirmó que la revolución implicaba defender los cambios estructurales frente a la agresión externa y frente a las aspiraciones de las clases desplazadas del poder. Para él, revolucionar la sociedad significaba transformar las relaciones de propiedad, eliminar la explotación, cambiar el carácter del Estado e inaugurar un nuevo orden social. Fue entonces cuando definió la revolución con una de sus fórmulas más conocidas que mucho trasluce de su formación martiana: “...esta es la Revolución socialista y democrática de los humildes, con los humildes y para los humildes”.

La misma idea aparece expuesta con su proverbial didactismo en la Plaza de la Revolución en La Habana, en el discurso del 1.º de mayo de 1961, la primera gran celebración popular después de la victoria sobre los invasores en Playa Girón. Allí Fidel sostuvo que una revolución verdadera no consiste simplemente en sustituir un gobierno por otro, sino en transformar las estructuras económicas, modificar las relaciones entre las clases sociales y transferir el poder político

a las mayorías. El proceso revolucionario implicaba cambios profundos en la economía, en la política y en la organización social. Solo entonces, afirmó, el pueblo ejercería realmente el poder, pues la revolución supone alterar las bases mismas del sistema anterior.

Casi tres meses después, el 26 de julio, en ocasión de la celebración del asalto al cuartel Moncada, Fidel expondría que una revolución auténtica no puede detenerse, pues debe transformar todas las estructuras heredadas para que entonces el cambio fuese profundo y permanente. En este, como en los discursos anteriormente mencionados, Fidel explicaba que la revolución defiende los intereses de los trabajadores y transforma las estructuras económicas y sociales del país. Por ello, implica una ruptura con el viejo orden basado en la explotación para abocarse a la construcción de una nueva sociedad socialista.

Es destacable la claridad con la que explicó, tan temprano como el 20 de diciembre de 1961, en reunión con directores de las Escuelas de Instrucción Revolucionaria, la adecuada interpretación marxista-leninista del proceso en curso y del por qué la teoría de la revolución marxista, ajustada a Cuba, era necesaria, así como la formación de concientizados revolucionarios.

Todos estos discursos y a lo largo del tiempo, llevarían consigo, siempre, la urgencia de enfrentar la contrarrevolución, las amenazas del gobierno norteamericano, los intentos por destruirla. Por eso también apela a la unidad lograda de todas las fuerzas, al mismo tiempo que argumenta el significado y la trascendencia de las medidas adoptadas, necesariamente y en consecuencia con el proyecto, como la reforma agraria, urbana, las nacionalizaciones, etc.

La concepción de la revolución en Fidel muestra una evolución que va desde una dimensión jurídica, visible en *La historia*

me absolverá y en la defensa del derecho a la insurrección, hacia una dimensión política, asociada a la experiencia de la Sierra Maestra y a la reconstrucción del Estado. Más tarde adquiere una dimensión geopolítica, expresada en las Declaraciones de La Habana, donde el antiimperialismo y el internacionalismo aparecen como elementos centrales. Todo ello desemboca en una concepción ético-humanista de la revolución. Esta deja de ser únicamente un acontecimiento histórico o un cambio de gobierno para convertirse en una práctica permanente de transformación moral y social.

Entre 1963 y 1970, en medio de una etapa de radicalización revolucionaria, Fidel realizó intervenciones sobre la planificación, sobre la campaña de nacionalización de las pequeñas empresas privadas (conocida como “ofensiva revolucionaria” en 1968) o sobre el valor de la zafra de los diez millones (épico proyecto de producción azucarera de diez millones de toneladas de azúcar en 1970). En todas ellas, hizo notar que el proceso en curso implicaba transformaciones económicas integrales, cambio cultural y formación de hombres y mujeres nuevos. En el Congreso Cultural de La Habana en 1968 le decía al centenar de intelectuales, artistas, científicos y escritores allí reunidos que la revolución era una transformación integral de la cultura, la conciencia y el ser humano. La revolución, como proceso civilizatorio, crea: es una empresa cultural y ética orientada a formar una nueva conciencia.

Específicamente en su discurso sobre la “ofensiva revolucionaria”, Fidel defendió la eliminación de aquellas formas de explotación y de propiedad privada consideradas incompatibles con el proyecto socialista. Esta postura respondía, en buena medida, a concepciones más cercanas al socialismo realmente existente que a los planteamientos iniciales que admitían distintas formas de propiedad y convivencia

económica. En aquel contexto, la transformación revolucionaria tendió a identificarse con la eliminación de todo aquello que pudiera asociarse al capitalismo o a formas de resistencia vinculadas a la propiedad privada. En el trasfondo estaba su acérrima lucha contra toda expresión de capitalismo.

Durante la década de 1970, en sus intervenciones sobre la labor del Partido Comunista y su primer congreso, así como sobre la implementación de la Constitución de 1976, Fidel insistió en que la revolución debía entenderse como un proceso permanente de perfeccionamiento y transformación social. Sin embargo, esos años también estuvieron marcados por problemas que más tarde serían objeto de revisión crítica, entre ellos errores económicos, voluntarismos idealistas y el desarrollo de políticas culturales de carácter marcadamente sectario.

Pero la Revolución permanentemente estuvo desafiada por la contrarrevolución desde el primer día de la victoria en 1959. Fue acosada, sancionada y se impuso el bloqueo económico-comercial por el gobierno de los Estados Unidos. Todo ello fue nervio y espuela para la dirección de la revolución. Fidel, advertido como el Che, no dejó resquicio y nunca dio “un tantico así” al imperialismo.²⁸ De hecho, ya en una carta a Celia Sánchez en junio de 1958 le confiaba: “Al ver los cohetes que tiraron en casa de Mario, me he jurado que los americanos van a pagar bien caro lo que están haciendo. Cuando esta guerra se acabe, empezará para mí una guerra mucho más larga y grande: la guerra que voy a echar contra ellos. Me doy cuenta que ese va a ser mi destino verdadero”. Indudablemente, esta

²⁸ Un amigo me recordaba que cuando diferentes partidos, movimientos revolucionarios y Estados condenaban la intervención de las tropas del Pacto de Varsovia en 1968 en Checoslovaquia, Fidel iba más allá, apuntaba a la complicidad del enemigo, del gobierno norteamericano en el suceso, lo cual le ponía en alerta.

fue una actitud que le acompañó de manera permanente y que se evidencia en su actitud ante hechos aparentemente diversos como la explosión de La Coubre, la agresión por Playa Girón, la crisis de octubre, la lucha en el Escambray, sabotajes y ataques arteros de todo tipo a Cuba.

No fueron estos los únicos desafíos que se enfrentaron. Hubo situaciones que no vinieron con la bizarría del Norte, sino desde la URSS, desde dentro del partido, con sucesos como la microfracción sectaria y prosoviética entre 1966 y 1968. La URSS tuvo su complicidad con estos acontecimientos lo cual provocó asperezas y un tácito desapego con Moscú. Ello no se hizo visible. Para Fidel siempre estuvo clara la necesidad superior de defender el bloque frente al imperialismo. La idea misma de la revolución, de la soberanía, la independencia, la creatividad, el ajuste a la realidad propia; la necesidad de ser un proceso que en cada momento buscaba hacer, sin importar los aciertos o desaciertos, eran también certeza ineludible. No se requería una alineación más estrecha con el modelo soviético.

Muy cercano a estos sucesos, sobrevino el debate con los intelectuales que puso nuevamente en juego el acto revolucionario frente a intentos, a la larga, de comprometer el proceso en curso. Sin embargo, Fidel mantuvo su inalienable serenidad y persuasión, convencido de que la idea de la revolución marchaba sin sombras. No obstante, hay que mencionar errores notables como la experiencia de las UMAP (Unidades Militares de Apoyo a la Producción), el fracaso de la zafra del setenta. Este último conduciría a un acercamiento mayor a la URSS y la entrada finalmente al Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME).

Entre 1971 y 1985 se desarrolló el proceso de institucionalización de la revolución y en este tiempo cobran interés sus discursos durante el Primer Congreso del PCC, el período de

establecimiento de la Constitución de 1976, de conformación del Poder Popular, así como algunos discursos ofrecidos en visitas a otros países. En este lapso la revolución se transmuta en construcción, institucionalización y continuidad.

A mediados de los años setenta comenzó también la participación de Cuba en la guerra en Angola (“Operación Carlota de 1975 hasta 1991) y en otros países africanos. Fueron seguidas con detenimiento por Fidel las revoluciones que tuvieron lugar en Nicaragua y en Granada, ambas triunfantes en 1979.

En la década de los ochenta, después de más de veinte años de aplicación de una idea y de un proyecto, Fidel hizo balance de los logros alcanzados por la Revolución y de lo que se había conseguido en Cuba. La defensa del socialismo fue explícita, pero las referencias al marxismo-leninismo –al menos en el discurso y en el trabajo ideológico– no pasaron de ser menciones o reflexiones, nunca con la intensidad con que aludía a la historia nacional, al ideario martiano o a su vocación latinoamericanista. Esta tendencia se refleja claramente en los discursos e intervenciones que se recogen en esta antología.

Es innegable cómo se completa una idea. El crecimiento humano, la educación, la cultura y el deporte fueron preocupaciones constantes. En sus discursos e intervenciones, evidencia el papel que atribuye a la educación. Desde mediados de la década del setenta, su preocupación se extendió al ámbito de la salud, por formar médicos y convertir la isla en una potencia médica.

En 1986 comenzó el proceso conocido como “rectificación de errores y tendencias negativas”, vinculado tanto a las deficiencias internas en la conducción económica y política del país como, de manera paralela, a la Perestroika en la URSS. Esta etapa se prolongó hasta los años finales del siglo xx y se entrelazó con las dificultades del llamado “período especial en tiempos de paz” –la crisis económica que experimentó Cuba tras la caída del

campo socialista–. En esos años, adquieren particular relevancia sus intervenciones en el iv y v Congresos del PCC. En ellas aparece con fuerza la idea de la rectificación, entendida como la capacidad de reconocer errores, corregir rumbos y preservar los principios fundamentales del proyecto revolucionario.

La década de los noventa estuvo marcada por el derrumbe de la URSS y la desintegración del campo socialista. En el tablero de un mundo bipolar y en plena Guerra Fría, la desaparición de un bloque nos dejó como niños a la intemperie: con un enemigo histórico a solo 90 millas al norte y a milímetros en Guantánamo. El desafío fue ciclópeo. Sin embargo, en correspondencia con el modo fidelista de concebir la revolución –fundado en una recia actitud resuelta, en la vocación de cambio, en la ruptura con la racionalidad capitalista y en profundas raíces éticas–, la idea de Fidel navegó y logró mantenerse a flote durante las primeras décadas del nuevo milenio. Y todo ello ocurrió frente a un enemigo cada vez más sediento, dispuesto a doblegar la Revolución cubana, por cualquier vía, sin importarle los medios.

Y pareciera que todos estos hitos señalados no son más que meros datos de calendario. Sin embargo, tras lo aparente, externo y visible del entramado nacional e internacional, se ocultaba lo invisible: la trama de relaciones complejas que tejía cada coyuntura, y que solo era del dominio de un estadista revolucionario. En cada momento, Fidel supo intervenir con acierto y sacar provecho de las circunstancias.

Al mismo tiempo, Fidel insistió en la necesidad de resistir la profunda crisis provocada por el desmantelamiento del campo socialista y la reconfiguración de los vínculos económicos internacionales. La Revolución debía ser capaz de sobrevivir a esas circunstancias sin renunciar a los ideales que le habían dado sustento. En este período reafirmó que el socialismo continuaba siendo una opción válida y viable,

independientemente de los errores estratégicos, económicos y morales que habían acompañado la experiencia del socialismo real en Europa.

El 1.º de mayo de 2000, luego del regreso del niño Elián –único sobreviviente de una salida ilegal de Cuba, que fuera secuestrado en Miami por familiares negados a devolverlo a su padre en la isla, y cuyo retorno fue posible gracias a una ardua batalla legal y política–, Fidel, casi de pasada y al inicio de su discurso, precisó lo que a lo largo de los años había entendido por revolución. Acto seguido, se detuvo en los detalles del secuestro y el regreso de Elián. No retornó al comienzo de su discurso, ni refirió ni aseveró más al respecto, lo cual en ocasiones era práctica de su maestría discursiva. No redondeó la idea ni dijo con mayor precisión qué es revolución y qué no lo es, ni se propuso separar la paja del grano. Su obra a lo largo de los años y su pensamiento tal vez sean suficiente argumento. No se trataba de una charla ni de una conferencia magistral, como la que había ofrecido meses antes en la Universidad Central de Venezuela para desnudar el neoliberalismo. Esta vez había una urgencia mayor.

Indudablemente, no definió de un tajo lo que es revolución, muy a pesar de que unos quince años más tarde ese párrafo se distinguiera como su noción única y esas palabras se difundieran presuntuosamente como “el concepto de revolución” de Fidel. La forma sucinta de decirlo parece dibujar los contornos de un concepto, sus límites y su esencia, pero se adolece del referente opuesto, simplemente porque el contenido y la extensión de la idea de “revolución” en Fidel no se reduce a esta magnífica expresión. Él lo estuvo diciendo y desmenuzando en cada momento a lo largo de los años anteriores

“Revolución es sentido del momento histórico; es cambiar todo lo que debe ser cambiado”. Revolución es, además,

igualdad, libertad plena, emancipación, justicia; es luchar por valores como él lo hizo; son los altos valores de la modestia, el altruismo, la solidaridad y el desafío a las fuerzas poderosas, cuestión siempre presente en su acto y en su pensamiento. Para Fidel, sin lugar a dudas, revolución significó, en cada instante, tener claro lo que hay que hacer y no perder el rumbo en el complejo entramado nacional e internacional, siempre sustentado en principios éticos y prácticos y en los ideales que defendió toda su vida: justicia, soberanía, solidaridad, antimperialismo, socialismo. Pero la fórmula “cambiar lo que debe ser cambiado” no delimita ni acota; más bien se presta a interpretaciones diversas, a voces y oídos en múltiples tonalidades. Un amigo cercano insiste en este matiz y advierte de su imprecisión en el uso acomodado de la frase.

En noviembre de 2005, en la Universidad de La Habana, ante el auditorio reunido en el Aula Magna, Fidel reflexionó sobre el futuro de la Revolución cubana. Lo hizo en un contexto marcado por los fracasos de otros procesos revolucionarios, más de una década después del derrumbe del campo socialista y con una comprensión mucho más clara de las causas que habían conducido a esos desenlaces. Se dolió del “desmerengamiento”, de los irrefrenables *leninapad* o derribos desmedidos de las estatuas de Lenin. Consciente de las amenazas externas, pero también de los peligros internos, afirmó: “Esta Revolución puede destruirse; los que no pueden destruirla hoy son ellos; nosotros sí, nosotros podemos destruirla.” No fue esta la primera vez –y lo hacemos notar en la presente selección–, pero sin dudas, esta idea, que había formulado con anterioridad desde los años sesenta, no había dejado de ser su preocupación.

La revolución es siempre una obra inacabada, necesitada de renovación constante. De ahí la insistencia de Fidel en la rectificación, en la ética y en la responsabilidad de las generaciones encargadas de darle continuidad al proyecto.

Por todo lo anterior, afirmamos que Fidel no empleó una definición del tipo “la revolución es un proceso de cambio radical” –una formulación común en la literatura de las ciencias sociales y en los manuales de teoría política para sintetizar el concepto de revolución–. Pero sí está en todos sus discursos y reflexiones la idea de que ella significa “cambiar todo lo que debe ser cambiado”: transformar las estructuras económicas y sociales, modificar las relaciones de propiedad, transformar el Estado, todo desde un profundo sentido humano y una ética estricta. Y esto lo tuvo claro desde la década del cincuenta. Fidel, en cada momento, fue añadiendo aquello que significaba revolución, ajustándolo a su tiempo, al momento en el cual reflexionaba sobre un tema que era consustancial a su propia vida.

¿Cuáles serán sus referentes teóricos, sus lecturas de base para su desempeño y dilucidación? Muchos coinciden en asegurar su profundo conocimiento de la tradición revolucionaria cubana y latinoamericana, su enciclopédico dominio de la historia, desde Grecia hasta China, de los Estados Unidos, de procesos revolucionarios en el mundo. Se considera que leía a Carlos Marx en su idea de la revolución como cambio del modo de producción, sobre la lucha de clases, la transformación histórica. En varios discursos demostró ser un profundo conocedor de la historia de Rusia, de la Revolución de octubre, de Lenin, de textos como *El Estado y Revolución*, *¿Qué hacer?*, *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática* y en varias ocasiones hizo referencias a la idea canonizada en la teoría marxista-leninista sobre la necesidad de destrucción del viejo Estado burgués y de construcción de hegemonía popular.

En el pensamiento de Fidel pueden identificarse afinidades con algunas de las grandes tradiciones críticas del siglo xx, tal vez del marxista italiano Antonio Gramsci, vinculadas a la hegemonía, el consenso y el papel de la cultura en los procesos

de transformación social, aunque su nombre no aparezca de manera explícita en estas formulaciones. Basta imaginar cómo pudo estar al tanto de la labor de los profesores del joven departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana y estimular la publicación de obras de autores puestos a debate en los años sesenta.

Lector voraz y curioso, Fidel transitó por tradiciones intelectuales muy diversas. No solo por autores clásicos del marxismo como Rosa Luxemburgo, sino también por figuras tan heterodoxas como Frantz Fanon, Ho Chi Minh y muchos otros, cuyas huellas en su pensamiento aún pueden estudiarse con mayor detenimiento. Se trata de un terreno que todavía merece mayor exploración.

Las revoluciones del mundo y el pensamiento de Fidel Castro

Si bien en la conceptualización teórica que realizó Fidel de la revolución, y de su significado histórico, la experiencia cubana ocupa un lugar protagónico, no estuvo ajeno a otros procesos revolucionarios, tanto contemporáneos como pertenecientes a diferentes momentos de la historia universal. Sus referencias a ellos, aunque generalmente breves, muestran una preocupación constante por situar la experiencia cubana dentro de un horizonte histórico más amplio.

A lo largo de sus discursos e intervenciones se refirió a otras grandes revoluciones en el mundo. Lo hizo de manera general, proporcionando datos de lo acaecido, del suceso histórico, sin hacer de ello objeto de exhaustivos análisis o valoraciones. Sus discursos estaban dirigidos a grandes auditorios y no a un debate argumentado y crítico que, sin dudas, era capaz de sostener desde su férrea lógica discursiva

Sobre la Revolución estadounidense de 1776, Fidel dijo que había sido una revolución anticolonial y emancipadora

en sus orígenes, y la diferenciación del desarrollo posterior del imperialismo estadounidense. En varios discursos distinguió entre los ideales de Washington, Jefferson, Franklin o Lincoln y la política exterior contemporánea de Los Estados Unidos. Sobre la Revolución francesa de 1789, enfatizó su condición de hito universal de libertad, igualdad y fraternidad, pero también como una revolución burguesa con límites históricos. A menudo la comparó con la Revolución socialista para subrayar que esta última pretende una igualdad social más profunda. De la Revolución de octubre de 1917 dijo mucho más, y fue esta la referencia comparativa más frecuente en sus intervenciones. La presentó como la primera revolución socialista triunfante y como un antecedente histórico indispensable para comprender la Revolución cubana.

La Revolución haitiana (1791-1804) ocupó un lugar importante dentro de las referencias históricas que Fidel utilizó para pensar los procesos de emancipación en América Latina y el Caribe. Aunque no le dedicó análisis sistemáticos ni reflexiones extensas, la reivindicó de manera constante como la primera revolución antiesclavista triunfante y la primera independencia de América Latina y el Caribe. Entre sus protagonistas distinguió especialmente a Toussaint Louverture, líder al que atribuía cualidades excepcionales y con quien, en algunos aspectos, puede advertirse cierto paralelo con su propia concepción del liderazgo revolucionario. Asimismo, destacó el carácter anticolonial de la revolución y su decidida lucha contra la esclavitud. Fidel también llamó la atención sobre el aislamiento, las sanciones y las distintas formas de castigo internacional que sufrió Haití tras su independencia, interpretándolas como una reacción de las grandes potencias ante un proceso que había alterado radicalmente el orden colonial establecido.

Un proceso continental como la independencia hispanoamericana, con Bolívar a la cabeza, fue mencionado varias veces como

parte del proceso emancipador latinoamericano. A partir de finales de los años noventa y, sobre todo, después de la llegada de Hugo Chávez al poder en Venezuela en 1999, el término Revolución bolivariana adquirió un significado político específico y comenzó a ocupar un lugar central en sus discursos.

La Revolución granadina (1979-1983) y, en particular, el liderazgo de Maurice Bishop, fue considerada por Fidel como un ejemplo de transformación popular en el Caribe. Manifestó en múltiples ocasiones su solidaridad con aquel proceso y, tras la invasión estadounidense de 1983 y el asesinato de Bishop, recurrió a esa experiencia para alertar sobre los peligros de las fracturas internas y la amenaza siempre latente de la intervención extranjera, encarnada en Los Estados Unidos. En una línea similar, la Revolución sandinista de 1979 –y su desenvolvimiento hasta finales de los años ochenta– figuró entre los procesos políticos más recurrentes en el discurso de Fidel, y ocupó un lugar destacado en su lectura de las dinámicas latinoamericanas.

Por supuesto, la Revolución cubana fue siempre el eje articulador. En distintos momentos la definió como nacional, agraria, antiimperialista, socialista, internacionalista y, finalmente, como un proyecto ético expresado en el así denominado “concepto de revolución” del año 2000.

Algunas notas sobre esta edición

La presente selección forma parte de una recopilación de ideas de Fidel Castro Ruz con motivo del centenario de su nacimiento. En este caso, no pretende ir más allá de una reconstrucción mínima orientada a mostrar la evolución de la idea de revolución en el pensamiento de Fidel a partir de una muestra de sus discursos.

Hemos preferido no limitarnos a la pregunta “¿qué dijo Fidel sobre la revolución?”. Nos interesa indagar

cómo evolucionó su idea entre 1953 y 2006, y comprender ese proceso en relación con las principales teorías contemporáneas y las experiencias históricas concretas de la revolución.

Ahora bien, todo lo anterior resultaría incompleto si no trascendemos el registro de lo dicho para hacer posible la historia intelectual de un concepto político. Ello implica articular la historia conceptual, la historia del pensamiento político, ético y el análisis del discurso, y es precisamente ese camino el que dotará a este esfuerzo de mayor rigor y solidez.

La periodización que aquí se esboza parte del desarrollo mismo de la idea de revolución en Fidel y puede sintetizarse en las siguientes etapas: de 1953 a 1958, la revolución como liberación nacional; en 1959, como transformación social; de 1960 a 1962, como revolución socialista; de 1963 a 1970, como cambios estructurales; de 1971 a 1985, como institucionalización y logros; de 1986 a 1994, como rectificación y resistencia; de 1995 a 1999, como continuidad; y de 2000 a 2006, como ética emancipadora y proyecto histórico. A lo largo de todo este recorrido, sin embargo, se mantiene una constante: la revolución como antagonista del imperialismo, como advertencia mordaz y reiterada sobre el peligro que representa el gobierno de Los Estados Unidos, patrocinador de la contrarrevolución, de los permanentes actos de sabotaje, desembarcos y agresiones contra la isla, los cuales nunca cesaron.

Iniciábamos este ensayo introductorio refiriéndonos a la profesora Camila Henríquez Ureña, para quien la Revolución cubana constituía la continuación del sueño que había inspirado a su madre, la poetisa nacional dominicana Salomé Ureña. Para esta última, la revolución no solo se hacía con las armas, sino también con la escuela, con la participación de mujeres

capaces de pensar, con ciudadanos aptos para leer críticamente, con personas libres. Su hija, la profesora, fue la heredera de esa misión.

Para Henríquez Ureña, formada en el fragor de los años sesenta cubanos, las revoluciones podían equivocarse, traicionar promesas e incluso desviarse de sus ideales, pero nada de ello eximía la obligación moral de seguir intentando mejorar el mundo. En el Ministerio de Educación Superior, en las aulas de la Facultad de Letras de la Universidad de La Habana, la profesora dominicana, con su elegante y sobria manera de ser, descubrió que ninguna revolución tiene sentido si no va precedida de una revolución interior: una revolución del ego, del miedo, de la comodidad, de la indiferencia. La novelista Julia Álvarez supo ver en la historia de vida de la profesora, el modo en que, para la intelectual comprometida, la revolución se convierte en una suerte de aprendizaje espiritual.

Camila Henríquez Ureña vivió rodeada de los papeles de su madre. Los protegió, ordenó y estudió como archivista. La guiaba el propósito de conservar la memoria como una forma de revolución, pues los pueblos olvidan y, cuando olvidan, repiten las mismas injusticias. La memoria, consideraba, es también una forma de resistencia. De tal forma, con sus clases y su vida intelectual en La Habana, con su presencia e involucramiento en un proceso vivo, la profesora Henríquez Ureña cerró el ciclo del compromiso intelectual y se entregó a una causa grande y meritoria.

Tras el fallecimiento de Fidel a sus 90 años en 2016, un reconocido profesor de Filosofía nos dijo que Fidel volvería, pero que ahora había que dejarlo ir. Nos quería decir que no era este su tiempo para volver.

En el juicio del Moncada en 1953, Fidel había dicho: “Parecía que el Apóstol iba a morir en el año de su centenario, que

su memoria se extinguiría para siempre, ¡tanta era la afrenta!”. José Martí tampoco volvería con la República. Sus primeras biografías y la recuperación de su trascendencia demorarían más de un tercio de siglo. Fue la generación del Moncada quien le atribuyó autoría en la nueva fase de la Revolución cubana.

Hoy, a cien años del natalicio de Fidel, tal pareciera que todo se derrumba, que se vive un irracional sentido, que desaparecerán los registros del pasado, pues todo lo destruimos y no hay esfuerzo por conservar las huellas. Hay desánimo para recuperar y también para distinguir, entre los árboles, el bosque. Pareciera que “todo lo sólido (y lo no tan sólido), se desvanece en el aire”, como dijera Marx en su apurada redacción del *Manifiesto comunista*. Pero, sin dudas, se volverá al estudio moderado y grave, ese que animamos en estas páginas.

Compilamos y redactamos este texto en los días finales de julio y primeros de agosto de 2026, cuando se anuncia el estreno de *La Odisea*, escrita y dirigida por Christopher Nolan, el mismo creador de la multipremiada *Oppenheimer* (2023). Una vez más, el cine recupera una leyenda para traernos el regreso del héroe de Troya a Ítaca, después de un largo y peligroso periplo. Un camino de muchos años, de enfrentamientos con seres mitológicos y de los más variados obstáculos. El Santiago del escritor cubano Alejo Carpentier también emprendió su camino hacia Cuba para luego regresar a la península, transformado por un camino largo, pero inevitable.

No pretendo simplificar historias ni forzar paralelismos, ni detenerme en la fuerza poética de los sucesos; prefiero leer ambos viajeros como modos de una similar alegoría política que dice del retorno a las esencias y a la soberanía. Pienso que Fidel volverá a su isla natal, como a Ítaca llegó Odiseo –aunque también tuvo que ser, durante un tiempo, Nadie–; en su casa pondrá orden y restituirá la justicia y la dignidad humana como derechos fundamentales de su pueblo.



Fidel lee un libro en su despacho (Jack Manning, julio de 1964).

Selección de textos de Fidel Castro Ruz

“Si los jóvenes fallan, todo fallará. Es mi más profunda convicción que la juventud cubana luchará por impedirlo. Creo en ustedes”.

RESPUESTA AL MENSAJE DE LA JUVENTUD
COMUNISTA, 23 DE JUNIO DE 2007

“Desconfío de las sendas aparentemente fáciles de la apologética, o la autoflagelación como antítesis. Prepararse siempre para la peor de las variantes”.

MENSAJE DEL COMANDANTE EN JEFE AL
PUEBLO DE CUBA, 18 DE FEBRERO DE 2008

1953

Manifiesto del Moncada¹

Ante el cuadro patético y doloroso de una República sumida bajo la voluntad caprichosa de un solo hombre, se levanta el espíritu nacional desde lo más recóndito del alma de los hombres libres. Se levanta para proseguir la revolución inacabada que iniciara Céspedes en 1868, continuó Martí en 1895, y actualizaron Guiteras y Chibás en la época republicana. En la vergüenza de los hombres de Cuba se asienta el triunfo de la Revolución cubana.

Ante la arrogancia desafiante de la dictadura y el conciliábulo y la componenda ridícula de los políticos destacados, se levanta la vergüenza inquebrantable del pueblo cubano en la decisión unánime de reconquistar su Constitución, sus libertades esenciales y sus derechos inalienables, pisoteados sin tregua por la usurpación traicionera.

[...]

Ante la tragedia de Cuba, contemplada en calma por líderes políticos sin honra, se alza en esta hora decisiva, arrogante y

¹ Redactado por Raúl Gómez García, de conjunto con Fidel Castro.

potente, la juventud del centenario, que no mantienen otro interés como no sea el decidido anhelo de honrar con sacrificio y triunfo, el sueño irrealizado de Martí.

En nombre de las luchas incansables que han marcado cumbres de gloria en la historia de Cuba, viene la Revolución nueva, rica en hombres sin tachas, para renovar de una vez y para siempre la situación insoportable en que han hundido al país los ambiciosos y los imprevisores y, agarrada a las raíces del sentimiento nacional cubano, a la prédica de sus más grandes hombres y abrazada a la bandera gloriosa de la estrella solitaria, viene a declarar ante el honor y la vergüenza del pueblo cubano.

En la vergüenza de los hombres de Cuba está el triunfo de la Revolución cubana. La Revolución de Céspedes, de Agramonte... de Maceo... de Martí... de Mella y de Guiteras, de Trejo y de Chibás. La Revolución que no ha triunfado todavía. Por la dignidad y el decoro de los hombres de Cuba, esta Revolución triunfará.

[...] En 1853 con el nacimiento de un hombre luz, comenzó la Revolución cubana; en 1953 terminará con el nacimiento de una República luz.

A. La Revolución declara que no persigue odio ni sangre inútil, sino salvar la vergüenza de Cuba en su año crucial. Surgiendo de las capas más genuinas del valor criollo, nace la Revolución del pueblo cubano, con la vanguardia de una juventud anhelante de una Cuba nueva, limpia de pasados errores y de anhelantes ambiciones. Es la revolución hermandad de nuevos hombres y de procedimientos nuevos preparada con la potencia irredenta y la decisión de los que dedican su vida a un ideal.

La Revolución declara que es el frente meditado de un empeño; arrancando de una vez y para siempre todas las ataduras que nos ligan al pasado corrupto y todos los

mitos que nos mantienen en el presente de amargura y de dolor.

B. La Revolución se declara libre de trabas con las naciones extranjeras y libres también de influencias y apetitos de políticos y personajes propios. La Revolución es una entidad viril, y los hombres que la han organizado y que la representan pactan con la sagrada voluntad del pueblo para conquistar el porvenir que se merece. La Revolución es la decisiva lucha de un pueblo contra todos los que lo han engañado.

C. La Revolución declara que respeta la integridad de los ciudadanos libres y de los hombres de uniformes que no han traicionado el corazón nacional, ni le han sometido su bandera gloriosa, ni han abjurado de su Constitución. Saluda en esta hora decisiva a todos los cubanos de vergüenza, donde quiera que estén, y abraza con júbilo a los decididos que se cobijen sinceros sobre su arco de triunfo.

D. La Revolución declara su energía y rigor contra los que solo han sabido tener energía y rigor para arrebatarse al pueblo sus sagrados derechos e instituciones, conculcando la libertad y soberanía al costo del dolor y de la angustia de los hijos de Cuba.

E. La Revolución declara su decisión firme de situar a Cuba en el plano de bienestar prosperidad económica que aseguran su rico subsuelo, su situación geográfica, su agricultura diversificada, y su industrialización, que han sido explotados por gobiernos ilegítimos y espurios, por ambiciones desmedidas y por interés culpable.

F. La Revolución declara que reconoce y se orienta en los ideales de Martí, contenidos en sus discursos, en las Bases del Partido Revolucionario Cubano, y en el Manifiesto de Montecristi; y hace suyos los Programas Revolucionarios de la Joven Cuba, ABC Radical y el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos).

G. La Revolución declara su respeto por las naciones libres de América hermana que han sabido conquistar, a costa de cruentos sacrificios, la posición de libertad económica y justicia social que es el índice de nuestro siglo. Y hace votos, en esta hora decisiva, porque la clarinada cubana sea una estrella más en la conquista de los ideales e intereses latinoamericanos, latentes en la sangre de nuestros pueblos y en el pensamiento de nuestros hombres mis ilustres.

H. La Revolución declara su afán y decisión de renovar, íntegra y totalmente, el medio económico nacional, con la implantación de las medidas más urgentes para resolver la crisis y repartir trabajo honrado y dinero equitativo a todos los hogares cubanos, decisión esta que es una e indivisible en el corazón de los hombres que la defienden.

I. La Revolución declara su respeto por los obreros y los estudiantes como masas acreditadas en la defensa de los derechos inalienables y legítimos del pueblo cubano a través de toda la historia, y les augura a ellos y a todo el pueblo, la plasmación de una total y definitiva justicia social basada en el adelanto económico e industrial bajo un plan sincronizado y perfecto, fruto de razonado y metódico estudio.

J. La Revolución declara su respeto absoluto y reverente por la Constitución que se dio al pueblo en 1940 y la restablece como Código Oficial. Declara que la única bandera es la tricolor de la estrella solitaria y la eleva como siempre, gloriosa y firme, al fragor del combate, que no hay otro himno que el nacional cubano reconocido en el mundo entero por la estrofa vibrante

¡Que morir por la patria es vivir!

K. La Revolución declara su amor y su confianza en la virtud, el honor y el decoro del hombre y confiesa su intención de utilizar los que valen de verdad, en función de esas fuerzas del espíritu, en la tarea regia de la reconstrucción cubana. Estos

hombres existen en todos los lugares e instituciones de Cuba, desde el bohío campesino hasta el Cuartel General de las Fuerzas Armadas; y el ojo avizor de la Revolución los situará en la posición de servicio que Cuba les pide. No es esta una Revolución de castas.

Cuba abraza a los que saben amar y fundar, y desprecia a los que odian y deshacen. Fundaremos la República nueva, con todos y para el bien de todos, en el amor y la fraternidad de todos los cubanos.

La Revolución se declara definitiva, recogiendo el sacrificio inconmensurable de las pasadas generaciones, la voluntad inquebrantable de las presentes generaciones, y la vida en bienestar de las generaciones venideras.

En nombre de los mártires.

En nombre de los derechos sagrados de la patria.

Por el honor del centenario...

LA REVOLUCIÓN CUBANA.

La historia me absolverá

[...] Admito y creo que la revolución sea fuente de derecho; pero no podrá llamarse jamás revolución al asalto nocturno a mano armada del 10 de marzo. En el lenguaje vulgar, como dijo José Ingenieros, suele darse el nombre de revolución a los pequeños desórdenes que un grupo de insatisfechos promueve para quitar a los hartos sus prebendas políticas o sus ventajas económicas, resolviéndose generalmente en cambios de unos hombres por otros, en un reparto nuevo de empleos y beneficios. Ése no es el criterio del filósofo de la historia, no puede ser el del hombre de estudio.

No ya en el sentido de cambios profundos en el organismo social, ni siquiera en la superficie del pantano público se vio mover una ola que agitate la podredumbre reinante. Si en el régimen anterior había politiquería, ha multiplicado por diez

el pillaje y ha duplicado por cien la falta de respeto a la vida humana.

[...] Traicionada la Constitución de la República y arrebatadas al pueblo todas sus prerrogativas, sólo le quedaba ese derecho, que ninguna fuerza le puede quitar, el derecho a resistir a la opresión y a la injusticia. [...]

No podréis negarme que el régimen de gobierno que se le ha impuesto a la nación es indigno de su tradición y de su historia. En su libro *El espíritu de las leyes*, que sirvió de fundamento a la moderna división de poderes, Montesquieu distingue por su naturaleza tres tipos de gobierno: “el Republicano, en que el pueblo entero o una parte del pueblo tiene el poder soberano; el Monárquico, en que uno solo gobierna pero con arreglo a Leyes fijas y determinadas; y el Despótico, en que uno solo, sin Ley y sin regla, lo hace todo sin más que su voluntad y su capricho”. Luego añade: “Un hombre al que sus cinco sentidos le dicen sin cesar que lo es todo, y que los demás no son nada, es naturalmente ignorante, perezoso, voluptuoso. Así como es necesaria la virtud en una democracia, el honor en una monarquía, hace falta el temor en un gobierno despótico; en cuanto a la virtud, no es necesaria, y en cuanto al honor, sería peligroso.”

El derecho de rebelión contra el despotismo, señores magistrados, ha sido reconocido, desde la más lejana antigüedad hasta el presente, por hombres de todas las doctrinas, de todas las ideas y todas las creencias.

En las monarquías teocráticas de la más remota antigüedad china, era prácticamente un principio constitucional que cuando el rey gobernase torpe y despóticamente, fuese depuesto y reemplazado por un príncipe virtuoso.

Los pensadores de la antigua India ampararon la resistencia activa frente a las arbitrariedades de la autoridad. Justificaron la revolución y llevaron muchas veces sus teorías a la práctica. Uno de sus guías espirituales decía que “una opinión sostenida

por muchos es más fuerte que el mismo rey. La soga tejida por muchas fibras es suficiente para arrastrar a un león”.

Las ciudades estados de Grecia y la República Romana, no sólo admitían, sino que apologetizaban la muerte violenta de los tiranos.

En la Edad Media, Juan de Salisbury en su *Libro de hombre de Estado*, dice que cuando un príncipe no gobierna con arreglo a derecho y degenera en tirano, es lícita y está justificada su deposición violenta. Recomendaba que contra el tirano se use el puñal, aunque no el veneno.

Santo Tomás de Aquino, en la *Summa Theologica*, rechazó la doctrina del tiranicidio, pero sostuvo, sin embargo, la tesis de que los tiranos debían ser depuestos por el pueblo.

Martín Lutero proclamó que cuando un gobierno degenera en tirano vulnerando las leyes, los súbditos quedaban librados del deber de obediencia. Su discípulo Felipe Melancton sostiene el derecho de resistencia cuando los gobiernos se convierten en tirano. Calvino, el pensador más notable de la Reforma desde el punto de vista de las ideas políticas, postula que el pueblo tiene derecho a tomar las armas para oponerse a cualquier usurpación.

Nada menos que un jesuita español de la época de Felipe II, Juan Mariana, en su libro *De Rege et Regis Institutione*, afirma que cuando el gobernante usurpa el poder, o cuando, elegido, rige la vida pública de manera tiránica, es lícito el asesinato por un simple particular, directamente, o valiéndose del engaño, con el menor disturbio posible.

El escritor francés Francisco Hotman sostuvo que entre gobernantes y súbditos existe el vínculo de un contrato, y que el pueblo puede alzarse en rebelión frente a la tiranía de los gobiernos cuando éstos violan aquel pacto.

Por esa misma época aparece también un folleto que fue muy leído, titulado *Vindiciae Contra Tyrannos*, firmado bajo

el seudónimo de Stephanus Junius Brutus, donde se proclama abiertamente que es legítima la resistencia a los gobiernos cuando oprimen al pueblo y que era deber de los magistrados honorables encabezar la lucha.

Los reformadores escoceses Juan Knox y Juan Poynt sostuvieron este mismo punto de vista, y en el libro más importante de ese movimiento, escrito por Jorge Buchnam, se dice que si el gobierno logra el poder sin contar con el consentimiento del pueblo o rige los destinos de éste de una manera injusta y arbitraria, se convierte en tirano y puede ser destituido o privado de la vida en el último caso.

Juan Altusio, jurista alemán de principios del siglo XVII, en su *Tratado de política*, dice que la soberanía en cuanto autoridad suprema del Estado nace del concurso voluntario de todos sus miembros; que la autoridad suprema del Estado nace del concurso voluntario del gobierno arranca del pueblo y que su ejercicio injusto, extralegal o tiránico exime al pueblo del deber de obediencia y justifica la resistencia y la rebelión.

Hasta aquí, señores magistrados, he mencionado ejemplos de la Antigüedad, la Edad Media y de los primeros tiempos de la Edad Moderna: escritores de todas las ideas y todas las creencias. Más, como veréis, este derecho está en la raíz misma de nuestra existencia política, gracias a él vosotros podéis vestir hoy esas togas de magistrados cubanos que ojalá fueran para la justicia.

Sabido es que, en Inglaterra, en el siglo XVII, fueron destronados dos reyes, Carlos I y Jacobo II, por actos de despotismo. Estos hechos coincidieron con el nacimiento de la filosofía política liberal, esencia ideológica de una nueva clase social que pugnaba entonces por romper las cadenas del feudalismo. Frente a las tiranías de derecho divino esa filosofía opuso el principio del contrato social y el consen-

timiento de los gobernados, y sirvió de fundamento a la revolución inglesa de 1688, y a las revoluciones americana y francesa de 1775 y 1789. Estos grandes acontecimientos revolucionarios abrieron el proceso de liberación de las colonias españolas en América, cuyo último eslabón fue Cuba. En esta filosofía se alimentó nuestro pensamiento político y constitucional que fue desarrollándose desde la primera Constitución de Guáimaro hasta la del 1940, influida esta última ya por las corrientes socialistas del mundo actual que consagraron en ella el principio de la función social de la propiedad y el derecho inalienable del hombre a una existencia decorosa, cuya plena vigencia han impedido los grandes intereses creados.

El derecho de insurrección contra la tiranía recibió entonces su consagración definitiva y se convirtió en postulado esencial de la libertad política.

Ya en 1649 Juan Milton escribe que el poder político reside en el pueblo, quien puede nombrar y destituir reyes, y tiene el deber de separar a los tiranos.

Juan Locke en su *Tratado de gobierno* sostiene que cuando se violan los derechos naturales del hombre, el pueblo tiene el derecho y el deber de suprimir o cambiar de gobierno. “El único remedio contra la fuerza sin autoridad está en oponerle la fuerza”.

Juan Jacobo Rousseau dice con mucha elocuencia en su *Contrato Social*: “Mientras un pueblo se ve forzado a obedecer y obedece, hace bien; tan pronto como puede sacudir el yugo y lo sacude, hace mejor, recuperando su libertad por el mismo derecho que se la han quitado”. “El más fuerte no es nunca suficientemente fuerte para ser siempre el amo, si no transforma la fuerza en derecho y la obediencia en deber. [...] La fuerza es un poder físico; no veo qué moralidad pueda derivarse de sus efectos. Ceder a

la fuerza es un acto de necesidad, no de voluntad; todo lo más es un de prudencia.

¿En qué sentido podrá ser esto un deber? “Renunciar a la libertad es renunciar a la calidad del hombre, a los derechos de la Humanidad, incluso a sus deberes. No hay recompensa posible para aquel que renuncia a todo. Tal renuncia es incomparable con la naturaleza del hombre, y quitar toda la libertad a la voluntad es quitar toda la moralidad a las acciones. En fin, es una convicción vana y contradictoria estipular por una parte con una autoridad absoluta y por otra con una obediencia sin límites...”.

Thomas Paine dijo que “un hombre justo es más digno de respeto que un rufián coronado”.

Sólo escritores reaccionarios se opusieron a este derecho de los pueblos, como aquel clérigo de Virginia, Jonathan Boucher, quien dijo que “El derecho a la revolución era una doctrina condenable derivada de Lucifer, el padre de las rebeliones”.

La Declaración de Independencia del Congreso de Filadelfia el 4 de julio de 1776, consagró este derecho en un hermoso párrafo que dice: “Sostenemos como verdades evidentes que todos los hombres nacen iguales; que a todos les confiere su Creador ciertos derechos inalienables entre los cuales se cuentan la vida, la libertad y la consecución de la felicidad; que para asegurar estos derechos se instituyen entre los hombres gobiernos cuyos justos poderes derivan del consentimiento de los gobernados; que siempre que una forma de gobierno tienda a destruir esos fines, al pueblo tiene derecho a reformarla o abolirla, e instituir un nuevo gobierno que se funde en dichos principios y organice sus poderes en la forma que a su juicio garantice mejor su seguridad y felicidad”.

La famosa Declaración Francesa de los Derechos del Hombre legó a las generaciones venideras este principio:

“Cuando el gobierno viola los derechos del pueblo, la insurrección es para éste el más sagrado de los derechos y el más imperioso de los deberes”. “Cuando una persona se apodera de la soberanía debe ser condenada a muerte por los hombres libres”.

Creo haber justificado suficientemente mi punto de vista: son más razones que las que esgrimió el señor fiscal para pedir que se me condene a veintiséis años de cárcel; todas asisten a los hombres que luchan por la libertad y la felicidad de un pueblo; ninguna a los que lo oprimen, envilecen y saquean despiadadamente; por eso yo he tenido que exponer muchas y él no pudo exponer una sola. ¿Cómo justificar la presencia de Batista en el poder, al que llegó contra la voluntad del pueblo y violando por la traición y por la fuerza las leyes de la Revolución? ¿Cómo llamar revolucionario un gobierno donde se han conjugado los hombres, las ideas y los métodos más retrógrados de la vida pública? ¿Cómo considerar jurídicamente válida la alta traición de un tribunal cuya misión era defender nuestra Constitución? ¿Con qué derecho enviar a la cárcel a ciudadanos que vinieron a dar por el decoro de su patria su sangre y su vida?

¡Eso es monstruoso ante los ojos de la nación y los principios de la verdadera justicia!

Pero hay una razón que nos asiste más poderosa que todas las demás: somos cubanos, y ser cubano implica un deber, no cumplirlo es un crimen y es traición. Vivimos orgullosos de la historia de nuestra patria; la aprendimos en la escuela y hemos crecido oyendo hablar de libertad, de justicia y de derechos. Se nos enseñó a venerar desde temprano el ejemplo glorioso de nuestros héroes y de nuestros mártires. Céspedes, Agramonte, Maceo, Gómez y Martí fueron los primeros nombres que se grabaron en nuestro cerebro; se nos enseñó que el Titán había dicho que la libertad no se mendiga, sino que se conquista con el filo del machete; se nos

enseñó que para la educación de los ciudadanos en la patria libre, escribió el Apóstol en su libro *La Edad de Oro*: “Un hombre que se conforma con obedecer a leyes injustas, y permite que le pisen el país en que nació los hombres que se lo maltratan, no es un hombre honrado. [...] En el mundo ha de haber cierta cantidad de decoro, como ha de haber cierta cantidad de luz. Cuando hay muchos hombres sin decoro, hay siempre otros que tienen en sí el decoro de muchos hombres. Ésos son los que se rebelan con fuerza terrible contra los que les roban a los pueblos su libertad, que es robarles a los hombres su decoro. En esos hombres van miles de hombres, va un pueblo entero, va la dignidad humana...” Se nos enseñó que el 10 de octubre y el 24 de febrero son efemérides gloriosas y de regocijo patrio porque marcan los días en que los cubanos se rebelaron contra el yugo de la infame tiranía; se nos enseñó a querer y defender la hermosa bandera de la estrella solitaria y a cantar todas las tardes un himno cuyos versos dicen que vivir en cadenas es vivir en afrenta y oprobio sumidos, y que morir por la patria es vivir. Todo eso aprendimos y no lo olvidaremos aunque hoy en nuestra patria se esté asesinando y encarcelando a los hombres por practicar las ideas que les enseñaron desde la cuna. Nacimos en un país libre que nos legaron nuestros padres, y primero se hundirá la Isla en el mar antes que consintamos en ser esclavos de nadie.

Parecía que el Apóstol iba a morir en el año de su centenario, que su memoria se extinguiría para siempre, ¡tanta era la afrenta! Pero vive, no ha muerto, su pueblo es rebelde, su pueblo es digno, su pueblo es fiel a su recuerdo; hay cubanos que han caído defendiendo sus doctrinas, hay jóvenes que en magnífico desagravio vinieron a morir junto a su tumba, a darle su sangre y su vida para que él siga viviendo en el alma de la patria. ¡Cuba, qué sería de ti si hubieras dejado morir a tu Apóstol!

[...]

1954

Carta a Haydée Santamaría y Melba Hernández (18 de junio)

[...]

Considero que en estos momentos la propaganda es vital; sin propaganda no hay movimiento de masa y sin movimiento de masas no hay revolución posible. Tengan presente que sin la prédica que realizó Chibas nosotros no hubiéramos podido reunir dos mil hombres que de haber tenido armas para todos habríamos triunfado. Cuando volvamos a la lucha tenemos que ir con medios y fuerzas 100 veces mayor y esto hay que prepararlo desde ahora. [...]

1955

Declaraciones de Fidel a su partida para México (7 de julio)

[...] Me marchó de Cuba, porque me han cerrado todas las puertas para la lucha cívica.

Después de seis semanas en la calle estoy convencido más que nunca de que la Dictadura tiene la intención de permanecer veinte años en el poder disfrazada de distintas formas, gobernando como hasta ahora sobre el terror y sobre el crimen, ignorando que la paciencia del pueblo cubano tiene límites.

Como martiano pienso que ha llegado la hora de tomar los derechos y no pedirlos, de arrancarlos en vez de mendigarlos.

Residiré en un lugar del Caribe.

De viajes como esto no se regresa o se regresa con la tiranía descabezada a los pies.

Manifiesto n.º 1 del 26 de Julio al Pueblo de Cuba (8 de agosto)

[...] Por acuerdo expreso de sus dirigentes se me confió la redacción de este primer manifiesto al país y los que en lo sucesivo verán la luz en forma clandestina.

Al cumplir esta misión que me impone el deber, no vacilo en asumir la responsabilidad que implica calzar con nuestra firma estas proclamas que serán una constante arenga al pueblo, un llamado sin ambages [sic] a la revolución, y un ataque frontal a la camarilla de criminales que pisotea el honor de la nación y rige sus destinos a contrapelo de su historia y de la voluntad soberana del pueblo. Y aunque en estos instantes me encuentre ausente del territorio nacional y por tanto fuera de la órbita de los tribunales que en él imparten las sentencias que les dicta el amo, no vacilé tampoco en hacerlo cuando delante del tribunal que me juzgaba desenmascaré a los verdugos en pleno rostro, o desde las propias prisiones acusé con sus nombres al dictador y a sus generales sanguinarios de los crímenes del Moncada en manifiesto de fecha 6 de enero de 1954, o rechacé la amnistía bajo condiciones previas, o ya en libertad puse en evidencia ante todo el pueblo la entraña cruel e inhumana del régimen de Batista. ¡Qué me importan todas las acusaciones que puedan hacerme ante los tribunales de excepción! Cuba es mi patria y a ella no volveré nunca o volveré dignamente como me lo tengo prometido. Las naves están quemadas: o conquistamos patria a cualquier precio, donde pueda vivirse con decoro y con honor, o nos quedamos sin ella.

[...] Mientras, seguiremos sin descanso en nuestra línea revolucionaria. Y una pregunta a los que demandan elecciones generales como única solución: ¿qué harán si como es probable Batista se niega de plano a concederlas? ¿Se

cruzarán de brazos a llorar como Magdalenas lo que no han tenido valor de exigir con decoro? “Los derechos se toman, no se piden; se arrancan, no se mendigan”. El pueblo espera también la respuesta.

A los que afirman que la Constitución de 1940 ha sido restablecida, les decimos que mienten descaradamente. [...]

La Revolución cubana realizará todas las reformas dentro del espíritu y las pragmáticas de nuestra Constitución avanzada de 1940, sin despojar a nadie de lo que legítimamente posee e indemnizando cada uno de los intereses lesionados, con la plena conciencia que a la larga toda la sociedad saldrá beneficiada.

La Revolución cubana castigará con mano firme todos los actos de violencias contra la persona humana que se están cometiendo bajo la tiranía, pero repudiará y reprimirá toda manifestación de venganza innoble inspirada en el odio o las bajas pasiones.

La Revolución cubana no hace compromiso con grupos o personas de ninguna clase, ni a nadie ofrece empleos públicos civiles o cargos dentro de las fuerzas armadas; respetará la capacidad y el mérito donde quiera que se encuentren y no considerará jamás el estado como botín de un grupo victorioso.

Puede hablar así a la nación un movimiento revolucionario que ha dado ya a la patria una legión de mártires heroicos que nunca medraron a costa de ella ni tuvieron otra ambición que servirla sin interés ni cansancio.

Al adoptar de nuevo la línea del sacrificio asumimos ante la historia la responsabilidad de nuestros actos. Y al hacer nuestra profesión de fe en un mundo más feliz para el pueblo cubano, pensamos como Martí que “el verdadero hombre no mira de qué lado se vive mejor, sino de qué lado está el deber”, y que ese es el único hombre práctico cuyo sueño de hoy será la ley de mañana...

Manifiesto n.º 2 del 26 de Julio al pueblo de Cuba (10 de diciembre)

[...]

El 26 de Julio, que reúne y organiza en estrecho y disciplinado movimiento a todos los elementos revolucionarios del país, saliéndose de los marcos tradicionales en que ha girado hasta hoy la mezquina política cubana, ha llamado igualmente a luchar a nuestros hermanos de la emigración que también son cubanos que padecen las desdichas de Cuba, y la emigración ha respondido unánimemente junto al 26 de Julio. [...]

[...] Si la politiquería predica públicamente sus tesis electoralistas, la revolución debe predicar públicamente sus tesis de rebeldía.

[...]

El panorama nacional se despeja; los hechos nos están dando la razón. Las masacres de obreros, los combates callejeros entre estudiantes y policías, la crisis económica creciente con su secuela de hambre y miseria, el aumento desenfrenado de la deuda pública que compromete por treinta años el crédito de la nación, los hombres desaparecidos sin dejar huellas, los crímenes impunes, los desfalcos diarios y la negativa soberbia y rotunda que dio el dictador a los cien mil ciudadanos que se reunieron en el Muelle de Luz, demuestran que al país no le queda otra salida que la revolución. Los que hasta hoy han venido sosteniendo otra tesis, no les queda en este instante más que dos caminos: o se pliegan al régimen o se suman a la revolución, cuyo estandarte nosotros hemos sostenido en alto cuando muchos corrían en busca de una componenda electoral con la dictadura. [...]

1956

Carta de México (29 de agosto)²

La Federación Estudiantil Universitaria y el Movimiento Revolucionario 26 de Julio, los dos núcleos que agrupan en sus filas la nueva generación y que se han ganado en el sacrificio y el combate las simpatías del pueblo cubano, acuerdan dirigir al país la siguiente declaración conjunta:

1. Que ambas organizaciones han decidido unir sólidamente su esfuerzo en el propósito de derrocar a la tiranía y llevar a cabo la Revolución cubana.
2. Que asistir a unas elecciones parciales después de estar reclamando durante más de cuatro años unas elecciones generales y libres, constituye una actitud entreguista y traidora que no alcanzará sus fines ambiciosos porque la Revolución cortará de un tajo todas las posibilidades.
3. Que si la Revolución cubana, que cuenta ya con la simpatía de la opinión democrática de América, es vencida en una lucha que resulta ya inevitable, la dictadura no brindará siquiera esa mísera concesión que hoy otorga por miedo a los revolucionarios, y sobre la cabeza de los electoralistas ambiciosos caerá la sangre de los que se inmolen.
4. Que consideramos propicias las condiciones sociales y políticas del país, y los preparativos revolucionarios suficientemente adelantados para ofrecer al pueblo su liberación en 1956. La insurrección secundada por la huelga general en todo el país será invencible.
5. Que un tirano extranjero, Rafael Leónidas Trujillo, interviniendo abiertamente en la política interna de nuestro país fraguó una conspiración contra Cuba con la

² Escrita de conjunto con José Antonio Echevarría.

- complicidad de un grupo de oficiales del 10 de Marzo: Alberto del Río Chaviano, Martín Díaz Tamayo, Leopoldo Pérez Coujil, Manuel Ugalde Carrillo, Manuel Larrubia, Juan Rojas y Rego Rubido, y una pandilla de pistoleros encabezados por Policarpo Soler, que salió de Cuba a raíz del golpe de Estado, con la protección del propio Batista, a pesar de estar reclamado por los tribunales de justicia.
6. Que las armas trujillistas fueron introducidas en Cuba con la complicidad probada de esos militares.
 7. Que el dictador Batista, en la conferencia de Panamá, no tuvo el valor de denunciar esa agresión al honor y la integridad nacional, dándose un abrazo con el hermano del chacal dominicano.
 8. Que muy por el contrario, al regresar a Cuba ocultando al país la verdad, se dio a la innoble tarea de acusar de trujillistas a los más limpios revolucionarios cubanos, cuyas firmes convicciones democráticas hacen imposible toda relación con un tirano igual que Batista.
 9. Que en respuesta a la cobarde maniobra, emplazamos a Batista para que entregue a la FEU y a los combatientes del 26 de Julio las armas de la República, que no han sabido usar con dignidad, para demostrar que nosotros nos atrevemos a ajustar cuentas con el dictador dominicano y salvar el honor de la patria.
 10. Que Cuba debe responder con dignidad a la ofensa sufrida y en consecuencia somos partidarios de una acción armada contra el tirano Trujillo, que dé paso libre a los dominicanos de una opresión que dura ya más de veinticinco años. Retamos a Batista a que diga la palabra definitiva o se ponga en evidencia ante el pueblo cubano.
 11. Que la actitud débil, oportunista y cobarde del régimen frente a Trujillo, ha sido traición a la patria.

12. Que tanto Trujillo como Batista, son dictadores que hieren el sentimiento democrático de América, y perturban la paz, la amistad y la felicidad de los cubanos y los dominicanos.
13. Que mientras los militares trujillistas permanecen en sus cargos, la flor y nata de las fuerzas armadas, los oficiales más capacitados para defender la patria que peligra, están presos e inhumanamente tratados en Isla de Pinos.
14. Que la FEU y el 26 de Julio consideran al coronel Barquín, al comandante Borbonet y demás oficiales presos y destituidos, la más digna representación de nuestro ejército, y los hombres que hoy cuentan con más simpatías en las fuerzas armadas.
15. Que el ejército, dirigido por esos oficiales prestigiosos y honorables, al servicio de la Constitución y del pueblo, tendrá el respeto y las simpatías de la Revolución cubana.
16. Que la FEU y el 26 de Julio hacen suya la consigna de unir a todas las fuerzas revolucionarias, morales y cívicas del país, a los estudiantes, los obreros, las organizaciones juveniles y a todos los hombres dignos de Cuba, para que secunden en esta lucha, que está firmada con la decisión de morir o triunfar.
17. Que es hora de que los partidos políticos y la Sociedad de Amigos de la República cesen ya en el inútil esfuerzo de implorar soluciones amigables en una actitud que en otros momentos pudo ser patriótica pero que, después de cuatro años de rechazo, desprecio y negativa, puede ser infame.
18. Que enfrentada ya la Revolución en una lucha a muerte contra la tiranía, la victoria será de los que luchamos asistidos por la historia.
19. Que la Revolución llegará al poder libre de compromisos e intereses, para servir a Cuba en un programa de

justicia social, de libertad y democracia, de respeto a las leyes justas y de reconocimiento a la dignidad plena de todos los cubanos, sin odios mezquinos para nadie, y los que la dirigimos, dispuestos a poner por delante el sacrificio de nuestras vidas, en prenda de nuestras limpias intenciones.

1957

Al Pueblo de Cuba (20 de febrero)

[...] Desde la Sierra Maestra, a los ochenta días de campaña, escribo este manifiesto. La revolución no se detendrá. [...]



Fidel leyendo en la Sierra Maestra (1957).

[...] Los próximos días serán testigos de que ni la censura, ni la represión, ni terror, ni el crimen pueden hacer mella en la indomable voluntad de nuestro pueblo. La lucha se intensificará con ritmo creciente en todos los rincones de Cuba. Nada puede detener lo que está ya en el corazón y la conciencia de todos los cubanos.

El Movimiento Revolucionario 26 de Julio, lanza al país las siguientes consignas:

1º) Intensificar la quema de cañas en toda la zona azucarera para privar a la tiranía de los ingresos con que paga a los soldados que envía a la muerte y compra los aviones y las bombas con que está asesinando a decenas de familias en la Sierra Maestra. A los que invocan el sustento de los trabajadores para combatir esta medida, les preguntamos: ¿por qué no defienden a los trabajadores cuando les arrebatan el diferencial azucarero, cuando les esquilman los salarios, cuando les defalcán los retiros, cuando les pagan en vales y los matan de hambre durante ocho meses? Los trabajadores azucareros deben desde mucho antes de comenzar la zafra, el jornal que van a devengar. La revolución en el triunfo condonará esas deudas. ¿Por quién estamos derramando nuestra sangre sino por los pobres de Cuba? ¿Qué importa un poco de hambre hoy para conquistar el pan y la libertad de mañana? A los timoratos que se escandalizan con esta consigna hay que decirles como Máximo Gómez: “¿Qué me viene usted a hablar de miserables hojas de cañas, cuando está corriendo tanta sangre?”

Y cuando se acabe la caña quemaremos algunas en los almacenes de los centrales y en los muelles de embarque.

Frente a la consigna de que “sin azúcar no hay país” enarbolemos una consigna mucho más decorosa: “Sin libertad no hay país”.

2º) Sabotaje general de todos los servicios públicos y todas las vías de comunicación y transporte.

3º) Ejecución sumaria y directa de los esbirros que torturan y asesinan a revolucionarios, de los políticos del régimen que con su empecinamiento y terquedad han llevado al país a esta situación y todo aquel que obstaculice la culminación del Movimiento Revolucionario.

4º) Organización de la resistencia cívica en todas las ciudades de Cuba.

5º) Intensificación de la campaña económica para atender a los gastos crecientes del Movimiento.

6º) La Huelga General Revolucionaria como punto culminante y final de la lucha.

[...]

1958

De Fidel a Celia (5 de junio)

[...] Al ver los cohetes que tiraron en casa de Mario, me he jurado que los americanos van a pagar bien caro lo que están haciendo. Cuando esta guerra se acabe, empezará para mí una guerra mucho más larga y grande: la guerra que voy a echar contra ellos. Me doy cuenta que ese va a ser mi destino verdadero.



Fidel con Celia Sánchez en la Sierra Maestra (Alberto Korda).

1959

Discurso en el parque Céspedes, de Santiago de Cuba (1.º de enero)

Santiagueros, compatriotas de toda Cuba:

Al fin hemos llegado a Santiago (*Aplausos*). Duro y largo ha sido el camino, pero hemos llegado (*Aplausos*).

[...]

La Revolución empieza ahora; la Revolución no será una tarea fácil, la Revolución será una empresa dura y llena de peligros [...].

[...]

Esta vez, por fortuna para Cuba, la Revolución llegará de verdad al poder. No será como en el 95 que vinieron los americanos y se hicieron dueños de esto (*Aplausos*). Intervinieron a última hora y después ni siquiera dejaron entrar a Calixto García que había peleado durante 30 años, no quisieron que entrara en Santiago de Cuba (*Aplausos*). No será como en el 33 que cuando el pueblo empezó a creer que una Revolución se estaba haciendo, vino el señor Batista, traicionó la Revolución, se apoderó del poder e instauró una dictadura por once años. No será como en el 44, año en que las multitudes se enardecieron creyendo que al fin el pueblo había llegado al poder, y los que llegaron al poder fueron los ladrones. Ni ladrones, ni traidores, ni intervencionistas. Esta vez sí que es la Revolución.

[...] La Revolución no se podrá hacer en dos días; ahora, tengan la seguridad de que la Revolución la hacemos. Tengan la seguridad de que por primera vez de verdad la República será enteramente libre y el pueblo tendrá lo que merece. El poder no ha sido fruto de la política, ha sido fruto del sacrificio de cientos y de miles de nuestros compañeros. No hay otro compromiso que con el pueblo y que, con la

nación cubana. Llega al poder un hombre sin compromiso con nadie, sino con el pueblo exclusivamente.

[...]

La República no fue libre en el 95 y el sueño de los mambises se frustró a última hora. La Revolución no se realizó en el 33 y fue frustrada por los enemigos de ella. Esta vez la Revolución tiene al pueblo entero, tiene a todos los revolucionarios, tiene a los militares honorables. ¡Es tan grande y tan incontenible su fuerza, que esta vez el triunfo está asegurado!

[...]

Vela por el curso y el destino de esta Revolución la América entera. Toda ella tiene sus ojos puestos en nosotros. Toda ella nos acompaña con sus mejores deseos de triunfo. Toda ella nos respaldará en nuestros momentos difíciles. Esta alegría de hoy no solo es en Cuba, sino en América entera. Como nosotros nos hemos alegrado cuando ha caído un dictador en la América Latina, ellos también se alegran hoy por los cubanos.

[...]

Discurso pronunciado desde el balcón de la Sociedad El Progreso, de Sancti Spíritus, Las Villas (6 de enero)

[...] el pueblo no se puede dormir sobre los laureles; que el camino que tenemos por delante es un camino largo y duro; que la Revolución en su etapa constructiva no será un paseo; que por delante tenemos muchos intereses creados; que toda obra justa encontrará resistencia [...].

Es importante que el pueblo sepa desde hoy y comprenda que la Revolución no podrá ser tarea de un día, ni de dos, ni de tres; que nuestros males no encontrarán solución de la noche a la mañana; que será preciso trabajar mucho; que al igual que la guerra no se ganó en un día, [...], la Revolución tendrá que realizarse también paso a paso, poco a poco y sin otra divisa también que la del triunfo.

[...] Todos los peligros que una revolución tiene en su camino los tendremos que afrontar, tal vez amenazas extranjeras, tal vez agresiones extranjeras; pero frente a todo ello, hay, sin embargo, una inmovible fe; la fe que nace de dos cosas: de la confianza que tenemos en nosotros mismos y de la confianza que tenemos en nuestro pueblo.

[...]

Para saber lo que el pueblo quiere, no hay más que venir a hablar con el pueblo, y esa será siempre nuestra línea de conducta; y el día en que yo no pueda pararme delante del pueblo, el día en que no pueda discutir con el pueblo, ese día para mí habrá terminado toda misión y toda función de carácter público.

[...]

Discurso pronunciado en La Terraza del Gobierno Provincial, en el parque Leoncio Vidal de Santa Clara (6 de enero)

[...]

Ahora es cuando la Revolución tiene que empezar, ahora; se acabó la guerra y empieza la tarea conflictiva; ahora es cuando tenemos que lanzar nuestras columnas revolucionarias hacia la toma de todas aquellas posiciones que la Revolución debe trazarse como meta, hacia todos los objetivos en el campo de los obreros, en el campo de los campesinos, en el campo de los trabajadores y en todos los sectores de nuestro país donde hay muchas injusticias por reparar (*Aplausos*).

Porque lo que en esta hora no se consiga para nuestro pueblo, no se conseguirá jamás; porque lo que en esta hora revolucionaria no se obtenga, cuando todo es pureza, cuando todo es desinterés, no se obtendrá mañana, en que los intereses, las ambiciones y las vanidades comenzarán a asomarse por todas partes.

En esta hora pura de la Revolución es cuando la Revolución debe dar su más extenso paso, es cuando la Revolución debe

lograr sus mayores avances. No quiero decir en un día, lo repito; no quiero decir que ahora mismo, que mañana, que antes de 24 horas, estén resueltos todos los problemas, pero que en esta etapa del Gobierno Provisional es el instante en que la Revolución debe alcanzar sus mayores objetivos, porque ahora —ahora en este momento—, es el momento más propicio para demandar y obtener las principales conquistas que ha estado reclamando nuestra patria.

[...]

Discurso pronunciado en el parque La Libertad, en Matanzas, en su recorrido hacia La Habana (7 de enero)

[...]

El destino para Cuba tiene que ser grande, porque nuestro pueblo se ha puesto en marcha, nuestro pueblo está de pie y decidido a cualquier cosa; y cuando los pueblos se levantan como se ha levantado el pueblo de Cuba, cuando los pueblos se ponen en marcha como se ha puesto el pueblo de Cuba, con su Ejército Rebelde a la vanguardia, entonces no hay alternativa [...].

[...] soy de los que creo que un pueblo cuando se decide a defender y a defender sus derechos es invencible por pequeño que sea, es por lo que creo que nuestro pueblo, esta vez, la primera ocasión en que triunfa plenamente una revolución —la revolución que no triunfó en 1895 porque terminó en intervención, la revolución que no terminó en 1933 porque el golpe castrense lo impidió—, esta vez que no hay ni puede haber intervención, esta vez que no hay ni puede haber traición castrense, esta vez que el pueblo está en pie, tiene experiencia, tiene vanguardia revolucionaria y tiene las armas en la mano, esta vez el pueblo alcanzará lo que tantas veces le han arrebatado.

[...]

Discurso pronunciado a su llegada a La Habana, en Ciudad Libertad (8 de enero)

[...] Creo que es este un momento decisivo de nuestra historia: la tiranía ha sido derrocada. La alegría es inmensa. Y sin embargo, queda mucho por hacer todavía. No nos engañamos creyendo que en lo adelante todo será fácil; quizás en lo adelante todo sea más difícil.

Decir la verdad es el primer deber de todo revolucionario. Engañar al pueblo, despertarle engañosas ilusiones, siempre traería las peores consecuencias, y estimo que al pueblo hay que alertarlo contra el exceso de optimismo.

[...]

Se ha andado un trecho, quizás un paso de avance considerable. Aquí estamos en la capital, aquí estamos en Columbia, parecen victoriosas las fuerzas revolucionarias; el gobierno está constituido, reconocido por numerosos países del mundo, al parecer se ha conquistado la paz; y, sin embargo, no debemos estar optimistas. Mientras el pueblo reía hoy, mientras el pueblo se alegraba, nosotros nos preocupábamos; y mientras más extraordinaria era la multitud que acudía a recibirnos, y mientras más extraordinario era el júbilo del pueblo, más grande era nuestra preocupación, porque más grande era también nuestra responsabilidad ante la historia y ante el pueblo de Cuba.

La Revolución tiene ya enfrente un ejército de zafarrancho de combate. ¿Quiénes pueden ser hoy o en lo adelante los enemigos de la Revolución? ¿Quiénes pueden ser ante este pueblo victorioso, en lo adelante, los enemigos de la Revolución? Los peores enemigos que en lo adelante pueda tener la Revolución cubana somos los propios revolucionarios.

Es lo que siempre les decía yo a los combatientes rebeldes: cuando no tengamos delante al enemigo, cuando la guerra haya concluido, los únicos enemigos de la Revolución podemos

ser nosotros mismos, y por eso decía siempre, y digo, que con el soldado rebelde seremos más rigurosos que con nadie, que con el soldado rebelde seremos más exigentes que con nadie, porque de ellos dependerá que la Revolución triunfe o fracase.

Hay muchas clases de revolucionarios. De revolución hemos estado oyendo hablar hace mucho tiempo; hasta el 10 de marzo se dijo que habían hecho una revolución, e invocaban la palabra revolución, y todo era revolucionario; a los soldados los reunían aquí y hablaban de “la Revolución del 10 de marzo” (*Risas*).

De revolucionarios hemos estado oyendo hablar mucho tiempo. Yo recuerdo mis primeras impresiones del revolucionario, hasta que el estudio y alguna madurez me dieron nociones de lo que era realmente una revolución y de lo que era realmente un revolucionario. Las primeras impresiones del revolucionario las escuchábamos nosotros de niño, y oíamos decir: “Fulano fue revolucionario, estuvo en tal combate, o en tal operación, o puso bombas”, “Mengano era revolucionario...”, incluso se creó una casta de revolucionarios, y entonces había revolucionarios que querían vivir de la revolución, querían vivir a título de haber sido revolucionarios, de haber puesto una bomba o dos bombas; y es posible que los que más hablaban eran los que menos habían hecho. Pero, es lo cierto que acudían a los ministerios a buscar puestos, a vivir de parásitos, a cobrar el precio de lo que habían hecho en aquel momento, por una revolución que desgraciadamente no llegó a realizarse, porque estimo que la primera que parece que tiene mayores posibilidades de realizarse es la Revolución actual, si nosotros no la echamos a perder... (*Exclamaciones de: “¡No!” y aplausos*).

[...]

¿Dónde está la revolución que esta gente hizo, estos revolucionarios? Porque no hubo revolución, y hubo muy pocos revolucionarios.

Lo primero que tenemos que preguntarnos los que hemos hecho esta Revolución es con qué intenciones la hicimos; si en alguno de nosotros se ocultaba una ambición, un afán de mando, un propósito innoble; si en cada uno de los combatientes de esta Revolución había un idealista o con el pretexto del idealismo se perseguían otros fines; si hicimos esta Revolución pensando que apenas la tiranía fuese derrocada íbamos a disfrutar de los gajes del poder; si cada uno de nosotros se iba a montar en una “cola de pato”, si cada uno de nosotros iba a vivir como un rey, si cada uno de nosotros iba a tener un palacete, y en lo adelante para nosotros la vida sería un paseo, puesto que para eso habíamos sido revolucionarios y habíamos derrocado la tiranía; si lo que estábamos pensando era quitar a unos ministros para poner otros, si lo que estábamos pensando simplemente era quitar unos hombres para poner otros hombres; o si en cada uno de nosotros había verdadero desinterés, si en cada uno de nosotros había verdadero espíritu de sacrificio, si en cada uno de nosotros había el propósito de darlo todo a cambio de nada, y si de antemano estábamos dispuestos a renunciar a todo lo que no fuese seguir cumpliendo sacrificadamente con el deber de sinceros revolucionarios (*Aplausos prolongados*). Esa pregunta hay que hacérsela, porque de nuestro examen de conciencia puede depender mucho el destino futuro de Cuba, de nosotros y del pueblo.

[...]

Pero hay algo más: la Revolución no me interesa a mí como persona, ni a otro comandante como persona, ni al otro capitán, ni a la otra columna, ni a la otra compañía; la Revolución al que le interesa es al pueblo (*Aplausos*).

Quien gana o pierde con ella es el pueblo. Si el pueblo fue quien sufrió los horrores de estos siete años, el pueblo es quien tiene que preguntarse si dentro de 10 o dentro de 15, o de 20 años, él, y sus hijos, y sus nietos, van a seguir sufriendo los

horrores que ha estado sufriendo desde su inicio la República de Cuba, coronada con dictaduras como las de Machado y las de Batista (*Aplausos prolongados*).

Al pueblo le interesa mucho si nosotros vamos a hacer bien hecha esta Revolución o si nosotros vamos a incurrir en los mismos errores en que incurrió la revolución anterior, o la anterior, o la anterior, y en consecuencia vamos a sufrir las consecuencias de nuestros errores, porque no hay error sin consecuencias para el pueblo; no hay error político que no se pague, más tarde o más temprano.

Circunstancias hay que no son las mismas. Por ejemplo, estimo que en esta ocasión existe más oportunidad que nunca de que en realidad la Revolución cumpla su destino cabalmente. Es quizás por eso que sea tan grande el júbilo del pueblo, olvidándose un poco de lo mucho que hay que bregar todavía.

[...]

Ahora la República, o la Revolución, entra en una nueva fase. ¿Sería justo que la ambición o los personalismos viniesen aquí a poner en peligro el destino de la Revolución? (*Exclamaciones de: "¡No!"*) ¿Qué es lo que le interesa al pueblo, porque el pueblo es quien tiene que decir aquí la última palabra? (*Exclamaciones de: "¡Libertad!", "¡Libertad!"*) Le interesa, en primer lugar, las libertades, los derechos que le arrebataron, y la paz. Y los tiene, porque en estos instantes tiene todas las libertades, todos los derechos, que le arrebató la tiranía, y tiene la paz (*Aplausos*).

[...]

Es necesario hablar así, para que no surja la demagogia y el confucionismo y el divisionismo y que el primero que asome las orejas de la ambición, el pueblo lo conozca (*Aplausos*). Y por mi parte les digo que como al que quiero mandar es al pueblo, porque es la mejor tropa y que prefiero al pueblo que a todas las columnas armadas juntas, les digo que lo primero que

haré siempre, cuando vea en peligro la Revolución, es llamar al pueblo (*Aplausos*). [...] Porque la opinión pública tiene una fuerza extraordinaria y tiene una influencia extraordinaria, sobre todo cuando no hay dictadura. En la época de dictadura la opinión pública no es nada, pero en la época de la libertad la opinión pública lo es todo, y los fusiles se tienen que doblegar y arrodillar ante la opinión pública (*Aplausos*). ¿Voy bien, Camilo? (*Exclamaciones de: "¡Viva Camilo!"*)

[...]

Discurso pronunciado en el Club Rotario de La Habana (15 de enero)

[...]

No es lo mismo una revolución que un golpe de Estado. El golpe de Estado quita al presidente, quita a los jefes principales, deja a todos los policías, a todos los soldados, todo el mundo se queda en sus puestos y la maquinaria del Estado sigue funcionando. Eso, por ejemplo, pasó el 10 de marzo. Suelen ocurrir en casi todos los países de América Latina golpes de Estado; muy pocas veces ocurren revoluciones, y me parece que en ninguna circunstancia ha ocurrido una revolución con las características en que se está desarrollando la Revolución cubana.

Es por eso que nosotros, hombres nuevos, hombres inexpertos –porque es lo que yo digo, ninguno de nosotros ha sido nunca ministro, ni presidente, ni jefe de nada en absoluto– de buenas a primeras nos ponen jefe de todas esas cosas, una serie de responsabilidades, una serie de problemas complicadísimos y nos vemos en la necesidad de tener que resolverlos y, naturalmente, vamos pasando mucho trabajo.

[...]

Una revolución no se hace con la ley, sino se hace la revolución y la ley viene detrás de la revolución (*Aplausos*). Yo digo que es como una criatura, un niño: nadie lo bautiza antes

de nacer; se espera a que nazca y después que ha nacido se le bautiza, se le pone nombre, se lleva al juzgado a inscribirlo. Y esa es la Revolución, está naciendo al país, y después iremos estableciendo jurídicamente todas las relaciones.

Las leyes de la Revolución son, fundamentalmente, principios morales. Los propósitos por los cuales se está luchando son los que guían y trazan el derrotero de la Revolución. La Revolución no es una cosa loca, la Revolución es algo que tiene una ruta trazada, una serie de principios a los cuales se ajusta, y, además, una serie de principios fundamentales que es necesario dejar bien sentados para que la Revolución se pueda desarrollar pacífica y ordenadamente.

[...]

Discurso pronunciado en la magna concentración popular ante el Palacio Presidencial (21 de enero)

[...] Y lo que yo le voy a decir al pueblo de Cuba hoy es que no, lo que voy a decir al pueblo de Cuba es que las revoluciones no pueden depender de un hombre, que el destino de los pueblos no puede depender de un hombre, que las ideas justas no pueden depender de un hombre y, además, ¡que los líderes no nos podemos meter en una caja de caudales! Que es mi invariable determinación seguir como hasta hoy, que es mi invariable determinación desafiar tranquilamente todos los peligros, y que pase lo que pase; por una razón: porque estoy muy consciente de que esta Revolución no la detiene nada ni nadie, y porque, además, a mis enemigos les voy a decir algo: que detrás de mí vienen otros más radicales que yo (*Aplausos*); que del mismo modo que atacando a nuestra justicia revolucionaria no han hecho más que fortalecer la Revolución, asesinandome a mí no van a hacer más que fortalecer la Revolución.

[...]

Nosotros, los cubanos, podemos sentirnos orgullosos de una revolución que surge al mundo sin ansias de dominio, sin propósito de explotación ni de dominación de otros pueblos, sino que nace al mundo como ejemplo, con una aspiración de justicia, de justicia amplia, de justicia honda, dentro del más extraordinario sistema de respeto a las libertades humanas que ha conocido el mundo. La Revolución cubana se puede sintetizar como una aspiración de justicia social dentro de la más plena libertad y el más absoluto respeto a los derechos humanos. Nuestra Revolución hay que defenderla como se defiende, no algo de Cuba, sino algo de América.

[...]

Discurso pronunciado en la Empresa Petrolera Shell (6 de febrero)

[...] Hemos dicho que esta Revolución se diferencia de todas las revoluciones del mundo, entre otras cosas, porque es la primera revolución, en el sentido cabal de la palabra, como transformación profunda de los sistemas en que hemos vivido; es la única revolución en el mundo que se está haciendo con un respaldo del 95 % del pueblo.

Otras revoluciones en la historia universal –revoluciones, no golpes de Estado, no revueltas– (*Aplausos*) han sido obra de minorías audaces, de avanzada, que impusieron sus leyes revolucionarias con el apoyo de la fuerza. En otras revoluciones a través de la historia, para llevar a cabo cambios sustanciales en el orden social, las minorías revolucionarias han tenido que aplicar la violencia, las minorías revolucionarias han tenido que aplicar el terror frente a los intereses creados, han tenido que imponer a viva fuerza las leyes revolucionarias.

Nosotros si hemos aplicado la violencia no es a los intereses que en el orden social puedan estar resultando perjudicados por las medidas revolucionarias; si hemos aplicado la fuerza

fue contra los que detentaban el poder. Ha sido contra los criminales de guerra, porque era imprescindible castigarlos; o sea, se están castigando hechos del pasado (*Exclamaciones y aplausos*), se está aplicando la pena severa de la ley contra aquellos que de un modo bárbaro violentaron los más sagrados derechos humanos [...].

[...] ¡Es una revolución profunda que se lleva adelante, que se está llevando adelante, como no se ha llevado ninguna revolución en el mundo, dentro del respeto más absoluto a los derechos humanos!

[...]

La Revolución ha empezado, tiene muchos problemas por delante. ¡Ah!, tenemos la herencia de todos los problemas que nos han dejado 50 años de malos gobiernos, porque si Cuba desde sus inicios hubiera contado con buenos gobiernos, no habría hoy un desempleado en nuestra patria, no habría un solo bohío, no habría un solo analfabeto, no habría un solo necesitado en este país. Sería quizás una de las naciones del mundo con más alto estándar de vida. No hubiera existido tiranía, no hubiesen muerto tantos compatriotas, no habría tantas madres vestidas de negro. Porque la tiranía no fue una casualidad: la tiranía fue consecuencia de un problema social.

[...]

La reforma agraria es una ley radical. La reforma agraria no lesionará muchos intereses, pero sí poderosos intereses; poderosos intereses dentro del país y fuera del país. Porque esas compañías que hoy les niegan a los obreros los más elementales derechos –compañías azucareras extranjeras que ante la demanda más insignificante se niegan a acceder absolutamente a nada, en actitud provocativa–, están muy conscientes del interés que tiene la Revolución en que la zafra se haga. Esos intereses prefieren perder una zafra con tal de que el Gobierno Revolucionario fracase, antes que perder los

latifundios, y por eso nosotros tenemos la seguridad de que la reforma agraria va a ser una batalla muy dura.

Ahora bien, si la reforma agraria no se hace, el país está fracasado; si la reforma agraria no se hace, el país se hunde en la miseria, en la ruina y tal vez en la anarquía y en la sangre.

[...]

Discurso pronunciado en el acto de toma de posesión como Primer Ministro, efectuado en el Palacio Presidencial (16 de febrero)

[...] me preocupa grandemente que la juventud mantenga su espíritu de sacrificio, que los revolucionarios mantengan su espíritu de sacrificio; y que la apetencia burocrática no se despierte entre los elementos de la Revolución porque sería debilitar la Revolución.

[...]

Ahora tienen que ayudarnos a hacer una campaña contra las apetencias burocráticas, que hay que saber esperar, saber sacrificarse, porque tenemos que construir el porvenir para todos. No es cuestión de resolver el problema... La burocracia mata el espíritu revolucionario. La Revolución necesita sus grandes reservas de valores.

[...]

Discurso pronunciado en la Universidad Central Marta Abreu de Santa Clara, Las Villas (15 de marzo)

[...]

Una sola cosa me entristece, a medida que marcha la Revolución; una sola cosa nos preocupa, y es que no podemos ir más de prisa todavía... (*Aplausos*). Cuando pasamos por nuestros campos y vemos un bohío, nos da tristeza; cuando vemos a los campesinos todavía sin tierra, nos da tristeza; cuando vemos a los pueblos sin acueducto, sin alcantarillado,

sin pavimentación, sin escuelas, nos da tristeza; cuando vemos a nuestros campos sin electricidad, nos da tristeza; cuando vemos a tantos cubanos que no tienen trabajo, nos da tristeza; cuando vemos a niños descalzos, cuando vemos a las familias hambrientas, nos da tristeza. Quisiéramos poder resolver en un solo minuto todos aquellos problemas, quisiéramos ver construidas en un solo día todas las escuelas, todos los hospitales y hecha toda la obra revolucionaria [...].

[...]

Que no confundan esta Revolución con ninguna otra en el mundo, porque esta Revolución es única, esta Revolución es genuinamente cubana, surge de nuestras necesidades, surge de nuestras ansias; que no empiecen a confundir, que no empiecen a hacerle imputaciones mal intencionadas a la Revolución cubana, que no empiecen a esgrimir fantasmas aquí; esta es una Revolución cubana que de verdad va a acabar con el privilegio; que ya, asustados como están los teóricos de los intereses creados, están escribiendo y ya están anunciando que van a escribir sus teorías revolucionarias.

[...]

Las otras revoluciones, la del 68, la del 95 y la del 33, nos las frenaron, pero esta sí que no nos la frena nadie, esta sí que no la desvía nadie, esta Revolución será ya la Revolución que realice los grandes sueños de nuestra patria.

[...]

Discurso pronunciado en el acto de celebración del día del jurista, en el hotel Habana-Hilton (8 de junio)

[...]

Una revolución implica cambios, cambios que necesariamente chocan con el estado social existente, con los intereses existentes, y naturalmente que concita contra sí toda una serie de fuerzas poderosas: las fuerzas de los que han estado deten-

tando el poder y los privilegios, las cuales lógicamente tratan de defender por todos los medios posibles esas ventajas que han estado disfrutando, no se resignan tranquilamente a perderlas.

[...]

Discurso en la concentración campesina efectuada el 26 de julio

[...]

Gobierno que no sea del pueblo, no es democracia. Gobierno que no sea por el pueblo, no es democracia. Gobierno que no sea para el pueblo, no es democracia. (*Aplausos*)

¿Y qué ha sido el Gobierno de la Revolución cubana desde el primero de enero de 1959 sino el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo? Gobierno del pueblo no para un grupo privilegiado del pueblo; gobierno del pueblo no para una oligarquía que somete a la explotación al pueblo; gobierno del pueblo no para una casta de militares o de politiqueros, como habíamos tenido siempre en Cuba. Gobierno del pueblo para para todo el pueblo: ¡Eso sí es democracia! (*Aplausos*)

[...]

Discurso pronunciado en la Avenida Garzón de Santiago de Cuba (30 de noviembre)

[...]

La Revolución, sobre todo, vale por lo que significa de esperanza para los que nunca tuvieron esperanza, por lo que significa de atención y de recuerdo para los que siempre fueron olvidados; por lo que significa para el hombre, que lo ha redimido, que permite que hoy cualquier hombre humilde del pueblo no se sienta avergonzado de ser pobre, no se sienta avergonzado de ser humilde.

Nadie tendrá que sufrir eso de que va a una playa y le dicen que no puede pasar, y que no puede pasar sencillamente

porque no es de tal color. Y no ocurrirá nunca más eso de que un muchacho quiera ir a una escuela y no lo dejen pasar, que quiera ir a un trabajo y no le den el trabajo. Ni volverá a ocurrir aquello de que el hombre se sintiera infeliz, de que el hombre se sintiera desgraciado porque era humilde, porque era pobre, porque aquí no tenían valor más que los que tenían mucho dinero y mucho perfume y sabían hablar inglés y sabían vestirse muy bien con vestidos muy elegantes, mientras la guajirita tenía que estar allá quitándose la ropa para lavarla y volvérsela a poner porque no tenía nada más que un solo vestido (*Abucheos*).

[...]

1960

Discurso en el acto celebrado por la Central de Trabajadores de Cuba revolucionaria, en el teatro Blanquita (24 de febrero)

[...] Una revolución no es un acontecimiento sencillo en la historia de un pueblo. Una revolución es un hecho complejo y difícil y que tiene, además, la virtud de ser una gran maestra, porque nos va enseñando sobre la marcha, y sobre la marcha va fortaleciendo la conciencia del pueblo, y sobre la marcha nos va enseñando qué es una revolución. [...]

Discurso pronunciado en el acto celebrado en la escalinata de la Universidad de La Habana, en la conmemoración del 13 de marzo

[...] La Revolución no se hizo por ambiciones de poder, la Revolución se hizo por un objetivo, para realizar una tarea que reclamaba con urgencia nuestra patria. La Revolución se hizo para resolver los problemas de nuestro país y nosotros estábamos perfectamente convencidos de que, una vez finalizada

la guerra contra la tiranía, nuestra lucha iba a ser de otro tipo: realizar la obra de la Revolución, dictar las leyes revolucionarias y hacerlas cumplir, llevar adelante nuestro programa [...].

Discurso pronunciado en conmemoración del VII Aniversario del 26 de Julio, en las Mercedes, estribaciones de la Sierra Maestra

[...]

La Revolución [...] ha despertado las conciencias, ha enseñado a ver, y sobre todo a ver las grandes injusticias y ver las grandes mentiras. La Revolución ha sido como una luz que se enciende en medio de la noche (*Aplausos*), la Revolución ha sido como un sol, cuyos rayos alumbran un amanecer para la patria (*Aplausos*). La Revolución nos ha enseñado lo que no habíamos aprendido en muchos años vividos; la Revolución nos ha enseñado a comprendernos unos a otros, a querernos unos a otros.

[...]

Discurso en la Asamblea General del Pueblo de Cuba, donde se aprueba la Primera Declaración de La Habana (2 septiembre)

[...]

Pero, ¿por qué querían condenar a Cuba? ¿Qué ha hecho Cuba para ser condenada? ¿Qué ha hecho nuestro pueblo para merecer la Declaración de Costa Rica? ¡Nuestro pueblo no ha hecho otra cosa que romper las cadenas! (*Aplausos*) Nuestro pueblo no ha hecho otra cosa, sin perjudicar a ningún otro pueblo, sin quitarle nada a ningún otro pueblo, que luchar por un destino mejor. Nuestro pueblo no ha querido otra cosa que ser libre; nuestro pueblo no ha querido otra cosa que vivir de su trabajo, y nuestro pueblo no ha querido otra cosa que vivir del fruto de su esfuerzo; nuestro pueblo no ha querido

otra cosa que sea suyo lo que es suyo, que sea suyo lo que es de su tierra, que sea suyo lo que es de su sangre, que sea suyo lo que es de su sudor (*Aplausos y exclamaciones de: "¡Fidel, seguro, a los yankis dales duro!"*).

[...]

Eso fue lo que encontró la Revolución al llegar al poder: un país económicamente subdesarrollado, un pueblo que era víctima de todo género de explotación. Eso fue lo que la Revolución encontró después de una lucha heroica y sangrienta. Y las revoluciones no se hacen para dejar las cosas como están; las revoluciones se hacen para rectificar todas las injusticias. Las revoluciones no se hacen para proteger y apañar privilegios; las revoluciones se hacen para ayudar a los que necesitan ser ayudados; las revoluciones se hacen para implantar la justicia, para ponerle fin al abuso, para ponerle fin a la explotación. Y nuestra Revolución se hizo para eso, y con ese fin cayeron los que cayeron. Y para lograr ese propósito se hicieron tantos sacrificios.

La Revolución venía a arreglar la patria; la Revolución venía a hacer lo que hacía mucho tiempo que cada cubano estaba pidiendo que se hiciera. [...]

[...]

En su empeño de hacer fracasar la Revolución, comenzaron por calumniarla, comenzaron por hacer una campaña contra ella en todo el mundo, para aislarnos de los pueblos hermanos del continente y para que el mundo no supiera lo que nuestra Revolución estaba realizando. Después, cuando fracasaron los intentos de desacreditar a la Revolución, de dividir a la Revolución, y de frenar a la Revolución, comenzaron las agresiones más o menos directas, comenzaron los bombardeos a nuestros cañaverales, comenzaron las incursiones aéreas sobre nuestro territorio, continuaron las maniobras para dejarnos sin petróleo, y concluyeron agrediendo nuestra economía y

arrebátndonos casi un millón de toneladas de nuestra cuota azucarera.

Esa era una política agresiva contra nuestro país; era un acto que violaba el derecho internacional; era un acto que constituía una agresión económica a un país pequeño, a fin de hacerlo desistir en su propósito revolucionario; era una agresión económica para obtener un resultado político. La nación más pequeña había sido agredida; la nación pequeña había visto sus campos bombardeados e incendiados por aviones que procedían de Estados Unidos.

[...]

Fueron allí a discutir, con la bolsa en una mano y con el garrote en la otra. De más está decirles que aunque no hubieran llevado la bolsa, hubieran obtenido la Declaración de Costa Rica. ¿Por qué? Porque llevaban el garrote. Pero, además, aunque no hubieran llevado el garrote, hubieran votado con el imperialismo. ¿Saben por qué? Porque los latifundistas de América no quieren que haya reforma agraria; los monopolios de América no quieren que haya reforma agraria; los explotadores en América Latina no quieren que haya justicia en América Latina. Y entonces ellos, de puro miedo a una revolución que aquí acabó con todos los privilegios, que acabó con los latifundios, que acabó con la explotación, de puro miedo a una revolución como esta, y de puro miedo a que los pueblos se contagien del espíritu revolucionario de Cuba, votan contra Cuba, porque lo que quieren es que sea destruido el ejemplo de la Revolución cubana.

Pero eso no es lo que piensan los obreros de América Latina; eso no es lo que piensan los campesinos; eso no es lo que piensan los estudiantes; eso no es lo que piensa el pueblo de América Latina. El pueblo de América Latina, aunque le han estado haciendo una campaña contra Cuba, aunque los cables de las agencias yankis están

continuamente mintiendo, calumniando y repitiendo todo género de falsedades sobre la Revolución, los pueblos no tragan, ¡los pueblos no tragan las mentiras del imperialismo! (*Aplausos*)

[...]

Ahora vamos a hacer una pregunta: ¿Considera el pueblo que la Unión Soviética o la República Popular China tengan la culpa de esta Revolución que hemos hecho nosotros aquí? (*El pueblo exclama: "¡No!"*) ¿Quién tiene la culpa de esta Revolución? ¿Quién tiene la culpa de que los cubanos hayamos tenido que hacer esta Revolución? ¿Quién tiene la culpa: ¿la Unión Soviética, la República Popular China o el imperialismo yanqui? (*Exclamaciones de: "¡Los yankis!"*) Es decir, el único culpable de que esta Revolución esté teniendo lugar en Cuba es el imperialismo yanqui, y, por tanto, el pueblo de Cuba rechaza esa acusación de que la Unión Soviética o la República Popular China estén tratando de utilizar la situación política, económica y social de un estado americano, para quebrantar la unidad continental, y poner en peligro la paz y la seguridad del hemisferio. ¿Quiénes están poniendo en peligro la unidad continental? (*Exclamaciones de: "¡Los yankis!"*) ¿Quiénes están dividiendo a un pueblo latino de otros pueblos latinos? (*Exclamaciones de: "¡Los yankis!"*) ¿Quiénes son los que reunieron allí a un grupo de cancilleres latinos para hacer una declaración contra un pueblo latino? (*Exclamaciones de: "¡Los yankis!"*) Los yankis. ¿Quiénes han sido los únicos agresores en este continente? (*Exclamaciones de: "¡Los yankis!"*) Los yankis. Luego, nuestra respuesta a ese segundo punto es que los únicos que han agredido a los pueblos de América Latina, los únicos que han quebrantado la unión de los pueblos de América Latina, y los únicos culpables del estado revolucionario que está

teniendo lugar en Cuba, y tendrá lugar en América Latina, es el imperialismo yanqui (*Aplausos*).

[...]

Discurso pronunciado en el acto de clausura del Primer Congreso Nacional de los Consejos Municipales de Educación (10 de octubre)

[...]

Y confesamos que entre las obras de la Revolución, ninguna más estimulante ni más hermosa que la obra educacional de la Revolución. Pudiera decirse que es un pilar indispensable para alcanzar el éxito en todas las demás cosas que nos hemos propuesto. Por eso, la importancia de este congreso y la importancia de este día para la Revolución.

[...]

1961

Discurso pronunciado en el desfile efectuado en la Plaza Cívica (2 de enero)

[...] La Revolución es, de todos los acontecimientos históricos, el más complejo y el más convulso. Es una ley infalible de todas las revoluciones, y la historia lo enseña; ninguna revolución verdadera dejó de ser, jamás, un proceso extraordinariamente convulso, o, de lo contrario, no es revolución. [...]

La Revolución ha despertado el sentido moral del pueblo; la Revolución ha despertado la solidaridad humana en los hombres y mujeres de nuestro pueblo; la Revolución ha abolido el egoísmo y ha convertido la generosidad en la virtud principal de cada ciudadano; la Revolución ha recogido lo mejor de la nación; la Revolución ha barrido, la Revolución ha purificado, la Revolución ha adecentado, la Revolución ha redimido.

[...]

Discurso en el acto de inauguración de la Ciudad Escolar Abel Santamaría (28 de enero)

[...]

¿Saben lo que se ha propuesto la Revolución? La Revolución se ha propuesto ganar una de las más grandes batallas por la cultura que haya librado ningún pueblo: se propone erradicar el analfabetismo en un año. Calculen qué lección para los pueblos, calculen qué aliento y calculen qué descrédito para los gobernantes títeres de América Latina, que la Revolución cubana en un solo año erradique el analfabetismo.

[...]

Discurso pronunciado en el acto conmemorativo del primer aniversario del sabotaje al vapor La Coubre (4 de marzo)

[...] La Revolución es una gran escuela, y nos enseña todos los días lo que debemos hacer. Y tenemos una lucha seria, una lucha seria delante, dura; el enemigo emplea todas sus armas, agita cuantos recursos tiene en sus manos, las mentiras, los prejuicios; agita toda la herencia y el bagaje que han ido dejando aquí, sobre la cual han ido edificando su imperio; todo contra el pueblo, para dividir al pueblo, para debilitar al pueblo, sencillamente para dominar al pueblo, para doblegar al pueblo, para vivir sobre las espaldas del pueblo.

[...] Para comprender una revolución, no basta saber lo que una revolución ha hecho o es capaz de hacer. ¿Para comprender una revolución, hace falta saber también el precio que hay que pagar por ella!

[...]

Discurso pronunciado en el acto homenaje al periódico *Revolución*, con motivo del Premio que le fuera otorgado por la Organización Internacional de Periodistas (25 de marzo)

[...] La Revolución tiene en su haber el haber cumplido las promesas que le hizo al pueblo. No hay, virtualmente, ninguna

legislación, ninguna ley revolucionaria que no sea expresión de lo que al pueblo le prometimos desde los inicios mismos de la lucha contra la tiranía batistiana. [...]

[...] Un proceso revolucionario trata de alcanzar para un país el mayor avance, trata de alcanzar para un país toda la justicia posible. Detener el proceso revolucionario sería traicionar la Revolución; marcar límites en medio de un proceso revolucionario, es traicionar la Revolución; poner un límite al salto de un pueblo en la historia es traicionar a ese pueblo, es como frenar a un pueblo que marcha veloz hacia el futuro.

[...]

Y ojalá no hubiese tenido que esperar tanto tiempo nuestro país para hacer una Revolución; ojalá no hubiesen tenido que esperar más de siglo y medio, o tanto como siglo y medio, los demás pueblos de América Latina; siendo este país el país privilegiado que ha podido hacer la primera gran revolución social en este continente; cuanto más profunda y cuanto más extraordinaria sea esa revolución, y cuanto más lejos llegue y cuanto más pueda constituir un ejemplo para los demás pueblos hermanos de este continente, ¡tanto más podremos sentirnos orgullosos los cubanos del privilegio de hacer esa Revolución! (*Aplausos*)

[...] hay que formar conciencia revolucionaria en el pueblo; hay que exponer los fundamentos de la Revolución, las razones de la Revolución, la justicia de la Revolución [...].

Comunicado número uno, en ocasión del ataque por Playa Girón (17 de abril)

Al pueblo de Cuba

Tropas de desembarco, por mar y por aire, están atacando varios puntos del territorio nacional al sur de la Provincia de Las Villas, apoyadas por aviones y barcos de guerra. [...]



Fidel recorre Playa Larga durante la invasión de las tropas mercenarias dirigidas por el gobierno estadounidense a Playa Girón (19 de abril de 1961).

¡Adelante, cubanos! A contestar con hierro y fuego a los bárbaros que nos desprecian y que pretenden hacernos regresar a la esclavitud. Ellos vienen a quitarnos la tierra que la Revolución entregó a los campesinos y cooperativistas;

nosotros combatimos para defender la tierra del campesino y el cooperativista.

Ellos vienen a quitarnos de nuevo las fábricas del pueblo, los centrales del pueblo; nosotros combatimos por defender nuestras fábricas, nuestros centrales, nuestras minas. Ellos vienen a quitarles a nuestros hijos, a nuestras muchachas campesinas las escuelas que la Revolución les ha abierto en todas partes; nosotros defendemos las escuelas de la niñez, y del campesinado.

Ellos vienen a quitarles al hombre y la mujer negros la dignidad que la Revolución les ha devuelto; nosotros luchamos por mantener a todo el pueblo esa dignidad suprema de la persona humana. Ellos vienen a quitarles a los obreros sus nuevos empleos; nosotros combatimos por una Cuba Liberada con empleo para cada hombre y mujer trabajadores. Ellos vienen a destruir la patria y nosotros defendemos la Patria.

[...]

Discurso pronunciado resumiendo los actos del Día Internacional del Trabajo, Plaza Cívica (1.º de mayo)

[...]

Y como la Revolución es un cambio profundo, no una toma-dura de pelo, no un engañabobos; la Revolución es un cambio profundo y no una perdedera de tiempo, ¿qué es lo que querían estos señores, politiquería, pasquines electorales, los postes llenos de todos aquellos descarados con un sombrero de jipijapa y un tabaco de a peso? Elecciones como aquellas, no; elecciones como aquellas no las tendrán. ¿Por qué?, porque la Revolución ha cambiado sencillamente el concepto de la democracia falsa, de la seudodemocracia como medio de explotación de las clases dominantes, por un sistema de gobierno directo del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, como lo demuestran los hechos (*Aplausos*).

[...]

La Revolución sabe, y el pueblo sabe, el pueblo sabe que la Revolución es expresión de su voluntad. La Revolución no llegó al poder con bazucas yankis, ni con tanques yankis, ni con cañones sin retroceso yankis; la Revolución llega al poder con el apoyo del pueblo, en virtud de los sacrificios que el pueblo hizo, de las luchas que el pueblo hizo, de los heroísmos del pueblo; luchando precisamente contra aviones y armas, tanques y cañones yankis. Así llega la Revolución al poder, con todo el respaldo del pueblo. Ha estado en el poder, ha gobernado con el pueblo y se mantiene en el poder con el pueblo.

Y al pueblo, ¿qué le interesa al pueblo ahora? Al pueblo lo que le interesa es que la Revolución siga adelante sin perder un minuto, siga adelante sin dar un solo paso atrás ni para coger impulso, como dicen los letreros del pueblo (*Aplausos*).

[...]

A los que nos hablan de la Constitución del 40, nosotros les decimos que ya la Constitución del 40 es demasiado anticuada y demasiado vieja para nosotros; que nosotros hemos adelantado demasiado para que nos sirva ese “trajecito corto” de la Constitución de 1940, que fue buena para su época, que nunca se cumplió, y que ya esa Constitución está rebasada por esta Revolución, que hemos dicho que es una revolución socialista (*Aplausos*).

[...] Ellos le tienen más miedo a la Revolución que lo que nosotros le podamos tener a sus agresiones, porque ellos, como país poderoso, como gobierno poderoso, círculo gobernante poderoso, gente millonaria acostumbrada a hacer su capricho, tienen una mentalidad según la cual no pueden ni dormir tranquilos pensando que hay una revolución en un país de América Latina.

[...]

Discurso pronunciado en la clausura de la reunión del Comité ejecutivo de la Unión Internacional de Estudiantes, efectuada en el Capitolio Nacional (8 de junio)

[...]

Las ideas revolucionarias y la belleza de una Revolución, es fácil que conquiste a la gente joven [...].

[...]

La Revolución cubana construye una sociedad nueva, y esa nueva sociedad, a su vez, engendrará nuevas formas políticas, y el pueblo lo entiende, y el pueblo lo sabe. [...]

La Revolución cubana demuestra que el imperialismo lleva en sí mismo los gérmenes de su propia destrucción; porque ese germen de la Revolución, ¡ese germen no vino de ninguna parte! El germen de la Revolución no se puede importar, ni hace falta importarlo, porque el germen de la Revolución está en todos los pueblos colonizados, oprimidos y explotados. Dondequiera que haya explotación, colonialismo e imperialismo, dondequiera que haya ese mal, hay el contramal; dondequiera que hay colonialismo, imperialismo, explotación, hay el germen de las revoluciones”.

[...]

Discurso pronunciado en la conmemoración del VIII aniversario del ataque al Cuartel Moncada (26 de julio)

[...] El pueblo ha venido hoy aquí a decir, como siempre, ¡presente! (*Aplausos*); el pueblo ha venido hoy aquí a demostrar que su espíritu revolucionario ha crecido, a demostrar que su convicción revolucionaria es más sólida que nunca; el pueblo ha venido aquí a decir que después de dos años y medio de revolución, quiere seguir haciendo revolución y quiere seguir con la Revolución (*Aplausos prolongados*).

[...]

Nosotros hemos declarado que la Revolución es socialista (*Aplausos prolongados*). ¿Qué quiere decir que la Revolución es socialista?, ¿quiere decir que aquí todo está socializado? No. ¿Quiere decir que aquí todo se va a socializar en el acto? No. Es que la Revolución es un proceso, y es que el socialismo tampoco se logra por decreto. El socialismo es un régimen económico y social que se alcanza a través de un proceso; no se logra por decreto. Por decreto se pueden nacionalizar los centrales azucareros, por decreto se pueden nacionalizar los bancos, por decreto se pueden nacionalizar las grandes industrias, por decreto se pueden ir adoptando una serie de medidas, pero por decreto no se logra un régimen económico-social acabado. Entre otras cosas, la Revolución es un proceso de educación del pueblo, es un proceso de formación de conciencia revolucionaria.

[...]

Pero es preciso entender esto bien, es preciso no solo que lo entiendan los dirigentes revolucionarios, es preciso que lo entienda el pueblo, porque lo más importante de todo es que el pueblo comprenda; lo más importante de todo es que el pueblo sepa. Una empresa revolucionaria no es obra de dirigentes revolucionarios, es obra de todo un pueblo, es obra y es tarea de las masas del pueblo. Es preciso que el pueblo comprenda que la Revolución es un proceso que se propone alcanzar determinadas metas, y que esas metas no se logran por decreto, y que esas metas no se logran en 24 horas.

[...]

Es imprescindible que el pueblo comprenda, que todas esas capas de la Revolución comprendan que el socialismo es la aspiración de una sociedad más justa, sin explotadores y sin explotados, pero que el socialismo no es una sociedad exclusivista, que el socialismo no pretende que vivan unos y otros no

vivan (*Aplausos*), que el socialismo es la aspiración a que todo hombre y mujer tenga la oportunidad de vivir decorosamente y que, por tanto, todos los hombres y todas las mujeres honrados de un país caben dentro del socialismo (*Aplausos*), y todos los hombres y todas las mujeres honrados del país pueden ayudar a hacer el socialismo.

[...]

Naturalmente que la Revolución no transcurre de una manera fácil, la Revolución no es algo que se desenvuelva de manera sencilla y sin problemas. Hay casos en que las leyes de la Revolución son muy duras para algunas personas, hay casos; incluso debemos decir más, debemos decir que a veces nosotros, enfrascados en la batalla revolucionaria, no hemos tenido tiempo de contemplar esos casos.

[...] La Revolución, desde luego que no es un proceso sencillo, que no es un proceso fácil. La Revolución es un proceso muy difícil, porque la Revolución surge de un régimen social explotador, surge de un régimen social caótico, donde mil intereses se entrelazan y se unen, y donde el sistema de privilegios luego alcanza incluso a sectores que no son reducidos, donde los privilegios y los beneficios de aquel régimen alcanzan incluso a sectores amplios de la población; y por eso no es fácil hacer una revolución. Si hacer revoluciones fuera fácil ya se habría producido una revolución y se habrían resuelto todos los problemas en todas partes del mundo. Pero hacer una revolución es una tarea difícil, una tarea que requiere mucha paciencia y una tarea que requiere actuar con mucha certeza y que requiere actuar correctamente.

[...] La Revolución sabe que tiene el derecho a defenderse, la Revolución sabe que esta es una lucha a vida o muerte, y una vez más repetimos que una lucha a vida o muerte que solo puede concluir con la muerte y destrucción de la

Revolución o la muerte y destrucción total de la contrarrevolución. [...]

Discurso pronunciado como conclusión de las reuniones con los intelectuales cubanos efectuadas en la Biblioteca Nacional (16, 23 y 30 de junio)

[...]

Nosotros hemos sido agentes de esta Revolución, de la Revolución económico-social que está teniendo lugar en Cuba. A su vez esa Revolución económica y social tiene que producir inevitablemente también una Revolución cultural en nuestro país.

[...] La Revolución tiene que comprender esa realidad, y por lo tanto debe actuar de manera que todo ese sector de los artistas y de los intelectuales que no sean genuinamente revolucionarios, encuentren que dentro de la Revolución tienen un campo para trabajar y para crear; y que su espíritu creador, aun cuando no sean escritores o artistas revolucionarios, tiene oportunidad [...].

[...]

Nosotros creemos que hemos contribuido en la medida de nuestras fuerzas a los acontecimientos actuales de nuestro país. Nosotros creemos que con el esfuerzo de todos estamos llevando adelante una verdadera revolución, y que esa revolución se desarrolla y parece llamada a convertirse en uno de los acontecimientos importantes de este siglo. [...].

[...] los enemigos de la Revolución, no tienen ningún derecho contra la Revolución, porque la Revolución tiene un derecho: el derecho de existir, el derecho a desarrollarse y el derecho a vencer. ¿Quién pudiera poner en duda ese derecho de un pueblo que ha dicho “¡Patria o Muerte!”, es decir, la Revolución o la muerte, la existencia

de la Revolución o nada, de una Revolución que ha dicho “¡Venceremos!”? [...]

[...] una revolución solo puede ser obra de la necesidad y de la voluntad de un pueblo. Y frente a los derechos de todo un pueblo, los derechos de los enemigos de ese pueblo no cuentan.

[...] La Revolución quiere que los artistas pongan el máximo esfuerzo en favor del pueblo, quiere que pongan el máximo de interés y de esfuerzo en la obra revolucionaria. Y creemos que es una aspiración justa de la Revolución.

[...] Nosotros creemos que los escritores y artistas deben tener toda oportunidad de manifestarse; nosotros creemos que los escritores y artistas, a través de su asociación, deben tener un magazine cultural amplio, al que todos tengan acceso.

[...] Cualesquiera que hubiesen sido nuestras obras, por meritorias que puedan parecer, debemos empezar por situarnos en esa posición honrada de no presumir que sabemos más que los demás, de no presumir que hemos alcanzado todo lo que se puede aprender, de no presumir que nuestros puntos de vista son infalibles y que todos los que no piensen exactamente igual están equivocados. [...]

[...] la Revolución significa precisamente más cultura y más arte. Les pedimos que pongan su granito de arena en esta obra que, al fin y al cabo, será una obra de esta generación.

La generación venidera será mejor que nosotros, pero nosotros seremos los que habremos hecho posible esa generación mejor. Nosotros seremos forjadores de esa generación futura. [...]

[...] Creo que sin ser optimista no se puede ser revolucionario, porque las dificultades que una Revolución tiene que

vencer son muy serias. ¡Y hay que ser optimistas! Un pesimista nunca podría ser revolucionario.

[...] Nosotros creemos que con el esfuerzo de todos estamos llevando adelante una verdadera revolución, y que esa revolución se desarrolla y parece llamada a convertirse en uno de los acontecimientos importantes de este siglo. [...]

[...] dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución, nada. [...]

Nosotros no estamos haciendo una revolución para la posteridad; esta Revolución pasará a la posteridad porque es una revolución para ahora y para los hombres y las mujeres de ahora. [...]

Nosotros creemos que la Revolución tiene todavía muchas batallas que librar, y nosotros creemos que nuestro primer pensamiento y nuestra primera preocupación debe ser qué hacemos para que la Revolución salga victoriosa. Porque lo primero es eso: lo primero es la Revolución misma. [...]

[...] Revolucionario es también una actitud ante la vida, revolucionario es también una actitud ante la realidad existente. Y hay hombres que se resignan a esa realidad, hay hombres que se adaptan a esa realidad; y hay hombres que no se pueden resignar ni adaptar a esa realidad y tratan de cambiarla: por eso son revolucionarios.

[...]

Discurso en el resumen de la Plenaria Obrera de Alfabetización, efectuada en el teatro Chaplin (16 de agosto)

[...] ¡No puede concebirse una revolución sin educación, no puede concebirse progreso sin educación, no puede concebirse un futuro esplendoroso para la nación cubana sin educación, no puede concebirse un mejoramiento en todos los órdenes de la vida sin educación!

[...]

La educación es indispensable, si es que queremos realizar los grandes proyectos en el campo de la ciencia y en el campo de la economía que la Revolución tiene delante [...].

[...]

Imposible tener un pueblo verdaderamente revolucionario, sin educación; imposible tener un pueblo verdaderamente trabajador y verdaderamente cumplidor de su deber, sin educación. [...]

Discurso en la clausura del Congreso Nacional de Alfabetización, en el teatro Chaplin (5 de septiembre)

[...] la Revolución alcanzará tanto más avance y tanto más éxito, cuanto más trabaje en el campo de la educación, cuantos más técnicos competentes, hombres, administradores competentes, maestros, técnicos, cuadros revolucionarios, tenga. Y en eso está lo fundamental. [...]

[...] sin educación, realmente no puede haber Revolución. Y la Revolución alcanzará tanto más avance y tanto más éxito, cuanto más trabaje en el campo de la educación, cuantos más técnicos competentes, hombres, administradores competentes, maestros, técnicos, cuadros revolucionarios, tenga. Y en eso está lo fundamental.

[...]

En pocos otros aspectos la Revolución ha avanzado tanto como en el campo de la educación. Es que no se concibe una revolución sin una gran revolución también en el campo de la educación.

[...]

Una de las cosas verdaderamente dignas que esta Revolución ha hecho es haber convertido todas las grandes fortalezas militares en escuelas, y el haber convertido casi todos los cuarteles en escuelas. [...]

Discurso pronunciado en la reunión celebrada por los directores de las Escuelas de Instrucción Revolucionaria (20 de diciembre)

[...] Nosotros le llamamos escuela de instrucción revolucionaria porque nosotros debemos tener nuestra propia terminología para conceptuar las cosas. [...]

[...] Nosotros, por ejemplo, a una granja del pueblo, que es una granja del pueblo, pues en la Unión Soviética le llaman “sovjós”. Pero si nosotros le hubiéramos puesto a la granja del pueblo “sovjós”, habrían armado un escándalo tremendo los enemigos de la Revolución. Y además, porque no tenemos por qué llamarle “sovjós”; lo de nosotros es granja del pueblo, que es un nombre cubano a un tipo de granja de producción colectiva.

[...]

Bueno, toda esta historia venía al caso de que les llamábamos escuelas de instrucción revolucionaria. Está correcto llamarles escuelas de instrucción revolucionaria. Ahora, se pudieran llamar también escuelas de marxismo-leninismo. En realidad, lo que se estudia en las escuelas de instrucción revolucionaria es marxismo-leninismo; además, lo único que puede estudiarse en una escuela de instrucción revolucionaria es marxismo-leninismo.

[...] Por eso se pudieran llamar también escuelas marxista-leninistas. Pero si cuando se fundaron las escuelas se hubiera dicho van a ser escuelas de marxismo-leninismo, pues alguna gente hubiera sentido todavía reflejos condicionados contra el marxismo-leninismo, reflejos que se les van quitando con el tiempo. Y, por eso, las palabras instrucción revolucionaria podían ser una denominación más correcta para lo que son las escuelas. [...]

[...] Desde luego, si nosotros nos paramos en el Pico Turquino cuando éramos cuatro gatos y decimos: Somos

marxista-leninistas —desde el Pico Turquino—, posiblemente no hubiéramos podido bajar al llano.

[...]

Es decir, no hay que suponer que para que una revolución tenga lugar es necesario que todo el mundo sea, primero que nada, marxista-leninista. No señor. Para que una revolución tenga lugar hace falta que se produzcan las condiciones objetivas que hacen posible una revolución, de acuerdo con la concepción marxista-leninista. De más está decirles que en la historia ha habido muchas revoluciones, y que hubo revoluciones cuando ni siquiera existía la ciencia, la doctrina, o la teoría, la concepción marxista-leninista.

[...]

El pueblo era explotado, pero muchas veces una gran parte del pueblo no comprendía perfectamente bien a qué se debían su miseria, su pobreza, la falta de escuelas, la falta de hospitales, la falta de fábricas, la falta de trabajo; sufrían todo eso. Muchas veces se lo atribuían a los malos gobiernos. Pero es que aquellos gobiernos no podían ser buenos de ninguna manera; aquellos gobiernos, desde Estrada Palma hasta el último, eran gobiernos que representaban los intereses de una clase dominante, de una clase explotadora.

[...] La Revolución cubana, se puede decir, que es una prueba cabal, absolutamente cabal, de toda la verdad que encierra la concepción marxista-leninista de la sociedad y de la historia. Sin esas verdades fundamentales no habríamos ni empezado siquiera, sin esas verdades fundamentales habríamos tomado una serie de caminos equivocados.

Bien, ¿nosotros éramos marxista-leninistas cabales? No, no éramos marxista-leninista cabal. Yo era, por ejemplo, un tipo de marxista leninista que me había aferrado a unas cuantas ideas que había tomado del marxismo-leninismo en mi etapa de formación —y, por cierto, era una etapa de formación—, una

serie de cosas que creí como verdaderas fundamentales, y ajusté la acción a esas verdades fundamentales. Yo creo que el revolucionario cabal se va haciendo a través de los años; y cualquiera de nosotros que todavía creyera que es un revolucionario cabal, tendría primero que hacerse una fuerte autocrítica, un análisis de toda su actuación, su conducta, su comportamiento, su cumplimiento, para entonces ver si se siente satisfecho cuando se dé respuesta a todos los defectos que, aun cuando nos creemos muy revolucionarios, nos quedan todavía. A veces podemos creernos muy revolucionarios, pero todavía nos faltan muchas cosas que aprender de la Revolución.

[...] el vivir todas esas cosas, tienen que hacernos a todos, y a cada uno de nosotros, más revolucionarios cada día. ¡Yo digo que hoy soy más revolucionario que ayer, y estoy seguro de que mañana seré todavía más revolucionario que hoy! (*Aplausos.*)

¿Quénoshacesermásrevolucionarios? ¿Quénoshacesentirnos más revolucionarios? ¿Qué nos hace sentir más apasionadamente la Revolución? Sencillamente el conocimiento, cada vez más a fondo, de la Revolución; el conocimiento, cada vez más a fondo, de los problemas revolucionarios; el conocimiento, cada vez más a fondo, de la teoría revolucionaria; el conocimiento, cada vez más a fondo, de la doctrina revolucionaria. Porque aun cuando muchos problemas ya para nosotros han tenido una explicación cabal, todavía quedan muchos otros de los cuales ni siquiera nos hemos preocupado y sobre los cuales no tenemos una explicación cabal, y que, al contacto con los libros, en el estudio, vamos encontrando cada día más una explicación para cosas que muchas veces ni siquiera nos las habíamos planteado; pero que nos hace ver cada vez más la riqueza de toda la concepción marxista-leninista de la sociedad, de la naturaleza y de la historia, y cómo tiene una explicación para absolutamente todos los problemas que se pueda plantear la inteligencia humana, y cómo tiene una explicación satisfactoria, y cómo es

una doctrina viva, cómo no es un esquema muerto, cómo es un cuerpo de conocimientos que día a día se va enriqueciendo, cómo no solamente nos brinda a nosotros el caudal de conocimientos, de investigaciones, de descubrimientos que hicieron los grandes maestros, los que hicieron los grandes discípulos de esos primeros maestros del socialismo, el aporte que han realizado cientos de millones de hombres. [...]

[...] la extraordinaria ventaja del marxismo-leninismo: que ha ido acumulando conocimientos durante 100 años, al extremo de ser hoy una teoría revolucionaria que no admite rival, que posee una superioridad sobre todas cuantas cosas se han escrito, desde el Socialismo Utópico, desde todas aquellas concepciones puramente idealistas de la historia y de la sociedad, hasta las ideas de la burguesía, que son tan endeble ya, son tan inconsistentes, ¡qué jamás un burgués se podrá parar delante de un marxista-leninista a discutir! ¡Jamás un utopista, jamás un idealista –idealista en el sentido no del idealista que concibe un ideal real, posible, sino de idealistas de esos ilusos que no se basan en la realidad, sino que se basan en las ilusiones–, jamás un idealista filosófico de esos podrá discutir contra un marxista-leninista! La endebles de las ideas se hace cada día más evidente, y se hace cada día más patente en la lucha de las ideas. [...]

Todas esas medidas eran hechos que iban enseñando. Pero a pesar de que los hechos tienen un gran valor, y los hechos enseñan, y de ahí que se aprenda tanto en una revolución, porque los hechos van acompañando a la teoría, la teoría tiene, al mismo tiempo, un valor extraordinario. Es decir que nosotros teníamos la ventaja de los hechos, pero no teníamos la ventaja de la teoría. Hoy se juntan ya la teoría revolucionaria y los hechos revolucionarios [...].

[...]

Es muy importante que de las escuelas de marxismo-leninismo, o de las escuelas de instrucción revolucionaria, salga

cada alumno con una idea clara de lo que es el marxismo-leninismo. No con un conocimiento cabal y profundo, ese conocimiento lo irá adquiriendo a lo largo de años, ese conocimiento tenemos que irlo adquiriendo todos nosotros a lo largo de años. Es importante que por lo menos conozcan el abecé, es importante que por lo menos conozcan los principios fundamentales y salgan con una orientación, para que continúen en su trabajo de desarrollo intelectual revolucionario.

Es importante, sobre todo, que entiendan que el marxismo-leninismo no es una doctrina muerta, que no es un catecismo, que no es un esquemita, que llega y se le pone a cualquier problema; que no se trata de una serie de uniformes o de modelos de vestidos que se escogen para este caso o para el otro caso, si no que es un método, es una guía, es un instrumento que, precisamente, tiene que usarlo el revolucionario en la solución concreta de los problemas que se le presentan. Es una doctrina viva, que el individuo lo arma, lo prepara, lo capacita, lo lleva a resolver adecuadamente los problemas; de lo contrario, se vuelven revolucionarios dogmáticos, de lo contrario se vuelven cerebros muertos, y los cerebros tienen que ser cerebros vivos, para aplicar fórmulas vivas a cada problema concreto que tienen.

[...]

Es necesario que cada marxista-leninista comprenda que él puede contribuir al marxismo-leninismo con un átomo de su experiencia, que cada solución que él encuentre, cada experiencia que él adquiere, en la solución correcta de un problema, será una experiencia más con la cual enriquece al marxismo-leninismo, porque el marxismo-leninismo se ha enriquecido tanto precisamente por la experiencia de millones y millones de marxista-leninistas actuando en la realidad de la vida. Además, la idea que deber tener cada marxista-leninista de que los problemas son infinitos, de que los problemas son variados, y de que constantemente la

vida nos irá presentando delante nuevos problemas, nuevas tareas.

[...] ¿Qué nos hace ser más revolucionarios? ¿Qué nos hace sentirnos más revolucionarios? ¿Qué nos hace sentir más apasionadamente la Revolución? Sencillamente el conocimiento, cada vez más a fondo, de la Revolución; el conocimiento, cada vez más a fondo, de los problemas revolucionarios; el conocimiento, cada vez más a fondo, de la teoría revolucionaria; el conocimiento, cada vez más a fondo, de la doctrina revolucionaria. Porque aun cuando muchos problemas ya para nosotros han tenido una explicación cabal, todavía quedan muchos otros de los cuales ni siquiera nos hemos preocupado y sobre los cuales no tenemos una explicación cabal, y que, al contacto con los libros, en el estudio, vamos encontrando cada día más una explicación para cosas que muchas veces ni siquiera nos las habíamos planteado; pero que nos hace ver cada vez más la riqueza de toda la concepción marxista-leninista de la sociedad, de la naturaleza y de la historia, y cómo tiene una explicación para absolutamente todos los problemas que se pueda plantear la inteligencia humana, y cómo tiene una explicación satisfactoria, y cómo es una doctrina viva, cómo no es un esquema muerto, cómo es un cuerpo de conocimientos que día a día se va enriqueciendo, cómo no solamente nos brinda a nosotros el caudal de conocimientos, de investigaciones, de descubrimientos que hicieron los grandes maestros, los que hicieron los grandes discípulos de esos primeros maestros del socialismo, el aporte que han realizado cientos de millones de hombres. Porque aquella doctrina, aquella explicación que empezó siendo el fruto del esfuerzo de dos grandes maestros, dos grandes filósofos, dos grandes historiadores, dos grandes economistas, dos grandes sociólogos —que fueron Marx y Engels—, al que después se le sumó el gran caudal de conocimientos que aportó Lenin, después se le sumó el gran caudal de conocimientos de cientos de millones de seres

humanos que han ido trabajando en el socialismo y han ido adquiriendo una experiencia extraordinaria.

[...]

Discurso pronunciado en la concentración celebrada en la Plaza de la Revolución José Martí, para proclamar a Cuba Territorio Libre de Analfabetismo (22 de diciembre)

[...]

Hemos ganado una gran batalla, y hay que llamarlo así: batalla, porque la victoria contra el analfabetismo en nuestro país se ha logrado mediante una gran batalla, con todas las reglas de una gran batalla. Batalla que comenzaron los maestros, que prosiguieron los alfabetizadores populares, y que cobró extraordinario y decisivo impulso cuando nuestras masas juveniles, integradas en el ejército de alfabetización “Conrado Benítez”, se incorporaron a esa lucha. [...]



En la concentración en la Plaza de la Revolución José Martí, para proclamar a Cuba Territorio Libre de Analfabetismo (22 de diciembre de 1961).

1962

Discurso en la segunda asamblea nacional del pueblo de Cuba, celebrada en la Plaza de la Revolución en donde se da lectura a la Segunda declaración de La Habana (4 de febrero)

[...]

Desde luego que Cuba no estaría donde está, ni nuestra patria ocuparía el lugar que hoy ocupa en el concepto de los demás pueblos del mundo, si detrás de la patria, si detrás de la bandera soberana de la patria, si detrás de la Revolución no estuviera el pueblo, si detrás de esta Revolución no estuviera este pueblo (*Aplausos*). Y nuestra Revolución no habría llegado a ser lo que es hoy, y Cuba no sería abanderada de la libertad de América, si detrás de este hecho histórico de la Revolución no estuviese un pueblo digno de ese lugar de honor que hoy ocupa en los corazones de los 200 millones de hermanos de América Latina (*Aplausos*); si detrás de la patria soberana, si detrás de la patria soberana, si detrás de la bandera libre, si detrás de la Revolución redentora no hubiera un pueblo firme y heroico como este, la patria ni sería libre ni la bandera sería soberana, ni la Revolución marcharía adelante con la firmeza inquebrantable con que marcha.

[...]

Y es bueno que los imperialistas se vayan resignando a la idea de que eso tan terrible, de que eso que tanto temen, de que eso que les produce insomnio, que se llama revolución de los pueblos explotados por el imperialismo, eso, ¡vendrá también inexorablemente, por ley de la historia! (*Aplausos*.)

[...] Cuba duele de manera especial a los imperialistas. ¿Qué es lo que esconde tras el odio yanqui a la Revolución cubana? [...] Los une y los concita el miedo. Lo explica el miedo. No el miedo a la Revolución cubana; el miedo a la revolución latinoamericana (*Aplausos*). No el miedo a los obreros, campesinos, estudiantes,

intelectuales y sectores progresistas de las capas medias que han tomado revolucionariamente el poder en Cuba, sino el miedo a que los obreros, campesinos, estudiantes, intelectuales y sectores progresistas de las capas medias tomen revolucionariamente el poder en los pueblos oprimidos, hambrientos y explotados por los monopolios yankis y la oligarquía reaccionaria de América (*Aplausos*); el miedo a que los pueblos saqueados del continente arrebatasen las armas a sus opresoras y se declaren, como Cuba, pueblos libres de América (*Aplausos*).

[...]

Aplastando la Revolución cubana, creen disipar el miedo que los atormenta, el fantasma de la revolución que los amenaza. Liquidando a la Revolución cubana, creen liquidar el espíritu revolucionario de los pueblos. Pretenden, en su delirio, que Cuba es exportadora de revoluciones. [...]

En muchos países de América Latina la revolución es hoy inevitable. Ese hecho no lo determina la voluntad de nadie; está determinado por las espantosas condiciones de explotación en que vive el hombre americano, el desarrollo de la conciencia revolucionaria de las masas, la crisis mundial del imperialismo y el movimiento universal de lucha de los pueblos subyugados.

[...]

Y ante la realidad objetiva e históricamente inexorable de la revolución latinoamericana, ¿cuál es la actitud del imperialismo yanqui? Disponerse a librar una guerra colonial con los pueblos de América Latina; crear el aparato de fuerza, los pretextos políticos y los instrumentos seudolegales suscritos con los representantes de las oligarquías reaccionarias para reprimir a sangre y fuego la lucha de los pueblos latinoamericanos.

La intervención del gobierno de Estados Unidos en la política interna de los países de América Latina ha ido siendo cada vez más abierta y desenfadada.

[...]



Durante la Segunda Declaración de La Habana, en la Plaza de la Revolución José Martí (4 de febrero de 1962).

Cuba ha vivido tres años de Revolución bajo incesante hostigamiento de intervención yanqui en nuestros asuntos internos. Aviones piratas, procedentes de Estados Unidos, lanzando materias inflamables, han quemado millones de arrobas de caña; actos de sabotaje internacional perpetrados por agentes yankis, como la explosión del vapor La Coubre, han costado decenas de vidas cubanas; miles de armas norteamericanas de todo tipo han sido lanzadas en paracaídas por los servicios militares de Estados Unidos sobre nuestro territorio para promover la subversión; cientos de toneladas de materiales explosivos y máquinas infernales han sido desembarcados subrepticamente en nuestras costas por lanchas norteamericanas para promover el sabotaje y el terrorismo; un obrero cubano fue torturado en la base naval de Guantánamo y privado de la vida sin proceso previo ni explicación posterior alguna (*Abucheos*); nuestra cuota azucarera fue

suprimida abruptamente, y proclamado el embargo de piezas y materias primas para fábricas y maquinarias de construcción norteamericana para arruinar nuestra economía; barcos artillados y aviones de bombardeo, procedentes de bases preparadas por el gobierno de Estados Unidos, han atacado sorpresivamente puertos e instalaciones cubanas; tropas mercenarias, organizadas y entrenadas en países de América Central por el propio gobierno, han invadido en son de guerra nuestro territorio, escoltadas por barcos de la flota yanki y con apoyo aéreo desde bases exteriores, provocando la pérdida de numerosas vidas y la destrucción de bienes materiales; contrarrevolucionarios cubanos son instruidos en el ejército de Estados Unidos y nuevos planes de agresión se realizan contra Cuba. Todo eso ha estado ocurriendo durante tres años incesantemente, a la vista de todo el continente, y la OEA no se entera. Los cancilleres se reúnen en Punta del Este, y no amonestan siquiera al gobierno de Estados Unidos ni a los gobiernos que son cómplices materiales de esas agresiones. Expulsan a Cuba, el país latinoamericano víctima, el país agredido.

[...]

Frente a la acusación de que Cuba quiere exportar su revolución, respondemos: las revoluciones no se exportan, las hacen los pueblos (*Aplausos*). Lo que Cuba puede dar a los pueblos, y ha dado ya, es su ejemplo (*Aplausos*).

¿Y qué enseña la Revolución cubana? Que la revolución es posible, que los pueblos pueden hacerla (*Aplausos*), que en el mundo contemporáneo no hay fuerzas capaces de impedir el movimiento de liberación de los pueblos.

[...]

El deber de todo revolucionario es hacer la revolución (*Aplausos*). Se sabe que en América y en el mundo la revolución vencerá, pero no es de revolucionarios sentarse en la puerta de su casa para ver pasar el cadáver del imperialismo (*Aplausos*).

[...]

Discurso pronunciado en el acto de graduación de 300 instructoras revolucionarias para las escuelas de domésticas, en el teatro Chaplin (16 de marzo)

[...]

En la Revolución –y en todo, naturalmente– las ideas van evolucionando y las ideas se van desarrollando. Podemos tomar como ejemplo esta idea de cómo las ideas se desarrollan y de cómo la Revolución se desarrolla.

[...] Concebimos la Revolución como algo verdaderamente creador, como algo que no cese de crear un solo minuto, con un desarrollo incesante de las ideas, con una superación incesante de las ideas, en que cada día, cada mes, cada año, se haga más y se haga mejor. [...]

Y, ¿qué es la Revolución? ¿Es acaso una cosa fácil? ¿Es acaso una cosa sencilla? ¡No! La Revolución es uno de los fenómenos sociales más complejos y más difíciles. El cambio de una sociedad por otra es uno de los hechos más difíciles en la historia humana. Y en esa empresa difícil, contra muy poderosos enemigos, ha estado enfrascado y estará enfrascado, durante muchos años, nuestro pueblo. [...]

Nosotros tenemos muchas organizaciones de masa, muchas fuerzas, que son fuerzas de la Revolución, vitales de la Revolución y que, además, le prestan grandes servicios a la Revolución. Pero, sin embargo, en todas partes hay que luchar contra errores, en todas partes hay que luchar contra defectos, y a veces parece como si nos olvidáramos de luchar contra los errores y de luchar contra los defectos.

[...]

Revolución es ayudarse unos a otros, revolución es ayudarse todos a todos, revolución es comprenderse, revolución es comprender cada vez mejor cuáles son nuestras obligaciones para con los demás, para con la patria; revolución es comprender cada vez mejor los grandes ideales, los grandes

propósitos, las grandes metas que se ha propuesto nuestro pueblo. [...]

La fortaleza de la Revolución dependerá de nosotros mismos, el avance de la Revolución dependerá de nosotros mismos, las dificultades mayores o menores que tenga la Revolución dependerán de nadie más que de nosotros mismos. [...]

[...] Nadie tiene derecho a ser injusto con nadie, y nadie tiene derecho a cometer injusticias, abusos, atropellos, con nadie; y el que lo haga, es un equivocado; ¡el que lo hace es un enemigo de la Revolución, y jamás encontrará el apoyo ni encontrará la tolerancia de ningún hombre honesto de la Revolución! (*Aplausos.*)

[...]

Discurso pronunciado en el acto en que le fuera entregado el Premio Lenin de la Paz, en el teatro Chaplin (19 de marzo)

[...] ¡Las revoluciones no se importan, las revoluciones las hacen los pueblos; ¡las revoluciones no se inventan, las revoluciones las hacen los pueblos cuando existen las condiciones que engendran las revoluciones! [...]

Discurso pronunciado en el acto conmemorativo del Primero de Mayo, en la Plaza de la Revolución

[...] Grande, grande e histórica es, pues, esta lucha, trascendental es esta lucha, porque la Revolución proletaria, la Revolución socialista, el poder de los trabajadores a 90 millas del imperio yanqui es un reto al poder y a los recursos del imperio. Es uno de los retos más valientes y más gloriosos que un pueblo pueda lanzar a un enemigo poderoso.

[...]

Para hombres libres y por hombres libres se hacen las revoluciones; por hombres que no quisieron seguir explotados

y para hombres que no serán jamás de nuevo explotados, se hacen las revoluciones.

[...]

Discurso pronunciado en la Plenaria Nacional Azucarera, celebrada en la provincia de Camagüey (14 de mayo)

[...] ¡No hay nada que enseñe tanto como una revolución: es un libro abierto, cuyas páginas se voltean incesantemente, enseñando cada vez algo nuevo de la vida, de la revolución, enseñándonos cada vez mejor qué son las revoluciones, ¡cuáles son sus obstáculos, cuáles son las dificultades, cuáles son las luchas a librar, qué esfuerzo debemos hacer, qué métodos debemos emplear! Y eso nos lo enseña incesantemente la Revolución.

[...]

Discurso en el Centro Vocacional para Maestros Sierra Maestra, en Minas del Frío, (17 de junio)

[...]

Para una Revolución que aspira a cambiar radicalmente la vida de un país y a construir una sociedad nueva, ¿qué es lo más importante? El maestro, compañeras y compañeros; el maestro es lo más importante en una Revolución.

[...]

Discurso pronunciado en el acto de coronación de la estrella de la Universidad de Oriente, celebrado en la propia Universidad (24 de julio)

[...] la Revolución no es una lucha por el presente, la Revolución es una lucha por el futuro; la Revolución tiene siempre su vista puesta en el porvenir y la patria en que pensamos, la sociedad que concebimos como sociedad justa y digna de los hombres, es la patria del mañana; la sociedad que empezamos a construir hoy y que edificaremos piedra a piedra. Como vemos así

las cosas es que pensamos que nuestra tarea más importante está en la educación.

[...] la más importante tarea de una revolución es educar, y la función más importante de una sociedad es la función del maestro, sin la cual todo lo demás sería inútil.

[...] la Revolución es una lucha contra hábitos, costumbres, vicios y mentalidad del pasado.

[...]

Discurso pronunciado en la clausura del Primer Congreso Nacional de la Unión de Estudiantes Secundarios (10 de agosto)

[...] La Revolución despoja de la mente de los jóvenes toda aquella hojarasca de la sociedad burguesa, todas aquellas vanidades, todos aquellos prejuicios, todos aquellos absurdos, e inculca en el ánimo de los jóvenes sentimientos generosos, sentimientos nobles, sentimientos dignos.

[...] lo que define la pureza de una revolución, la hermosura de una revolución y el atractivo de una revolución, el brillo como de sol de una revolución, es la actitud de los jóvenes ante las revoluciones [...].

Discurso pronunciado en la clausura del Tercer Congreso Nacional de Consejos Municipales de Educación, en el teatro Chaplin (10 de septiembre)

[...]

La revolución no es cuestión de días, ni de meses; la revolución no es cuestión de años. La revolución es un proceso largo, y los frutos de una revolución no se han de ver por eso ni en un día, ni en un mes, ni en algunos años.

[...] la Revolución eleva el papel del maestro, la función del maestro. Naturalmente, trata de elevar también las condiciones subjetivas del magisterio, la conciencia revolucionaria del magisterio [...].

[...] en este mismo sector de la educación, si nos preguntamos qué es lo que la Revolución hace, qué es lo que la Revolución está haciendo, ya puede perfilarse una gran obra, una extraordinaria obra revolucionaria que no tiene precedentes en nuestra patria, y que no tiene tampoco precedentes en ningún país de América [...].

[...] Y esta obra de la Revolución –como toda la obra revolucionaria que nosotros podemos proclamar con verdadera satisfacción– ha tenido que realizarse en condiciones difíciles, en medio de un proceso revolucionario, en medio de las agresiones, de la hostilidad, de la acción de los elementos reaccionarios, de los elementos retrógrados y de la acción del imperialismo.

[...]

1963

Discurso pronunciado ante los miembros del Partido Unido de la Revolución Socialista de las provincias de Pinar del Río, La Habana y Matanzas (22 de febrero)

[...]

Y si cualquier revolución en cualquier época de la historia podría calificarse como de una tarea difícil, la más difícil de todas las revoluciones, puesto que es la más radical y la más profunda en la historia de la humanidad, es la Revolución socialista (*Aplausos*).

La Revolución socialista tiene alcances mucho más amplios que ninguna de las revoluciones anteriores en la historia de la humanidad, porque es precisamente con la Revolución socialista que las clases sociales, la diferenciación entre explotadores y explotados desaparece por primera vez desde que surgió también un día en la historia de la humanidad.

[...]

Discurso en la clausura del acto para conmemorar el vi aniversario del asalto al Palacio Presidencial (13 de marzo)

[...]

En las revoluciones las ideas tienen mucha importancia, porque luchan las clases y luchan las ideas de las clases. Y los reaccionarios tratan de atraer a sus ideas el mayor número de personas posible; aprovechan, se valen de la influencia de las viejas ideas en las personas. [...]

[...] hay que pensar sobre todo en el futuro, mirar hacia el futuro. Nosotros a veces nos preguntamos cuál será la visión panorámica de nuestros jóvenes [...].

¿Es que acaso tendrán los jóvenes el sentimiento de que aquella lucha concluyó? ¿Es que acaso tendrán el sentimiento de que las páginas más brillantes fueron ya escritas? ¿De que lo más heroico y lo más meritorio ha sido ya realizado, y que no habrá para nuestros jóvenes el escenario, el combate donde probar su espíritu, donde probar sus cualidades de revolucionarios y de patriotas? A veces nos preguntamos esto. Y, sin embargo, quien creyera que ya está escrita la historia, quien creyera que no quedan por delante muchas páginas brillantes por escribir, estaría equivocado. Porque quedan por delante de todos, y sobre todo quedan por delante de ustedes, muchas páginas que escribir todavía, mucho que luchar todavía, mucho que hacer todavía y mucho que crear todavía.

[...]

A los miembros del Partido Unido de la Revolución Socialista de Matanzas (30 de marzo)

[...] los revolucionarios debemos saber qué es la Revolución. Tener una idea de sus causas y de su trayectoria; y, sobre todo, los revolucionarios debemos recordar que la Revolución es obra del propio pueblo. Y que este pueblo de ahora, este pueblo aquí reunido, no está en la misma situación, ni mira la vida de la

misma manera como la miraba ayer. Y cada uno de los hombres y mujeres, mayores o menores, como individuos, como ciudadanos, tiene acerca de sí mismo, de sus derechos a la vida, un concepto y una manera de ver las cosas muy diferentes de ayer.

[...]

Discurso en la Universidad Lomonosov de Moscú, donde se le hizo entrega del Diploma de Doctor Honoris Causa (21 de mayo)

[...] Revolución tan extraordinariamente hermosa, como las propias revoluciones sociales que llevaron al poder a los obreros, a los campesinos y que comenzaron el camino, el grande y glorioso camino. Por eso serán siempre inmortales, por eso siempre los jóvenes deberán mirar hacia Marx, hacia Engels, hacia Lenin [...].

Discurso en el acto celebrado en el Estadio Lenin de Moscú (23 de mayo)

[...]

Claro que las revoluciones no tienen lugar en un laboratorio: son obras de las masas en la realidad viva de la historia, en condiciones difíciles y de encarnizada lucha de clases.

[...]

Comparecencia para informar al pueblo sobre varios tópicos de interés general, entre ellos la situación después del paso del huracán Flora (21 de octubre)

[...] Una revolución tiene unas fuerzas muy superiores a los fenómenos y a los cataclismos naturales que hay. Una revolución es un cataclismo social; también es el pueblo desbordado una revolución, que lo inunda todo, lo invade todo y también es capaz de arrasar todo lo que se le ponga delante y todos los obstáculos que se le pongan delante. Eso es una revolución. [...]

Discurso pronunciado en la concentración celebrada frente a Palacio, con motivo de la aprobación de dos proyectos de ley sobre el aumento de precios de algunos artículos y la expropiación de los bultos postales (31 de octubre)

[...] Eso es un símbolo de lo que entraña la Revolución, así es la Revolución, eso retrata la Revolución, y eso nos hace sentir la emoción de ser revolucionarios, porque no hay nada más hermoso que la Revolución, no hay nada más humano que la Revolución (Aplausos), no hay nada más generoso que la Revolución, no hay mejor escuela que la Revolución, no hay mejor universidad que la Revolución.

[...]

1964

Discurso pronunciado en la Plenaria Nacional Azucarera convocada por el Sindicato Nacional de Trabajadores de la Industria Azucarera (SNTIA) y el Ministerio del Azúcar (MINAZ) (10 de octubre)

[...]

¡Qué triunfo de la cultura, qué maravilloso triunfo del pensamiento, qué prometedor porvenir para nuestro país! ¡Porque un país tiene porvenir en la misma medida en que su pueblo trabajador sea capaz, en la misma medida en que los conocimientos de la técnica y de la ciencia estén al alcance de los trabajadores! [...]

Discurso pronunciado en el acto de fin de curso del Instituto Tecnológico de la Caña Álvaro Reynoso, Ateneo de Matanzas (13 de noviembre)

[...] somos partidarios de que a la juventud se le eduque bien, se le enseñe bien, se le organice bien, se le capacite

bien, se le forje bien. Y quizás la Revolución no tenga ninguna otra cosa más importante que esa: que preparar a las nuevas generaciones para una vida superior, para una vida mejor, para una vida distinta. [...]

1965

Discurso pronunciado en la concentración conmemorativa del sexto Aniversario de la Revolución, en la Plaza de la Revolución (2 de enero)

[...] una Revolución no se hace solo con palabras, una Revolución no se hace solo con teorías, una Revolución se hace con trabajo, con trabajo en los campos, con trabajo en las fábricas. [...]

Discurso en la clausura de la Tercera Plenaria Nacional de la Federación de Mujeres Cubanas en Isla de Pinos (19 de febrero)

[...] con la Revolución ha ido desapareciendo una de las formas de discriminación más injusta que había: la discriminación de la mujer, esa de la cual no se hablaba pero que estaba latente, subsistía y pesaba de una manera tremenda sobre la mujer en nuestro país. [...]

Discurso pronunciado en el acto de conmemoración de la victoria de Playa Girón, en el teatro Chaplin (19 de abril)

[...] nuestra Revolución culminó la obra de nuestros libertadores, y nuestra Revolución barrió todos los símbolos falsos, barrió todas las falsas fechas, y reivindicó todas las verdaderas y dignas fechas históricas de nuestra patria.

[...]

Palabras en el acto de presentación del Comité Central del Partido Comunista de Cuba en La Habana (3 de octubre)

[...]

No es fácil, en las complejidades de los problemas actuales y del mundo actual, mantener esa línea, mantener ese inflexible criterio, mantener esa inflexible independencia. ¡Pero nosotros la mantendremos! Esta Revolución no se importó de ninguna parte, es un producto genuino de este país, ¡nadie nos dijo cómo teníamos que hacerla, y la hemos hecho!; ¡nadie nos tendrá que decir cómo la seguiremos haciendo, y la seguiremos haciendo! ¡Hemos aprendido a escribir la historia, y la continuaremos escribiendo! Eso que no lo dude nadie.

[...]

Discurso pronunciado en el acto de inauguración del hospital Lenin en la Ciudad de Holguín, Oriente, en ocasión del XLVIII aniversario de la Revolución de Octubre (7 de noviembre)

[...]

Y no habrá sociedad más libre, no habrá sociedad superior, no habrá sociedad más justa, no habrá sociedad más humana, no habrá sociedad más feliz. Ese es el camino que la Revolución traza, ese es el objetivo que la Revolución busca; y lo busca con tesón, con fe, con esfuerzo, con trabajo, con sacrificio, sin demagogia, sin falsas promesas. [...]

1966

Discurso pronunciado en la clausura del encuentro nacional de monitores (17 de septiembre)

[...] En la Revolución el hombre, colectivamente, busca algo nuevo; el ser humano busca un camino nuevo, una vida nueva. En la Revolución el ser humano, colectivamente, satisface su

necesidad de progresar, de avanzar, de crear, de buscar formas superiores, de vida, de hacer más perfecta la vida del hombre. Esa es la Revolución, ese es el esfuerzo colectivo de una revolución.

[...]

1967

Discurso pronunciado en el desfile militar y concentración en la Plaza de la Revolución, con motivo del VIII Aniversario de la Revolución (2 de enero de 1967)

[...] Tenemos que revolucionar nuestros hábitos, tenemos que ser permanentemente revolucionarios y tenemos que ser revolucionarios dentro de la Revolución; tenemos que superarnos en todo constantemente.

[...]

Discurso pronunciado en la conmemoración del x aniversario del asalto al Palacio Presidencial, en la Escalinata de la Universidad de La Habana (13 de marzo)

[...] Esta Revolución seguirá su camino, esta Revolución seguirá su línea propia, esta Revolución no será jamás satélite de nadie, incondicional de nadie, ni pedirá jamás permiso a nadie para mantener su postura, en lo ideológico, en lo interno y en lo externo; y con la frente en alto, y el corazón en medio del pecho, este pueblo está dispuesto a afrontar el porvenir, sea cual sea el porvenir. [...]

Discurso pronunciado en la conmemoración del VII aniversario de la fundación de los Comité de Defensa de la Revolución (CDR), en la Plaza de la Revolución (28 de septiembre)

[...]

La Revolución tiene derecho a aspirar a desarrollar en el pueblo las actividades productivas, la Revolución tiene el

derecho y la obligación a pensar en un futuro, o en una futura sociedad, donde todos los que puedan trabajar trabajen, donde todos los que tengan juventud, salud y edad suficiente para trabajar trabajen.

[...]

Discurso pronunciado en la velada solemne en memoria del comandante Ernesto Che Guevara, en la Plaza de la Revolución (18 de octubre)

[...] Che reunía como revolucionario las virtudes que pueden definirse como la más cabal expresión de las virtudes de un revolucionario: hombre íntegro a carta cabal, hombre de honradez suprema, de sinceridad absoluta, hombre de vida estoica y espartana, hombre a quien prácticamente en su conducta no se le puede encontrar una sola mancha. Constituyó por sus virtudes lo que puede llamarse un verdadero modelo de revolucionario. [...]

[...] Che reunía, en su extraordinaria personalidad, virtudes que rara vez aparecen juntas. El descolló como hombre de acción insuperable, pero Che no solo era un hombre de acción insuperable: Che era un hombre de pensamiento profundo, de inteligencia visionaria, un hombre de profunda cultura. Es decir que reunía en su persona al hombre de ideas y al hombre de acción.

[...]

Como revolucionario, como revolucionario comunista, verdaderamente comunista, tenía una infinita fe en los valores morales, tenía una infinita fe en la conciencia de los hombres. Y debemos decir que en su concepción vio con absoluta claridad en los resortes morales la palanca fundamental de la construcción del comunismo en la sociedad humana. [...]

[...] los escritos del Che, el pensamiento político y revolucionario del Che tendrán un valor permanente en el proceso revolucionario cubano y en el proceso revolucionario en Amé-

rica Latina. Y no dudamos que el valor de sus ideas, de sus ideas tanto como hombre de acción, como hombre de pensamiento, como hombre de acrisoladas virtudes morales, como hombre de insuperable sensibilidad humana, como hombre de conducta intachable, tienen y tendrán un valor universal.

[...]

1968

Discurso pronunciado en la clausura del Congreso Cultural de La Habana, en el teatro Chaplin (12 de enero)

[...]

En el curso de estos años de revolución hemos aprendido mucho, y entre otras cosas hemos aprendido a distinguir entre lo verdadero y lo falso, entre una actitud revolucionaria y una consigna revolucionaria, entre las palabras y los hechos, entre los dogmas y las realidades.

[...] los que nos consideramos marxista-leninistas, estamos en la obligación de analizar estos fenómenos nuevos. Porque no puede haber nada más antimarxista que el dogma (*Aplausos*), no puede haber nada más antimarxista que la petrificación de las ideas. Y hay ideas que incluso se esgrimen en nombre del marxismo que parecen verdaderos fósiles (*Aplausos*).

Tuvo el marxismo a geniales pensadores: Carlos Marx, Federico Engels, Lenin, para hablar de sus principales fundadores. Pero necesita el marxismo desarrollarse, salir de cierto anquilosamiento, interpretar con sentido objetivo y científico las realidades de hoy, comportarse como una fuerza revolucionaria y no como una iglesia seudorrevolucionaria (*Aplausos*).

[...]

Esperamos, desde luego, que por afirmar estas cosas no se nos aplique el procedimiento de la “Excomuniación” (*Risas*) y, desde luego, tampoco el de la “Santa Inquisición”; pero

ciertamente debemos meditar, debemos actuar con un sentido más dialéctico, es decir, con un sentido más revolucionario.

[...]

Discurso pronunciado como resumen de los actos conmemorativos del x aniversario de la huelga del 9 de abril

[...] con todos los elementos de juicio que poseemos, con la experiencia que nos da el haber vivido estos años junto al pueblo, es por lo que podemos decir: el año de 1959 fue el triunfo de la rebelión, pero el año de 1968 —si estimamos que revolución es un problema de conciencia, un problema de ideas, si el triunfo de la revolución es el momento en que un pueblo entero toma conciencia profunda de sus deberes históricos, de sus obligaciones más sagradas, de su misión en el mundo—, el año de 1968 fue el triunfo de la Revolución; triunfo que en estos días de Girón, en estos días de recordación heroica alcanza su más alta expresión, como el más honesto, el más valioso tributo, no de palabras sino de hechos, no de forma sino de contenido, de sentimiento, de respeto a los caídos: a los caídos desde aquel glorioso 10 de octubre de 1868 en que se inicia la lucha por nuestra independencia; a los caídos en aquellas etapas tristes de nuestra república colonizada en que valerosos revolucionarios, en las luchas contra los gobiernos corrompidos y tiránicos, dieron sus vidas; a los caídos en los combates guerrilleros; a los caídos el 9 de abril; a los caídos en las montañas del Escambray; a los caídos en Girón; a los caídos en solidaridad con el movimiento revolucionario en otras partes del mundo. [...]

Discurso pronunciado en la concentración en conmemoración del xv aniversario del ataque al Cuartel Moncada, en la Plaza de la Revolución de Santa Clara (26 de julio)

[...] la gran tarea de la Revolución es esencialmente la tarea de formar el hombre nuevo de que aquí se habló, el hombre nuevo

de que habló el Che, el hombre de conciencia verdaderamente revolucionaria, el hombre de conciencia verdaderamente socialista, el hombre de conciencia verdaderamente comunista. [...]

1969

Discurso a los soldados y oficiales de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) que tomaran parte en la zafra de los 10 millones (4 de noviembre)

[...]

Con la Revolución se adquirió la conciencia, se adquirió el entusiasmo. Pero entusiasmo solo no resuelve el problema, conciencia solo no resuelve el problema, aunque es fundamental. Para crear hábitos de trabajo, hábitos de organización, precisión incluso, se requiere una cultura, se requiere un nivel de cultura que no lo tenía nuestro pueblo. [...]

1970

Discurso en la velada solemne en conmemoración del centenario del natalicio de Vladimir Ilich Lenin (22 de abril)

[...] Porque Lenin fue desde el primer instante no solo un teórico de la política, un filósofo de la política, sino un hombre de acción, un hombre de práctica revolucionaria constante e incesante [...].

[...] Y es que Lenin fue un infatigable investigador, un incansable trabajador. Y puede decirse que desde que tuvo conciencia política no descansó un solo instante a lo largo de su vida, no descansó un solo instante de investigar, de estudiar y de trabajar en el camino de la revolución.

[...]

Hay que decir que el pensamiento de Lenin ha tenido una gran influencia en el proceso revolucionario cubano. Que las ideas de Lenin, a raíz de la Revolución de Octubre,

se divulgaron ampliamente por el mundo, y que en nuestro país encontraron una tierra fecunda, encontraron seguidores que se inspiraron en ese pensamiento. Y que ya en el proceso revolucionario de lucha de 1930, 1933, los revolucionarios cubanos estuvieron profundamente influidos por el pensamiento de Lenin.

[...] Y no podía decirse que el Movimiento 26 de Julio era un movimiento comunista. Lo que sí podía decirse es que un grupo de los que habíamos organizado aquel movimiento estábamos fuertemente impregnados del pensamiento marxista-leninista (*Aplausos*).

[...] de las obras de Lenin nosotros sacamos conclusiones que fueron decisivas –desde luego, cuando hablo del leninismo hablo del marxismo, de las ideas esenciales de Marx desarrolladas por Lenin–, y una muy específicamente de Lenin, que fue *El Estado y la Revolución*, que nos esclareció tantos conceptos, que nos dio tanta luz a la hora de elaborar la estrategia revolucionaria, la lucha por la conquista del poder revolucionario, y que tan decisiva fue para poder elaborar esa estrategia.

[...]

La teoría de Marx nunca fue un esquema: fue una concepción, fue un método, fue una interpretación, fue una ciencia. Y la ciencia se aplica a cada caso concreto. Y no hay dos casos concretos exactamente iguales.

Y en nuestro país también se daban condiciones peculiares, y las ideas marxistas también tenían una plena aplicación en nuestro país.

Hay que decir que el desarrollo del pensamiento revolucionario estuvo influido fuertemente por las tradiciones de nuestro país, fuertemente por la historia de nuestro país, por las luchas emancipadoras de nuestro país. Y puede decirse que la concepción que inspiró la estrategia revolucionaria que dio lugar al triunfo en 1959 fue precisamente la unión, la hibrida-

ción de una tradición, de una experiencia peculiar de nuestro país con las ideas esenciales del marxismo y del leninismo.

[...] Llamemos al hombre que es inconforme con la sociedad en que vive, con la injusticia que prevalece por doquier, que quiere cambiar, que tiene el instinto, la vocación del luchador, el instinto, la vocación del revolucionario... Porque, ¿cuándo se llega a ser revolucionario? Se empieza siendo revolucionario un día y no se termina nunca de ser revolucionario. Porque cada día se enriquecen los conocimientos, las ideas, el espíritu; y nadie puede decir que era ayer más revolucionario que hoy ni que mañana sea menos revolucionario que hoy.

[...]

Pero volvamos a la idea de que sin la Revolución de Octubre de 1917 no habría podido constituirse Cuba en el primer país socialista de América Latina (*Aplausos*).

[...]

Por si algunos todavía no entienden. ¡Y nosotros no somos liberales burgueses: somos marxista-leninistas y somos antiliberales! (*Aplausos*).

Para nosotros toda la filosofía burguesa y todas las ideas liberales burguesas constituyen algo así como una vieja superstición, hace tiempo pasada de moda.

[...]

1971

Acto homenaje a los atletas de la delegación deportiva cubana que asistió a los VI Juegos Panamericanos de Cali, Colombia (14 de agosto)

[...] la Revolución, es el instrumento de la educación, de la cultura, del deporte, de los valores humanos, de los valores espirituales. ¡Es el instrumento del hombre! [...]

Conversación con estudiantes universitarios en la Universidad de Chile, en Antofagasta (12 de noviembre)

[...] En nuestro país la fuerza de la Revolución está en la unidad, ¡la fuerza de la Revolución está en la unidad! [...] Pero creemos que hay que tener conciencia muy clara de la importancia que tiene la unidad de la fuerza revolucionaria. [...]

Discurso pronunciado en la concentración realizada en la plaza Prat, en Iquique, Chile (16 de noviembre)

[...]

Revolución significa que el pueblo tiene, por primera vez, la oportunidad de trabajar para su futuro; revolución significa que cada cosa que se haga, se hace o se desee hacer, es para beneficio del pueblo. [...]

La revolución aspira a convertir las sociedades humanas en verdaderas sociedades humanas. [...]

Pero la Revolución no son sólo los sentimientos nacionales. En nuestra patria se levantan los valores nacionales, la cultura nacional. Revolución quiere decir que los sentimientos que se sienten hacia cada cubano son capaces de transmitirse también hacia afuera, hacia los demás pueblos revolucionarios, hacia los demás pueblos, y, en primer término, a nuestros pueblos hermanos.

[...]

Discurso pronunciado en el estadio regional de Concepción, Chile (17 de noviembre)

[...]

¿Qué es la revolución? ¿De dónde nace la revolución sino de la explotación, de la injusticia, que engendran la pobreza, la miseria y la ignorancia? Una revolución es precisamente una lucha contra esas injusticias, contra esa explotación. [...]



Conversa con el presidente Salvador Allende en su residencia (10 de noviembre de 1971).

Discurso pronunciado a los obreros de la Fundición Huachipato, Concepción, Chile, (17 de noviembre)

[...] cuando nosotros hablamos de revolución, cuando hablamos de independencia, cuando hablamos de patriotismo, no solo nos referimos a la cuestión elemental de la justicia social, porque ya el hombre ha ganado suficiente conciencia como para saber que la explotación del hombre por el hombre tiene que acabarse. Nos referimos incluso a la posibilidad de que una nación pueda vivir. [...]

Conversación con los estudiantes de la Universidad de Concepción, Chile (18 de noviembre)

[...] miren, vamos a ponernos de acuerdo. Porque también cuando triunfa la Revolución bolchevique, en tal fecha llaman el triunfo de la Revolución bolchevique, y el triunfo de la Revolución francesa, y el triunfo de tal y más cual. Y para que nos entendieran, dijimos: el triunfo de la Revolución. Pero el primero de enero no había triunfado la Revolución. Se había abierto un

camino, se había creado una posibilidad, se iniciaba un proceso. Eso es lo que ocurría en nuestro país el primero de enero.

[...] La Revolución tiene distintas fases. Nuestro programa en la lucha contra Batista no era un programa socialista ni podía ser un programa socialista, realmente. Porque los objetivos inmediatos de nuestra lucha no eran todavía, ni podían ser, objetivos socialistas. Habrían rebasado el nivel de conciencia política de la sociedad cubana en aquella fase; habrían rebasado el nivel de las posibilidades de nuestro pueblo en aquella fase.

Nuestro programa cuando el Moncada no era un programa socialista. Pero era el máximo de programa social y plantearse.

Ahora, un camino de la Revolución significa precisamente el propósito de ir aprovechando cada coyuntura y cada posibilidad de avanzar. Algunos de los impugnadores de la Revolución cubana decían que había sido engañada. Nosotros les explicábamos que un revolucionario verdadero siempre busca el máximo de cambio social. Pero buscar el máximo de cambio social no significa que en cualquier instante se pueda proponer ese máximo, sino que en determinado momento –y en consideración al nivel de desarrollo de la conciencia y de las correlaciones de fuerzas– se puede proponer un objetivo determinado. Y una vez logrado ese objetivo proponerse otro objetivo más hacia adelante.

[...] la revolución es el arte de aglutinar fuerzas para librar las batallas decisivas contra el imperialismo. Ninguna revolución, ningún proceso se puede dar el lujo de excluir a ninguna fuerza, de menospreciar a ninguna fuerza: ninguna revolución se puede dar el lujo de excluir la palabra sumar [...].

Discurso pronunciado en la concentración celebrada en Playa Blanca, Concepción, Chile (18 de noviembre)

[...] Revolución no significa ser rico mañana, ni ser rico pasado mañana, ni ser rico el año que viene. Porque lo que se dejó de

hacer en decenas de años, los pueblos, por mucho que quieran, no lo pueden hacer en un día ni en un año. [...]

Discurso pronunciado en el Estadio de Rancagua, Chile (24 de noviembre)

[...]

La Revolución realiza una tarea ennoblecedora del hombre, dignificadora del hombre y sus mejores valores. Es precisamente la Revolución, la Revolución que busca una sociedad justa, un modo de vida superior, una sociedad más elevada, la que pone en sus niveles más altos los valores patrióticos y los valores humanos. El derecho del hombre a adquirir una cultura, a una escuela, a trabajar, a vivir. El derecho del hombre a la verdadera felicidad. [...]

Discurso pronunciado en el acto de despedida que le brindó el pueblo de Chile (2 de diciembre)

[...]

¡El arma del revolucionario es la verdad! ¡El arma del revolucionario es la razón! ¡El arma del revolucionario es la idea! ¡El arma del revolucionario es el pensamiento! ¡El arma del revolucionario es la conciencia! ¡El arma del revolucionario es la cultura! ¡El arma del revolucionario contemporáneo es la interpretación correcta de las leyes científicas que rigen la marcha de la sociedad humana!

[...]

1972

Discurso pronunciado en el desfile y concentración obrera en conmemoración del Primero de Mayo

[...]

La Revolución es sólida. La Revolución es fuerte. La Revolución no es la obra de un día ni de un año; es obra para siempre en

lo adelante. Es una obra eterna, en la cual el actor fundamental es el pueblo, los trabajadores. [...]

Discurso pronunciado en la población de Faranah, Guinea (4 de mayo)

[...] nadie piense que el camino es fácil; ningún camino es fácil. El camino es largo, el camino es difícil, el camino es duro; se requiere ir aprovechando los errores, se requiere la crítica, la autocrítica, el reconocimiento honrado de cualquier error, para rectificar, para invertir mejor los recursos. Porque nosotros hemos pasado esas experiencias de los errores, de los fallos, y una revolución es una incesante lucha contra las deficiencias y contra los errores. [...]

Discurso pronunciado en el acto con los estudiantes universitarios en la Ciudad Académica de Cracovia (8 de junio)

[...] Pienso en los problemas que tendrá el mundo en las próximas décadas, problemas que tendrán que ser resueltos en primer término por la revolución, problemas que tendrán que ser resueltos por la ciencia y por la técnica. Con la revolución solo no se resuelven todos los problemas, por la revolución se comienza. Se resuelven con el desarrollo técnico, con el desarrollo de las fuerzas productivas, con el desarrollo de la capacidad de las masas. Pero para lograr eso es preciso la revolución.

[...]

1973

Discurso pronunciado en el acto central en conmemoración del xx aniversario del asalto al Cuartel Moncada, en Santiago de Cuba (26 de julio)

[...]

Lo que la Revolución significó desde el primer instante para el decoro del hombre, lo que significó en el orden moral fue tanto o más que lo que significaron los beneficios materiales.

[...]

1974

Asamblea de Balance del Partido Comunista de Cuba (PCC) en La Habana (20 de marzo)

[...] Este partido es fruto de la Revolución misma. La Revolución trajo al mundo al partido, y ahora el partido lleva adelante la Revolución. El partido es un vehículo por excelencia y la garantía de su continuidad histórica. Este partido nació de dos factores esenciales, fundamentales, invalorable: la unión de todos los revolucionarios [...] y una doctrina científica, una filosofía político-revolucionaria: el marxismo-leninismo. De la unión y de la idea, de la unidad y la doctrina, en el crisol de un proceso revolucionario, se ha formado este partido. Y por esas dos cosas tendremos que velar siempre: por la unidad y por la doctrina, porque son nuestros pilares fundamentales. [...]

Discurso pronunciado en el acto celebrado por el aniversario de la muerte del líder campesino Niceto Pérez (17 de mayo)

[...] Fue la Ley de Reforma Agraria precisamente lo que definió a la Revolución cubana.

[...]

Discurso pronunciado en el campamento de pioneros del Parque Lenin, con motivo de la celebración del día de los niños, en La Habana (6 de julio)

[...]

Para eso se hizo la Revolución. Y para eso hay que seguir haciendo la Revolución. Para que nuestro país prospere cada

vez más. Para que tengamos cada día más escuelas, más hospitales, más libros, más viviendas, más fábricas, más caminos, más transporte, más salud, más educación, más cultura.

[...]

Discurso pronunciado en el acto de clausura del II congreso de la Federación de Mujeres Cubanas, teatro Lázaro Peña (29 de noviembre)

[...] Pero ahora, en esta etapa actual de la Revolución, la mujer tiene una tarea fundamental, una batalla histórica que librar [...] ¡La lucha por la igualdad de la mujer! (*Aplausos.*) ¡La lucha por la integración plena de la mujer cubana a la sociedad!

[...]



Junto a Vilma Espín y Angela Davis en el II congreso de la Federación de Mujeres Cubanas (FMC) efectuado en el teatro Lázaro Peña (29 de noviembre de 1974).



Fidel y Vilma Espín en el acto de clausura del II Congreso de la Federación de Mujeres Cubanas (Liborio Noval, 29 de noviembre de 1974)

La Revolución tiene en las mujeres cubanas hoy día un verdadero ejército (*Aplausos*) una impresionante fuerza política (*Aplausos*). Y por eso decimos que la Revolución es sencillamente invencible (*Aplausos*). Porque cuando la mujer adquiere ese nivel de cultura política y de militancia revolucionaria, quiere decir que el país ha dado un salto político muy grande, que nuestro pueblo se ha superado extraordinariamente, que la marcha de nuestra patria hacia el futuro no la puede ya detener nadie. [...]

1975

Discurso en el acto de masas con motivo de la clausura del Primer Congreso del PCC (22 de diciembre)

[...] estamos haciendo una profunda revolución que hace desaparecer en todos los sentidos las diferencias entre los hombres, una revolución que nos hace cada vez más iguales, que nos brinda el acceso a los conocimientos y a la cultura, y nos brinda, sobre todo, el acceso a una ideología revolucionaria. [...]

1976

Discurso pronunciado en el acto central por el xv aniversario de la victoria de Girón y la proclamación socialista de nuestra Revolución, celebrado en el teatro Karl Marx (19 de abril)

[...]

No hay obra humana perfecta y tampoco lo son, por supuesto, las revoluciones, que las hacen los hombres con sus limitaciones e imperfecciones. La marcha de la humanidad hacia el futuro debe necesariamente conocer experiencias dolorosas, pero ese futuro pertenece a los principios, a la solidaridad revolucionaria entre los pueblos, al socialismo, al marxismo-leninismo y al internacionalismo.

[...]

No cambiaremos la primogenitura revolucionaria, que nos da el hecho de ser la primera revolución socialista en el hemisferio occidental, por un plato de lentejas (*Aplausos*). También como los cristianos, podemos decir, que no solo de pan vive el hombre.

[...]

Discurso pronunciado en el acto central conmemorativo del xv aniversario del Ministerio del Interior, celebrado en el teatro Karl Marx (6 de junio)

[...] Nuestra Revolución no solo triunfó, nuestra Revolución no solo fue capaz de consolidarse, sino que fue también capaz de ayudar al triunfo y la consolidación de la revolución en otros pueblos. A esta noble y hermosa tarea revolucionaria se ha consagrado una generación de cubanos. [...]

Discurso pronunciado en la sesión solemne de constitución de la Asamblea Nacional del Poder Popular, en el teatro Karl Marx (2 de diciembre)

[...] Nuestra Revolución nació así de una pequeña semilla que hoy se ha convertido en gigantesco árbol; es sueño secular de

ayer transformado en hermosa realidad de hoy, voluntad de pueblo convertida ya en un pedazo irreversible de la historia.

[...]

No hay aquí, como en el mundo burgués, diferencias entre militares y civiles, blancos y negros, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, porque todos disfrutamos de iguales deberes y derechos. No hay tampoco, por fortuna, diferencias entre ricos y pobres, explotadores y explotados, poderosos y humildes, porque la Revolución liquidó el poder político de los burgueses y terratenientes para forjar el Estado de los trabajadores. [...]

1977

Conclusiones en el segundo periodo ordinario de sesiones de la Asamblea Nacional del Poder Popular, en el teatro Karl Marx (24 de diciembre)

[...]

No es poco lo que ha hecho nuestra Revolución. Creemos que la Revolución ha hecho cosas extraordinarias y hemos logrado increíbles avances, la cuestión es saber y tener la convicción en este momento, no en este momento de nuestra Revolución; sino en este momento del mundo, de cuáles son las tareas de nuestra Revolución.

[...]

1979

Discurso en la sesión solemne con motivo del xx Aniversario del Triunfo de la Revolución, en el teatro Karl Marx (1.º de enero)

[...] Sin ideas y concepciones claras no es posible la revolución aun cuando existan las condiciones objetivas. Mas sin lucha energética, firme, decidida, e inteligente, a lo que puede

añadirse una enorme dosis de audacia, no hay revolución posible. [...]

[...] La Revolución con su inmensa carga de humanidad, igualdad, fraternidad, moral y belleza es la más extraordinaria de las proezas del hombre. Ella nos hace a todos elevarnos hasta llegar a ser superiores a nosotros mismos. La vida es sin duda un privilegio fabuloso, pero vale la pena verdaderamente la existencia y adquiere todo su sentido cuando se consagra a una causa tan noble y justa. Al detenernos un minuto en el camino para mirar hacia atrás, debemos tomar conciencia del enorme honor que significó para nuestra generación haber vivido esta época y haber consagrado nuestras energías a esta hermosa tarea. [...]

Pero fue necesario luchar. Sin lucha –repito– no hay revolución. Sin la lucha tenaz y consecuente de los pueblos y su vanguardia revolucionaria, no hay cambios sociales posibles. [...]

Palabras en la graduación del Destacamento Pedagógico Manuel Ascunce Domenech, en el teatro Karl Marx (13 de julio)

[...]

El éxito de nuestra Revolución, la seguridad de nuestro futuro; el éxito de nuestro socialismo dependerá en gran parte de lo que sean capaces de hacer los educadores.

[...]

Discurso pronunciado en la sesión inaugural de la VI conferencia Cumbre del Movimiento de Países No Alineados (3 de septiembre)

[...]

Cito en primer término al sufrido y valeroso pueblo palestino. Ningún despojo más brutal de los derechos a la paz y existencia de un pueblo se ha cometido en este siglo. Entiéndase bien que no somos fanáticos. El movimiento revolucionario se educó siempre en el odio a la discriminación racial y los pogromos de cualquier tipo, y desde el fondo de nuestras almas, repudiamos con todas nuestras fuerzas la despiadada persecución y el genocidio que en su tiempo desató el nazismo contra el pueblo hebreo. Pero no puedo recordar nada más parecido en nuestra historia contemporánea que el desalojo, persecución y genocidio que hoy realizan el imperialismo y el sionismo contra el pueblo palestino. Despojados de sus tierras, expulsados de su propia patria, dispersados por el mundo, perseguidos y asesinados, los heroicos palestinos constituyen un ejemplo impresionante de abnegación y patriotismo, y son el símbolo vivo del crimen más grande de nuestra época.

[...]

1980

Discurso, en el acto central conmemorativo del primer aniversario de la Revolución Sandinista, en Managua, Nicaragua (19 de julio)

[...] La mejor y la más fundamental y decisiva ayuda de ustedes al movimiento revolucionario es el ejemplo; porque los pueblos son como los volcanes: nadie los incendia, explotan solos (*Aplausos*). Y Centroamérica y la Cordillera de Los Andes son volcánicas (*Aplausos*).

[...]

Sabemos también cuánto se esfuerza la revolución nicaragüense por llevar la salud y el bienestar a las familias. Esos hechos, esos milagros solo pueden ser obras de las revoluciones.

Solo las revoluciones populares son capaces de esas proezas (*Aplausos*).

[...]

Discurso pronunciado en el acto conmemorativo del xxvii aniversario del Asalto al Cuartel Moncada, efectuado en Ciego de Ávila (26 de julio)

[...] En Nicaragua hay una revolución popular, en primer lugar, una revolución popular cuya fuerza fundamental se basa en los obreros, los campesinos, los estudiantes y las capas medias de la población. Ahora, esa revolución popular dirige el proceso, planifica el proceso, para hacer en cada momento lo que en cada momento deba hacerse.

[...]

1982

Discurso pronunciado en la ceremonia militar con motivo del xxvi aniversario del desembarco del Granma y de la fundación de las FAR (11 de diciembre)

[...] La proclamación de la revolución socialista y del marxismo-leninismo fue el resultado de un proceso revolucionario consecuente, porque sin socialismo y sin marxismo-leninismo es absolutamente imposible hablar de revolución. [...]

[...] hoy no se puede hablar de ideas revolucionarias, si no están inspiradas en la doctrina de la clase obrera, en el marxismo-leninismo, y si no persiguen como objetivo a corto o a mediano o a largo plazo el socialismo. [...]

1983

Discurso pronunciado en el acto central por el xxx aniversario del asalto al Cuartel Moncada, celebrado en Santiago

de Cuba (26 de julio)

[...]

Nuestra Revolución prueba la falsedad del mito de que, con el decursar del tiempo, los procesos revolucionarios pierden fuerza y entusiasmo. La fuerza y el entusiasmo revolucionarios son hoy mayores que nunca, con la diferencia, en relación con los primeros años, de que el proceso es ahora más sólido, más consiente y más profundo.

[...]

Nuestro pueblo cuenta ya con una elevada cultura política, un conocimiento profundo de los problemas nacionales e internacionales y un espíritu solidario e internacionalista que nos hace sentir orgullosos a todos, porque ha sido uno de los más hermosos frutos de la Revolución.

[...]

La Revolución ha institucionalizado el país, proclamado la Constitución socialista, creado la Asamblea Nacional y los Poderes Populares, experiencia desbordante de riqueza política y posibilidades sociales, escuela de autogobierno donde participa todo el pueblo. Las funciones del Estado han sido ampliamente descentralizadas en un grado tal que no conoce ningún régimen burgués.

[...]

1984

Discurso pronunciado en el acto central por el xxv aniversario de la Ley de Reforma Agraria (17 de mayo)

[...]

La Revolución con sus medidas de justicia social, con la política correcta, revolucionaria, socialista, no solo erradicó el tiempo muerto, el desempleo, la insalubridad, el analfabetismo; no solo llevó a las masas niveles de salud y niveles de

educación que antes solo podían recibir un grupito reducido de privilegiados; sino que la Revolución ha liberado al trabajador, y especialmente en el campo, de los esfuerzos más inhumanos, más duros, al mecanizar la preparación de tierra, al emplear medios químicos para luchar contra las malezas, al introducir las aladoras, las combinadas de caña, las cosechadoras de arroz, el transporte motorizado, los embarques de azúcar a granel y la mecanización de los puertos.

[...]

Discurso pronunciado en el acto central con motivo del “Día de los niños”, celebrado en el Palacio Central de Pioneros (15 de julio)

[...] Lo que ha hecho la Revolución por garantizarles a los niños y a los jóvenes todas las oportunidades de estudio, de trabajo, de acuerdo con su talento, su voluntad, su capacidad; por garantizarles no solo una preparación, sino un empleo decoroso; las posibilidades de desarrollo de las capacidades del individuo, sin límites, ¿qué sociedad puede ofrecer eso, como no sea una sociedad socialista? Esas condiciones las ha creado la Revolución para toda la sociedad, pero especialmente para los niños y los jóvenes. [...]

[...] ¡No importa cuán grande sea la obra de la Revolución, no tenemos ningún derecho, ni nos sentiremos satisfechos de lo que hayamos hecho! La eterna inconformidad tiene que ser una de nuestras divisas, porque cuando alcanzamos algo, se sabe siempre que todavía puede alcanzarse mucho más. [...]

[...] No hay que ser ricos –y nosotros no somos ricos–, no hay que ser un país desarrollado o superdesarrollado para poder resolver muchos de los problemas del hombre. Nosotros hemos resuelto la inmensa mayoría de esos problemas: la educación, la salud, la eliminación del desempleo, la discriminación racial, la desigualdad –no solo social, sino, además, la

desigualdad con relación a la mujer– hemos erradicado todas aquellas lacras, los vicios, las drogas, la prostitución, la mendicidad, el juego, la explotación a que eran sometidos nuestros trabajadores y nuestros campesinos, ¡sin ser un país rico!, lo que demuestra que la sociedad humana cuenta hoy con posibilidades, aun sin ser rica, para resolver una gran parte de estos problemas que nosotros hemos resuelto.

[...]

Discurso de clausura del VI congreso de la Federación de Estudiantes de la Enseñanza Media (FEEM), celebrada en la Escuela Pedagógica Salvador Allende (8 de diciembre)

[...]

Pero la paz no se obtiene con debilidades, la paz se obtiene con la firmeza, la valentía y la decisión de los pueblos. Creo que eso ha caracterizado a nuestra Revolución en estos 25 años. Sin esa línea firme, sin la decisión de luchar, de resistir y de pagar el precio que fuera necesario por nuestra Revolución e independencia, creemos que nuestra Revolución no habría podido mantenerse en las difíciles condiciones en que surgió y se desarrolló, a pocas millas del país imperialista más poderoso de la Tierra. Creo que ese espíritu de nuestro pueblo ha sido un factor decisivo, primero en la supervivencia, y después en el impulso y desarrollo de la Revolución.

[...]

Discurso en el III congreso de los Comités de Defensa de la Revolución, en el teatro Karl Marx (28 de septiembre)

[...]

La lucha contra las tendencias negativas y la lucha contra los errores cometidos continuarán indefectiblemente, porque tenemos el deber sagrado de perfeccionar todo lo que hacemos, perfeccionar la Revolución; tenemos el deber sagrado de no

estar satisfechos jamás, ni siquiera cuando creamos que estamos haciendo las cosas bien hechas, mucho menos vamos a estar satisfechos cuando sabemos que no están haciéndose todas las cosas lo bien hechas que tienen que hacerse.

[...]

1987

Discurso pronunciado en el acto clausura del VII Congreso de la Asociación Nacional de Agricultores Pequeños (ANAP), en el teatro Karl Marx (17 de mayo)

[...]

La Revolución ha traído todo eso, ha estado prolongando la vida, y prolongando una vida saludable; porque lo que importa no es solo que las personas vivan muchos años, sino que vivan bien, que se sientan bien, que se sientan saludables, que se sientan atendidas, que se sientan seguras, que se sientan dignas.

[...]

Discurso pronunciado en la clausura de la VIII conferencia de la Asociación Americana de Juristas, en el Palacio de las Convenciones (17 de septiembre)

[...] Quiero que sepan que una de las batallas más difícil de la Revolución es la lucha por la igualdad de la mujer, porque la discriminación no existía solo entre los hombres, sino entre las propias mujeres, cosa curiosa, a pesar de todo lo que se ha avanzado en educación e ideología. Porque lo vemos en las elecciones del Poder Popular. [...]

1989

Discurso en el acto de despedida de duelo a nuestros internacionalistas caídos durante el cumplimiento de honrosas

misiones (7 de diciembre)

[...]

A la Revolución y al socialismo, debemos hoy todo lo que somos. Si a Cuba regresara alguna vez el capitalismo, nuestra independencia y soberanía desaparecerían para siempre, seríamos una prolongación de Miami, un simple apéndice del imperio yanqui, el cumplimiento de aquella repugnante profecía de un presidente de Estados Unidos en el siglo pasado cuando pensaban anexionar nuestra isla y dijo que esta caería en manos de ese país como una fruta madura. [...]

1990

Discurso pronunciado en la clausura del V congreso de la Federación de Mujeres Cubanas, en el Palacio de las Convenciones (7 de marzo)

[...] Eso de soñar que se van a acabar las revoluciones, pase lo que pase, no será más que un sueño, porque los pueblos van a reaccionar contra el hambre, contra la miseria, contra una situación insufrible, y cada vez es más insufrible. Eso es una realidad, ese Tercer Mundo existe y el imperialismo ve en Cuba un ejemplo peligroso.

[...]

Discurso en el Encuentro con Intelectuales Brasileños, en el Palacio de Convenciones de Anhembi, São Paulo, Brasil (18 de marzo)

[...]

Hay algunos que creían que la Revolución se desplomaba como castillo de naipes. Si por ahí hicieron revoluciones de naipes y de merengue, la cubana no es de naipes ni de merengue, la cubana es de acero y fue autóctona, no nos la trajo nadie, la

trajimos nosotros y la defendimos nosotros; está escrita con sacrificios, está escrita con sangre.

[...]

Si en Cuba la Revolución fuera derrotada, desaparecería la independencia de nuestro país. Revolución, independencia y soberanía son cosas inseparables en Cuba. [...]

Nuestro pueblo tiene una obra revolucionaria que defender, pero además tiene que defender su soberanía, su independencia, y está dispuesto a hacerlo.

[...]

1992

Discurso en el XII período de sesiones de la Asamblea Nacional del Poder Popular, en el Palacio de las Convenciones (29 de octubre)

[...]

Hoy la Revolución cubana es una trinchera levantada a nivel mundial y, aunque en aquella época ya los cubanos se preocupaban extraordinariamente, y Martí se preocupaba de manera especial del papel que jugaría la independencia de Cuba en los destinos de América Latina, hoy la independencia de Cuba interesa no solo a los destinos de la América Latina, sino a los destinos de todo el mundo.

Hoy la lucha de Cuba por su supervivencia, por mantener su Revolución tiene que ver con la soberanía de todos los pueblos del mundo y tiene que ver con el destino del mundo.

[...]

Discurso pronunciado en el acto por el día del constructor, celebrado en la planta tres de PPG, Ciudad de La Habana (5 de diciembre)

[...]

Lo que ha hecho esta Revolución por los derechos humanos se demuestra en el hecho de haber puesto fin a toda forma de discriminación, tan repugnante, tan injusta como la que existía en nuestro país, por cuestiones de color de la piel; discriminación por cuestiones de sexo y otras similares.

[...]

1993

Discurso pronunciado en la clausura del acto central por el XI aniversario del asalto a los Cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes, en el teatro Heredia de Santiago de Cuba (26 de julio)

[...]

Hoy hay que salvar la patria, la Revolución y las conquistas del socialismo que equivalen a defender el derecho de seguir construyéndolo en el futuro. No nos resignaríamos jamás a renunciar a eso. Esto es lo que queremos expresar cuando decimos Socialismo o Muerte.

[...]

Discurso pronunciado en la clausura del VI congreso de la Unión de Periodistas de Cuba, en el Palacio de Convenciones (24 de diciembre)

[...]

Este país sin la Revolución, sin el socialismo no habría sido nada, estaría como está el resto de los países de Centroamérica, del Caribe y de América Latina. ¡Ni soñar siquiera con la educación universal que trajo la Revolución, la asistencia médica que trajo la Revolución, los niveles de cultura, de recreación y de deportes que trajo la Revolución, los niveles de empleo y de seguridad social que dio la Revolución!

[...]

1994

Discurso pronunciado en la clausura del Encuentro Mundial de Solidaridad con Cuba, en el teatro Karl Marx (25 de noviembre)

[...] Hacemos cambios, pero sin renunciar a la independencia y a la soberanía (*Aplausos*); hacemos cambios, pero sin renunciar al verdadero principio del gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, que, traducido al lenguaje revolucionario, es el gobierno de los trabajadores, por los trabajadores y para los trabajadores. (*Aplausos prolongados y exclamaciones de: "¡Fidel!", "¡Fidel!"*) No es el gobierno de los burgueses, por los burgueses y para los burgueses; no el gobierno de los capitalistas, por los capitalistas y para los capitalistas; no el gobierno de las transnacionales, por las transnacionales y para las transnacionales; no el gobierno del imperialismo, por el imperialismo y para el imperialismo (*Aplausos*).

Esa es la gran diferencia, cualesquiera que sean los cambios y las reformas que llevemos adelante. Si algún día renunciáramos a esto, habríamos renunciado a la razón de ser de la Revolución.

[...]

1995

Discurso pronunciado en la clausura del vi congreso de la Federación de Mujeres Cubanas, en el Palacio de las Convenciones (3 de marzo)

[...]

A medida que se introducen elementos de mercado y de capitalismo en nuestra sociedad que nosotros no podemos evitar; en la medida en que se hacen ciertos cambios y ciertas reformas que son imprescindibles para preservar la patria, la independencia, la Revolución y las conquistas del socialismo, que es el objetivo que busca nuestra Revolución en estos mo-

mentos y lo busca de una manera heroica, valiente, en medio de circunstancias que no pueden concebirse más difíciles [...].

Discurso pronunciado en el acto central por el XLII aniversario del asalto a los Cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes, en la Plaza de la Revolución Mariana Grajales (26 de julio)

[...] La Revolución jamás renunciará a sus principios (*Aplausos prolongados*); jamás renunciará a las conquistas que trajo a nuestro pueblo; jamás renunciará a sus ideas y objetivos; jamás se pondrá de rodillas ante el imperio (*Aplausos*). ¡La soberanía no se entrega ni se negocia! (*Aplausos*). ¡El derecho a construir el régimen social, económico y político que nuestro pueblo elija, no se depone ante nada ni ante nadie! (*Aplausos*). La Revolución no podrá ser destruida ni desde dentro ni desde fuera (*Aplausos*). ¡Si tenemos que luchar cien años más, lucharemos! (*Aplausos*). Los que hemos tenido el privilegio de conocer la libertad, la dignidad y la justicia, nunca nos resignaremos a vivir sin ellas (*Aplausos*).

[...]

Discurso pronunciado ante una representación de la Colonia Puertorriqueña, en el distrito del Bronx, Nueva York (23 de octubre)

[...]

Con relación a Cuba no hay solo embargo, el embargo es una palabra piadosa. Nosotros decimos bloqueo; pero lo que ha habido con relación a Cuba es realmente una guerra económica, una guerra política.

[...] Y les puedo asegurar más: he leído algo sobre revoluciones y he leído algo sobre historia, y creo que la revolución más generosa que ha existido nunca es la Revolución cubana (*Exclamaciones y aplausos*). Lo digo con toda franqueza.

[...]

1997

Discurso pronunciado por el xxxv aniversario de la Unión de Jóvenes Comunistas (UJC), en el teatro Karl Marx (4 de abril)

[...] Es la hora de salvar la Revolución, de salvar la patria, de salvar el socialismo, de salvar la independencia del país, y con esos valores no se juega ni se puede jugar, ni podemos permitir que se juegue [...].

Discurso pronunciado en la clausura del v congreso del PCC, en el Palacio de las Convenciones (10 de octubre)

[...]

La peor enfermedad, la más terrible, la más dramática que pudiera existir en el orden político, social e histórico para nuestra patria, es que un día esta Revolución sea destruida por los mismos revolucionarios. Contra eso hay que estar inmunizado al ciento por ciento. Lo tiene que garantizar el Partido, y su dirección es fundamental. Tales seguridades hay que buscarlas siempre.

[...]

1998

Discurso en el acto de masas celebrado en el Tanteen Recreation Ground, Granada (3 de agosto)

[...]

¿Cuál fue el primer país independiente del Caribe y de América Latina? Haití, donde los esclavos derrotaron a uno de los mejores ejércitos y a uno de los mejores jefes de las poderosas tropas del emperador Bonaparte, que había dominado Europa, cuando los pueblos de aquel continente no pudieron derrotar sus ejércitos. Esa fue la primera gran derrota de quien en aquel

tiempo y en todos los tiempos fue uno de los más grandes jefes militares que ha conocido el mundo. Derrotado aquí, en este mismo mar Caribe, por aquellos africanos que los europeos habían traído como esclavos a este hemisferio.

Les recordaba a los jamaicanos que incluso la influencia de los esclavos liberados fue muy grande en la lucha por la emancipación de América, porque fueron los esclavos liberados de Haití los que apoyaron a Bolívar, el gran Libertador de América Latina. Después de la segunda derrota, cuando todavía no había sido proclamada en esos países la emancipación de los esclavos, fueron los dirigentes de Haití los que le entregaron armas y lo comprometieron, junto a los demás patriotas venezolanos, a proclamar la emancipación de los esclavos.

En nuestra patria, de modo similar, a principios del siglo pasado, allí, donde había 300 000 esclavos, se produjeron las primeras grandes rebeliones por la libertad. Fueron ellos, primero que nadie, y ese mérito histórico hay que recordarlo y hay que repetirlo: aquellos que fueron arrancados del África a la fuerza, fueron los que en este continente enarbolaron primero que nadie la antorcha y la bandera de la libertad.

[...] la historia digna y gloriosa que nos une a todos, a los países del Caribe y a los países de toda América Latina, porque los esclavos, incluso en este hemisferio, se rebelaron antes que los colonos ingleses allá en América del Norte. Somos precursores de la libertad y de la independencia desde Canadá hasta la Patagonia, en Argentina.

[...]

Discurso pronunciado en la clausura del II Encuentro Mundial de Educación Especial, en el teatro Karl Marx (20 de junio)

[...]

La Revolución no solo ha hecho una obra en lo material, ha hecho una obra en la conciencia, en el alma de la gente, preparando al ser humano, que debe ser el ser humano del mañana, del futuro, y luchando contra la mentira, luchando contra la más sucia y grosera propaganda, luchando contra los bloqueos, y luchando contra el hostigamiento para tratar de debilitar la Revolución, para tratar de debilitar su moral, su conciencia.

[...] la conciencia es lo esencial; es con mucha conciencia que se ha llevado a cabo la obra de la Revolución.

[...]

1999

Discurso pronunciado en el Aula Magna de la Universidad Central de Venezuela (3 de febrero)

[...] Una revolución solo puede ser hija de la cultura y las ideas.

[...]

2000

Discurso pronunciado en la Tribuna Abierta de la juventud, los estudiantes y los trabajadores por el día Internacional de los Trabajadores, en la Plaza de la Revolución (1.º de mayo)

[...]

Revolución es sentido del momento histórico; es cambiar todo lo que debe ser cambiado; es igualdad y libertad plenas; es ser tratado y tratar a los demás como seres humanos; es emanciparnos por nosotros mismos y con nuestros propios esfuerzos; es desafiar poderosas fuerzas dominantes dentro y fuera del ámbito social y nacional; es defender valores en los que se cree al precio de cualquier sacrificio; es modestia, desinterés, altruismo, solidaridad y heroísmo; es luchar con audacia, inteligencia y realismo; es no mentir jamás ni violar principios éticos;

es convicción profunda de que no existe fuerza en el mundo capaz de aplastar la fuerza de la verdad y las ideas. Revolución es unidad, es independencia, es luchar por nuestros sueños de justicia para Cuba y para el mundo, que es la base de nuestro patriotismo, nuestro socialismo y nuestro internacionalismo.

[...]

Discurso en la Tribuna Abierta celebrada en la Plaza de la Revolución Comandante Ernesto Che Guevara, en conmemoración del XLVII aniversario del asalto al Cuartel Moncada (29 de julio del 2000)

[...] Muchos esperaron en vano durante años la noticia de que la Revolución había dejado de existir. Nuestro pueblo resistió inmovible.

La proeza sin precedentes que fue capaz de realizar nos llena de legítimo orgullo. Nada impidió las extraordinarias conquistas sociales alcanzadas que hoy son objeto de admiración por todas las personas honestas del mundo. Nada impidió las páginas escritas con letras de oro en el libro de la historia del internacionalismo y la solidaridad entre los pueblos. Nada podrá borrar el ejemplo que hemos dado al mundo. Nuestros sentimientos patrióticos se han profundizado y nuestros sentimientos internacionalistas se han multiplicado al sembrarse en el alma del pueblo cubano la más hermosa de las ideas martianas, cuando afirmó que “patria es humanidad”.

[...]

2001

Discurso en la clausura del III Congreso Pioneril, en el Palacio de Convenciones (9 de julio)

[...] Pudiéramos llamarla de una forma más sencillo, la batalla de la verdad contra la mentira; la batalla del humanismo contra

la deshumanización; la batalla de la hermandad y la fraternidad contra el más grosero egoísmo; la batalla de la libertad contra la tiranía; la batalla de la cultura contra la ignorancia; la batalla de la igualdad contra la más infame desigualdad; la batalla de la justicia contra la más brutal injusticia; la batalla por nuestro pueblo y la batalla por otros pueblos, porque si vamos a su esencia es la batalla de nuestro pequeño país y de nuestro heroico pueblo por la humanidad [...].

Intervención en la última sesión del I congreso de la Asociación Hermanos Saíz (18 de octubre)

[...] ¡Ni ellos se podían imaginar jamás que un país tan pequeño aquí, al lado del monstruo y por su propia cuenta, sin la mayor ayuda, ni un centavo, ni un arma, ni nada, sino por nuestras propias conclusiones, hubiese hecho una Revolución social tan radical y tan profunda como la que hicimos en nuestro país, inspirados en las ideas patrióticas tradicionales de nuestro pueblo y de nuestros grandes próceres, en Martí, pero también en Marx, Lenin, Engels y los demás que nos hicieron –a mí por lo menos– tener una idea de lo que era la sociedad y el mundo! [...]

Discurso en la plaza Antonio Maceo, de Santiago de Cuba (2 de diciembre)

[...] Supimos seguir adelante cuando todo un sector del mundo progresista emergido de la profunda revolución social que tuvo lugar a principios del pasado siglo, a pesar de epopeyas grandiosas, se derrumbó ante el viejo adversario capitalista porque no supo superar sus propios errores y enfrentar con éxito la anacrónica ideología, y las sucias mañas del sistema opresivo y explotador que se pretendía superar para cambiar al mundo. [...]

2003

Discurso pronunciado en la clausura del Congreso Pedagógico 2003, en el teatro Karl Marx (7 de febrero)

[...] la Revolución, más allá de los derechos y garantías alcanzados para todos los ciudadanos de cualquier etnia y origen, no ha logrado el mismo éxito en la lucha por erradicar las diferencias en el estatus social y económico de la población negra del país, aun cuando en numerosas áreas de gran trascendencia, entre ellas la educación y la salud, desempeñan un importante papel. [...]

Discurso pronunciado en la Facultad de Derecho en Buenos Aires, Argentina (26 de mayo)

[...] sin una revolución educacional, bien profunda, la injusticia y la desigualdad continuarán prevaleciendo aun por encima de las satisfacciones materiales de todos los ciudadanos del país. [...]

2004

Discurso en la graduación del primer curso de las Escuelas de Instructores de Arte (20 de octubre)

[...] Cuando en el futuro hoy incierto de la humanidad se hable de revoluciones y de cambios sociales verdaderamente profundos e indelebles, nadie podrá olvidar la obra que aquí nos reúne. Nuestro pueblo se siente orgulloso de ustedes. [...]

2005

Discurso pronunciado en el acto de graduación de los pioneros de 9º grado de la Secundaria Básica Experimental

José Martí (23 de julio)

[...]

Un brillante porvenir nos espera, y trabajamos por ese porvenir. Nada podrá vencernos. Pueden desaparecer del mapa al país, pero no podrán desaparecer a la Revolución del mapa del país. No habrá pueblo que se rinda, no habrá revolucionario que claudique. Nosotros no lo hicimos, ni lo haremos jamás.

[...]

Discurso pronunciado en el acto nacional de la segunda graduación de Instructores de Arte, en la Ciudad Deportiva (28 de octubre)

[...]

Cuba es hoy inspiración y esperanza para muchos. La vocación humanista y justiciera de la Revolución es referencia para quienes creen en la posibilidad de un mundo mejor al de la barbarie, la violencia, el egoísmo y el derroche en el cual los poderosos nos han sumido.

[...] una revolución es el triunfo de la virtud sobre el vicio, es el triunfo del honor sobre la deshonor, es el triunfo de la integridad moral y patriótica contra el mercenarismo y el vicio [...].

Discurso pronunciado en el acto por el aniversario 60 de su ingreso a la universidad en el Aula Magna (17 de noviembre)

[...] muchos han dicho: “La Revolución no puede; no, esto es imposible, esto no hay quien lo arregle.” Pues sí, esto lo va a arreglar el pueblo, esto lo va a arreglar la Revolución, y de qué manera”. ¿Es solo una cuestión ética? Sí, es primero que todo una cuestión ética; pero, además, es una cuestión económica vital.

[...]

2006**Prodama del Comandante en Jefe al pueblo de Cuba (31 de julio)**

[...]

No albergo la menor duda de que nuestro pueblo y nuestra Revolución lucharán hasta la última gota de sangre para defender estas y otras ideas y medidas que sean necesarias para salvaguardar este proceso histórico.

El imperialismo jamás podrá aplastar a Cuba.

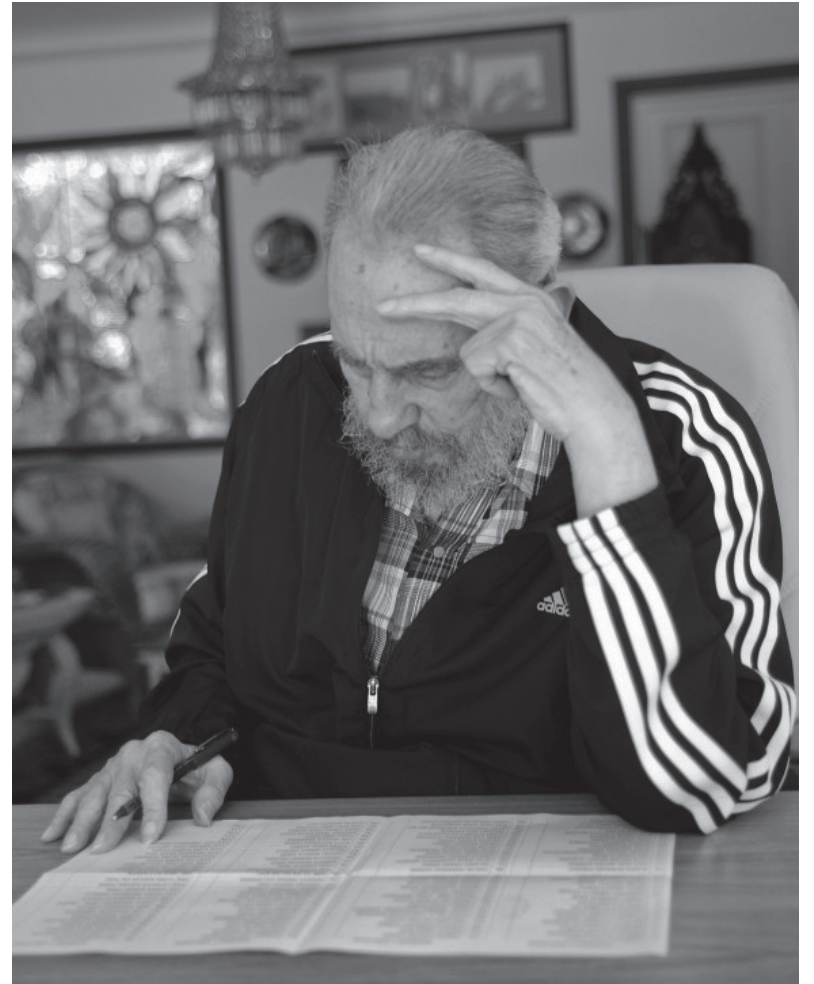
La Batalla de Ideas seguirá adelante.

[...]



Las cenizas del Comandante en Jefe reposan momentáneamente en la Plaza de la Revolución Ernesto Che Guevara, en la provincia de Villa Clara, durante el paso de la caravana rumbo a Santiago de Cuba (Fernando Medina, 30 de noviembre de 2016).

Galería de fotos



Fidel vota por el nuevo Comité Central del Partido (Alex Castro, 18 de abril de 2011).



Primer encuentro de Fidel y el Che desde la salida de las columnas invasoras de la Sierra Maestra y luego del triunfo revolucionario del 1.º de enero de 1959, en la Ciudad de Camagüey (5 de enero de 1959)



Junto al Che, Raúl y otros compañeros vistiendo los uniformes de los equipos de pelota nacional, orientales y occidentales, en la Ciudad Deportiva de La Habana (4 de agosto de 1964).



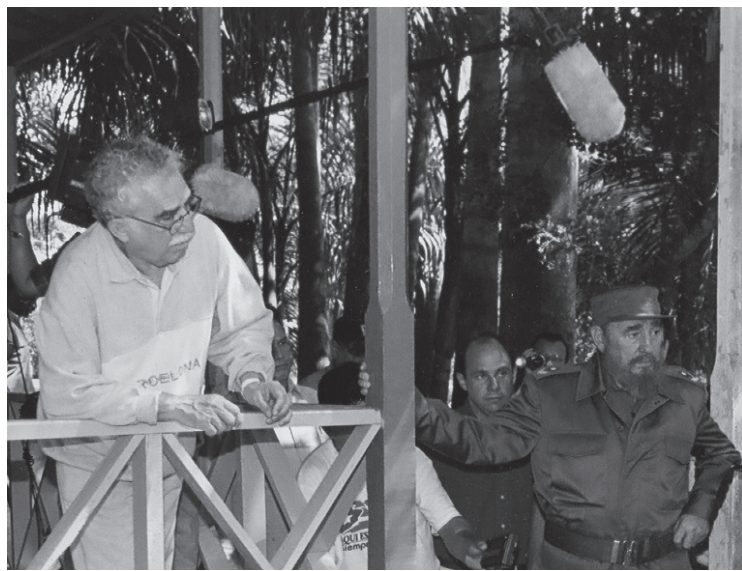
Che Guevara, su hija Aleida y Fidel, en La Habana (alrededor de 1963).



Vilma Espín con Fidel en una de las reuniones de la Federación de Mujeres Cubanas.



La prima ballerina cubana Alicia Alonso recibe de Fidel la Orden Nacional José Martí (Niurka Barroso, 20 de diciembre de 2000).



De visita en su casa natal de Birán, Holguín, junto al destacado escritor, periodista, guionista colombiano y Premio Nobel de Literatura Gabriel García Márquez (Estudios Revolución, agosto de 1996).



Junto a Silvio Rodríguez y Pablo Milanés en el homenaje brindado por el Ministerio de Cultura en la Casa de las Américas a estos dos trovadores (Estudios Revolución, 11 de mayo de 1984).



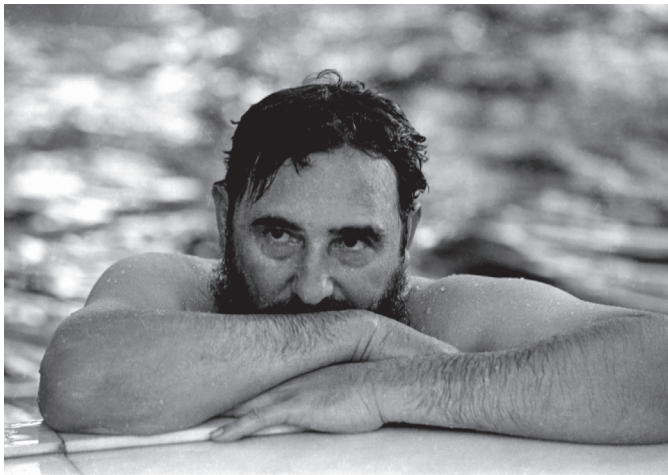
Participa en la edición 231 del programa *Aló, Presidente*, desarrollado en Cuba en el municipio Sandino en Pinar del Río, junto al Presidente de Venezuela Hugo Chávez Frías (21 de agosto de 2005).



Fidel leyendo *Kaputt* de Curzio Malaparte, La Habanita, Sierra Maestra (1958).



Fidel en el mar después de una inmersión subacuática, actividad deportiva por la que sintió verdadera pasión (1960).



En una piscina durante su visita a Rumania (28 de mayo 1972).

Sobre el compilador

Felix Valdés García

Master of Arts en Filosofía por la universidad estatal de Belarus, Misnk y Doctor en ciencias filosóficas por el Instituto de Filosofía de La Habana. Actualmente es profesor e investigador titular del mencionado Instituto. Durante su trayectoria académica se ha dedicado al estudio de la obra de pensamiento latinoamericano, en particular de Cuba y el Caribe. Es autor de *La in-disciplina de Caliban. Filosofía en el Caribe, más allá de la academia*. La Habana: filosofi@cu, 2017, CLACSO 2020; *Antología del Pensamiento Crítico del Caribe: West Indies, Antillas Francesas y Antillas Holandesas*, CLACSO, Argentina, 2017; *Leer a Fanon medio siglo después*, México: RLS, 2016, CLACSO, 2017. También ha publicado y coordinado: *El ángel de la revolución caribeña y latinoamericana*. Buenos Aires: CLACSO, 2019; *La revolución lo es todo, lo demás son minucias. Un homenaje cubano a Rosa Luxemburgo en el centenario de su asesinato*. filosofi@cu -RLS, México, 2020; *Walter Benjamin y el ángel de la barricada. Relecturas críticas latinoamericanas*. filosofi@cu -RLS, México, 2020 y *Los crepúsculos nunca vencerán a las auroras. Carmen Castillo: cine, memoria y revolución*. Filosofía.cu-RLS, México, 2020. Ha recibido menciones y premios en concursos de ensayo, y recibió el premio The Best Dissertation Award, de la Asociación de Estudios del Caribe (CSA-AEC).

Correo electrónico: felixvaldes@gmail.com

